
CORELINE
MIA J. HART

CORELINE

MIA J. HART

Copyright © 2026 Mia J. Hart
Todos los derechos reservados.
N.º registro: 2602244673903

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este material, ya sea en su totalidad o en fragmentos, puede ser reproducida, almacenada en sistemas de recuperación de información, transmitida o distribuida en ninguna forma ni por ningún medio —electrónico, mecánico, digital, fotocopia, grabación, escaneo, traducción o cualquier otro sistema— sin el consentimiento previo, expreso y por escrito de la autora.

El incumplimiento de esta advertencia constituye una violación a los derechos de propiedad intelectual protegidos por la legislación nacional e internacional aplicable, y podrá dar lugar a acciones legales.

Todos los personajes, nombres, lugares, diálogos, situaciones y acontecimientos representados en esta obra son producto exclusivo de la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con hechos reales, personas vivas o fallecidas, instituciones, ubicaciones o situaciones existentes o que hayan existido en el pasado, es mera coincidencia y no intencional.

Esta obra ha sido creada con fines exclusivamente literarios y artísticos.

ÍNDICE

CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 1

La enfermería de los calabozos olía siempre igual: roca húmeda, aire reciclado y ese toque metálico que Bryn había aprendido a no identificar demasiado bien. Los niveles inferiores de Coreline nunca habían conseguido eliminar del todo esa sensación de estar enterrada bajo toneladas de piedra, de que el techo, por muy reforzado que estuviera, podía decidir un día que ochenta años eran suficientes y ceder sin previo aviso. No era un pensamiento racional, Bryn lo sabía, porque los ingenieros llevaban décadas asegurando que la estructura era sólida, que podía aguantar otros veinte años más sin problema, el tiempo justo para llegar al centenario que el Continuity Council había calculado como necesario antes de volver a la superficie. Pero la racionalidad no eliminaba la incomodidad de trabajar tres niveles por debajo de las viviendas principales, en una zona donde la iluminación era más tenue y las paredes rezumaban humedad en las esquinas que nadie se molestaba en arreglar del todo.

Bryn llevaba toda su vida en Coreline, igual que su madre antes que ella y su abuela antes que su madre. Veintisiete años sin ver el cielo, sin saber qué era exactamente eso del viento o cómo olía el aire cuando no había pasado por un sistema de filtrado industrial. No le faltaba nada que pudiera echar de menos de forma consciente,

porque nunca lo había tenido, pero a veces, en esos momentos de silencio entre un paciente y otro, se descubría pensando en las historias que había escuchado de niña, esas que contaban los mayores cuando creían que nadie los estaba escuchando, sobre cómo era el mundo de antes. Historias sobre ciudades que se extendían en horizontal en lugar de apilarse en niveles verticales, sobre árboles que crecían sin necesidad de lámparas especiales, sobre un cielo que cambiaba de color según la hora del día.

El turno de la mañana empezaba a las siete, cuando las luces de Coreline subían de intensidad de forma gradual, simulando un amanecer que Bryn nunca vería. Siempre llegaba diez minutos antes, porque la puntualidad era una de esas cosas pequeñas que podía controlar en un mundo donde casi nada dependía de ella, y porque prefería preparar el espacio a solas antes de que llegara el primer paciente. Paciente, no preso. Esa distinción le importaba más de lo que debería, considerando que la mayoría de la gente que pasaba por la enfermería de los calabozos había sido enviada allí precisamente por ser presa de algo, aunque ese algo variara según el día y el humor del guardia de turno.

Aquel día, un miércoles según el calendario digital que parpadeaba en la pared con una persistencia irritante, Bryn estaba organizando los suministros cuando Rourke apareció en la puerta con esa expresión que llevaba últimamente, como si todo le divirtiera de una forma oscura y cansada. Era uno de los guardias veteranos, de esos que llevaban tanto tiempo en los calabozos que ya no diferenciaban entre autoridad y crueldad, entre protocolo y capricho. Bryn no lo odiaba, lo cual no significaba que le cayera bien, pero había aprendido que odiar a los guardias era una forma

muy rápida de convertirse en alguien problemática, y ella había invertido demasiado esfuerzo durante demasiados años en no serlo.

—Ya queda menos para el sorteo —dijo Rourke, apoyándose contra el marco de la puerta con los brazos cruzados, como si estuviera comentando el resultado de algún partido intrascendente.

Bryn no levantó la vista de las vendas que estaba contando. Había aprendido que la mejor forma de lidiar con Rourke era no darle la satisfacción de parecer demasiado interesada, de no demostrarle que sus palabras podían afectarla de ninguna manera.

—Faltan diez días.

—Nueve y medio, técnicamente. —Rourke sonrió, y no era una sonrisa agradable—. ¿Ya has pensado qué harías si te toca?

Bryn no respondió de inmediato, porque responder demasiado rápido habría sido admitir que sí, que lo había pensado, que llevaba días pensando en eso desde que las pantallas anunciaron la fecha del decimosexto sorteo. En su lugar, terminó de contar las vendas, anotó el número en la tableta digital que usaba para el inventario, y solo entonces se permitió mirarlo.

—Supongo que lo mismo que todos. Prepararme y salir.

—Qué optimismo —Rourke se apartó del marco de la puerta, pero no se fue del todo, como si estuviera esperando algún tipo de reacción que Bryn no pensaba darle—. Aunque con tu historial médico, quizá tengas suerte. El Consejo suele mantener a los sanitarios aquí abajo, ¿no? Demasiado útiles para desperdiciarlos arriba.

Eso no era del todo cierto, y ambos lo sabían. El sorteo funcionaba según un algoritmo que el Continuity Council insistía en llamar aleatorio y justo, aunque nadie confiaba del todo en que lo

fuera. Cada mes, cincuenta nombres. Cincuenta personas que tenían setenta y dos horas para prepararse antes de subir a la superficie, equipadas con ropa térmica, provisiones básicas para dos semanas, y la promesa vacía de que estaban contribuyendo al futuro de la humanidad. Lo que el Consejo no decía, lo que nadie decía en voz alta pero todos sabían, era que del último grupo apenas habían vuelto señales de radio durante las primeras dos semanas. Después, silencio.

El sorteo había empezado hacía dos años, cuando el Consejo confirmó oficialmente lo que todo el mundo sospechaba desde hacía tiempo: que los recursos de Coreline no alcanzarían para los veinte años que faltaban hasta cumplir el siglo previsto. Que habían calculado mal, o quizá habían calculado bien pero la realidad había resultado ser más complicada que las proyecciones. Que necesitaban reducir la población de forma progresiva y controlada si querían que el núcleo dirigente, las familias prioritarias, los técnicos esenciales, llegaran vivos al final.

Optimización poblacional, lo llamaban. Como si fueran números en una hoja de cálculo y no personas con nombres, con rutinas, con vidas pequeñas pero reales.

—El sorteo no hace excepciones —dijo Bryn, guardando la tableta en el cajón de la mesa de trabajo—. Lo sabes tan bien como yo.

Rourke se encogió de hombros, como si el tema le aburriera de repente, y finalmente se marchó. Bryn esperó hasta que sus pasos se alejaron por el pasillo de piedra antes de permitirse soltar el aire que había estado conteniendo sin darse cuenta. Se quedó allí de pie, con las manos apoyadas en el borde de la mesa, mirando la pared

gris que tenía delante y sintiendo esa presión familiar instalándose en el pecho, esa sensación de que algo malo estaba a punto de pasar y no había forma de evitarlo.

No era miedo, exactamente. Bryn había aprendido a gestionar el miedo de la misma forma que gestionaba el olor a roca húmeda de la enfermería: guardándolo en una caja mental que solo abría cuando no tenía más remedio. Pero el sorteo convertía esa gestión en algo más complicado, porque no había forma de compartimentar la posibilidad de que tu nombre apareciera en una lista y tu vida cambiara de forma irrevocable en cuestión de segundos.

El primer paciente del día llegó media hora después. Una mujer joven, veintipocos años quizá, con un corte profundo en el antebrazo y una expresión vacía que Bryn conocía demasiado bien. No hizo preguntas, porque las respuestas nunca eran reconfortantes, nunca eran algo que quisiera escuchar de verdad, y se limitó a limpiar la herida, aplicar antiséptico y coser con la misma precisión mecánica que había perfeccionado durante los años que llevaba trabajando allí. La mujer no dijo nada, ni siquiera cuando la aguja atravesó la piel, y Bryn agradeció el silencio de una forma que probablemente debería hacerla sentir peor de lo que se sentía.

Cuando terminó, firmó el parte médico digitalmente y lo envió al sistema administrativo que se encargaría de procesarlo, archivarlo y olvidarlo en cuestión de horas. El sistema funcionaba así: ella curaba, documentaba, y luego intentaba olvidar. Era un buen sistema, eficiente, y Bryn se había convencido a sí misma de que era ético dentro de los límites de lo posible. No podía cambiar Coreline, no podía cambiar las normas que el Consejo imponía con esa frialdad burocrática que hacía que todo pareciera razonable incluso

cuando no lo era, no podía evitar que la gente acabara en los calabozos por razones que a veces ni siquiera tenían sentido. Así que hacía lo único que podía hacer: asegurarse de que, cuando salieran de allí, al menos no se desangraran por el camino.

El resto de la mañana transcurrió con esa rutina que Bryn conocía tan bien que podía ejecutarla sin pensar demasiado: limpiar, coser, vendar, firmar. Un hombre con dos costillas rotas que no quiso explicar cómo se las había roto. Una chica adolescente con quemaduras en las manos que tampoco dijo nada, solo la miró con esos ojos demasiado viejos para su edad. Bryn las trató, las documentó, y dejó que se marcharan sin hacerles las preguntas cuyas respuestas ya conocía.

A las doce en punto, las pantallas que había repartidas por todo Coreline, en cada pasillo, en cada nivel, en cada espacio común, parpadearon y se encendieron al unísono. Bryn estaba limpiando una mesa de exploración cuando ocurrió, y se detuvo, con el paño húmedo en la mano y la mirada fija en la pantalla que colgaba en la esquina de la enfermería. La imagen mostró primero el símbolo del Continuity Council, ese círculo perfecto atravesado por tres líneas horizontales que se suponía que representaba orden, continuidad y supervivencia. Luego apareció una voz, neutra y modulada, sin inflexiones que pudieran interpretarse como emoción, como si estuviera leyendo instrucciones para montar un mueble y no anunciando algo que cambiaría la vida de cincuenta personas de forma irrevocable.

—Ciudadanos de Coreline. El Continuity Council confirma la fecha del decimosexto sorteo de exploración exterior. Cincuenta nombres serán designados según los parámetros establecidos.

Aquellos seleccionados recibirán instrucciones específicas en las veinticuatro horas posteriores al anuncio. La participación es obligatoria. El futuro de Coreline depende de vuestra colaboración.

La pantalla volvió a mostrar el símbolo del Consejo durante unos segundos más antes de apagarse, dejando la enfermería en un silencio que parecía más denso que antes, más pesado, como si el aire mismo se hubiera vuelto más difícil de respirar. Bryn se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración y soltó el aire despacio, obligándose a relajar los dedos que apretaban el paño con demasiada fuerza, dejando marcas blancas en sus nudillos.

Diez días. Y luego el sorteo, ese proceso que el Consejo insistía en presentar como necesario, como la única opción viable para garantizar la supervivencia del resto. Como si enviar a cincuenta personas a una superficie que llevaba ochenta años siendo letal, que había matado a generaciones enteras cuando las tormentas solares arrasaron el campo magnético y convirtieron el aire en veneno lento, fuera realmente una forma de exploración y no una sentencia de muerte administrada con eficiencia burocrática.

No era la primera vez que Bryn escuchaba ese anuncio. Había vivido ya quince sorteos desde que el sistema se implementó, uno cada mes durante los últimos dos años, y cada vez había sentido el mismo nudo en el estómago, la misma certeza irracional de que esta vez le tocaría a ella, de que su nombre aparecería en esa lista y tendría que subir por los accesos sellados que llevaban décadas cerrados, cruzar esos túneles excavados en roca que nadie había mantenido porque se suponía que nadie iba a usarlos hasta que llegara el momento, hasta que pasaran los cien años y la superficie volviera a ser habitable.

Pero nunca le había tocado, y con cada sorteo que pasaba sin que su nombre apareciera en la lista, Bryn se había permitido creer que quizá nunca lo haría, que quizá el algoritmo la consideraba demasiado útil, demasiado necesaria en los niveles inferiores donde nadie más quería trabajar. Era una creencia estúpida, lo sabía, porque el sorteo no funcionaba así. No valoraba contribuciones, no medía utilidad real, no se detenía a pensar en quién era más o menos prescindible. Era un algoritmo, frío y matemático, diseñado para reducir la población de forma progresiva sin generar protestas organizadas, sin dar tiempo a que la gente se coordinara o se rebelara.

Y era efectivo, eso nadie podía negarlo. Cincuenta personas cada mes sumaban seiscientas al año. En dos años, mil doscientas personas habían subido a la superficie. Mil doscientas personas que habían dejado de consumir agua, comida, aire reciclado. Mil doscientas personas que habían hecho que los números del Consejo cuadraran un poco mejor, que los recursos duraran un poco más.

Bryn terminó de limpiar la mesa de exploración con movimientos automáticos, guardó el paño en el compartimento de material usado, y se quedó allí de pie durante un momento, mirando la pantalla apagada y preguntándose si esta vez sería diferente, si esta vez el algoritmo decidiría que veintisiete años de trabajo en los calabozos no eran suficientes para justificar su permanencia en Coreline.

El resto del día transcurrió con esa tensión de fondo, esa inquietud que afectaba a todos aunque nadie la mencionara en voz alta, como si hablar del sorteo pudiera invocarlo de alguna forma, como si el silencio fuera una protección contra el azar. Los pacientes llegaban y se iban, Bryn curaba y documentaba, y las horas pasaban

con una lentitud que parecía diseñada para torturarla, para recordarle que el tiempo seguía avanzando aunque ella quisiera detenerlo, aunque quisiera quedarse suspendida en ese momento previo al sorteo donde todavía todo era posible, donde su nombre todavía podía no aparecer en la lista.

A las seis de la tarde, cuando su turno terminaba oficialmente, Bryn recogió sus cosas, firmó la salida en el sistema de control, y salió de la enfermería con la sensación de haber estado conteniendo algo pesado durante demasiado tiempo. Los pasillos de los niveles inferiores siempre estaban menos transitados que los de arriba, menos iluminados también, con esa luz amarillenta que hacía que todo pareciera más viejo de lo que probablemente era. Las paredes de roca reforzada mostraban marcas de humedad en las esquinas, manchas oscuras que nadie se molestaba en limpiar del todo porque al día siguiente volverían a aparecer, porque Coreline había sido diseñada para durar cien años y nadie había pensado en que la estética importara después de las primeras décadas.

Caminó hacia los ascensores que conectaban los niveles, esperó su turno junto a otras personas que tampoco hablaban, que tampoco se miraban demasiado, y subió dos niveles hasta llegar a la zona residencial donde tenía asignada su unidad. El trayecto lo había hecho tantas veces que ya no necesitaba pensar en la ruta, sus pies se movían solos mientras su mente seguía atascada en esas setenta y dos horas, en ese plazo que se acortaba segundo a segundo sin que ella pudiera hacer nada para detenerlo.

Se cruzó con otras personas que caminaban también, todas con esa misma expresión contenida que Bryn reconocía en su propia cara cuando se miraba al espejo, esa máscara de normalidad que

todos llevaban puesta para fingir que el sorteo no los afectaba, que podían seguir con sus rutinas como si nada estuviera a punto de cambiar. El sorteo lo alteraba todo durante unos días, convertía a Coreline en un lugar más silencioso, más tenso, como si todos estuvieran esperando un golpe que sabían que llegaría sin saber a quién alcanzaría primero.

Cuando llegó a su unidad, una habitación pequeña con una cama estrecha, una mesa plegable, una silla y un armario empotrado, se dejó caer en la cama sin molestarse en quitarse los zapatos. La habitación olía a roca y a ese aire reciclado que nunca terminaba de oler a nada, y las paredes eran del mismo gris neutro que todas las paredes de todas las unidades residenciales de su nivel. No había ventanas, claro, porque no había nada que mirar excepto más roca, más túneles, más pasillos que se extendían en todas direcciones como una colmena humana excavada en la tierra.

Bryn cerró los ojos y se permitió pensar en lo que había estado evitando pensar durante todo el día: que quizá esta vez le tocara. Que quizá en setenta y dos horas su nombre apareciera en esa lista que se mostraría en todas las pantallas de Coreline al mismo tiempo, y que tendría que recoger el equipo asignado, subir por esos túneles que nadie había usado en décadas, y salir a una superficie que llevaba ochenta años siendo inhabitable. Que quizá, como la mayoría de los que habían salido antes que ella, nunca volvería a bajar, nunca sabría si el Consejo tenía razón y la superficie estaba mejorando o si simplemente los estaban enviando a morir de una forma más lenta y menos visible que una ejecución directa.

Abrió los ojos y miró el techo bajo de su habitación, ese techo que a veces le daba la sensación de estar cerrándose sobre ella

aunque sabía que era imposible, que la estructura era sólida, que los ingenieros revisaban los niveles cada mes. No quería ir. No quería que le tocara. Y esa certeza, simple y egoísta, le provocó una oleada de vergüenza que le revolvió el estómago, porque se suponía que debía ser valiente, que debía estar dispuesta a sacrificarse por el bien común, que debía aceptar el sorteo como una responsabilidad cívica y no como una sentencia de muerte disfrazada de exploración.

Bryn no se sentía valiente. Se sentía cansada, asustada, y desesperadamente aferrada a esta vida pequeña y gris que había construido en Coreline durante veintisiete años, esta vida que consistía en levantarse antes de las siete, bajar a los niveles inferiores, curar heridas que prefería no cuestionar, y volver a su habitación para dormir lo suficiente como para repetirlo todo al día siguiente. No era gran cosa, esa vida, y la mayoría de los días Bryn ni siquiera estaba segura de que fuera una vida de verdad, de que no fuera simplemente una forma sofisticada de esperar a que algo cambiara. Pero era suya, la única que había conocido, y la idea de perderla le provocaba un miedo tan visceral que tenía que concentrarse en respirar despacio para no dejarse arrastrar por él.

Se quedó allí tumbada hasta que las luces de su unidad empezaron a atenuarse de forma automática, marcando el inicio del ciclo nocturno que simulaba una noche que Bryn nunca había experimentado de verdad. Se levantó, se quitó la ropa y se metió en la cama, bajo las sábanas ásperas que olían a detergente industrial. Cerró los ojos y intentó dormir, aunque sabía que le costaría, porque las noches previas al sorteo siempre eran así: largas, inquietas, llenas de pensamientos que daban vueltas y vueltas sin llegar a ninguna parte.

Y en algún momento entre la vigilia y el sueño, Bryn se permitió pensar en la superficie de una forma que normalmente se prohibía. No en los peligros, no en la radiación que quizá todavía contaminaba el aire, no en los alterados de los que hablaban los informes oficiales sin dar demasiados detalles. Pensó en el cielo, en cómo sería ver algo que no fuera un techo de roca reforzada, en cómo se sentiría el viento en la cara, en si el aire olería diferente cuando no hubiera pasado por kilómetros de filtros industriales. Pensó en esas cosas durante un momento breve y peligroso, y luego las apartó, las guardó en esa caja mental donde guardaba todo lo que no podía permitirse querer, porque pensar en la superficie de esa forma era como pensar en algo imposible, y Bryn había aprendido hacía mucho tiempo que desear cosas imposibles solo servía para hacerte infeliz.

Se durmió sin resolver nada, sin llegar a ninguna conclusión, con esa misma sensación de estar esperando algo que no podía controlar. Y cuando las luces volvieron a encenderse a la mañana siguiente, simulando un amanecer que no existía, Bryn se levantó, se vistió con el mismo uniforme gris que usaba siempre, y caminó de vuelta a la enfermería de los calabozos, porque eso era lo que hacía, lo que había hecho durante años, y lo que seguiría haciendo hasta que el sorteo decidiera otra cosa.

CAPÍTULO 2

El conducto de ventilación del sector cuatro llevaba tres días emitiendo un ruido que nadie más parecía escuchar, un zumbido irregular que a Iska le ponía los nervios de punta cada vez que pasaba por allí. No era grave, probablemente solo una junta mal asentada o algún panel suelto que vibraba con el flujo de aire, pero era el tipo de cosa que empeoraba con el tiempo si nadie se molestaba en arreglarlo, y en Coreline todo empeoraba si lo dejabas el tiempo suficiente. Así que cuando terminó su ronda de inspección rutinaria, en lugar de volver directamente al almacén de herramientas como marcaba el protocolo, Iska decidió que merecía la pena echarle un vistazo.

El conducto estaba en uno de los niveles técnicos, esas zonas de Coreline donde la mayoría de la gente no tenía motivo para ir, espacios dominados por tuberías, cables, maquinaria que llevaba ochenta años funcionando sin parar porque detenerse significaba que más de veinte mil personas se quedarían sin aire limpio, sin agua, sin electricidad. Iska llevaba trabajando en mantenimiento desde que cumplió dieciséis años, lo suficiente para conocer cada rincón de esos niveles técnicos mejor que su propia habitación, lo suficiente para saber qué ruidos eran normales y cuáles no, qué podía ignorarse y qué necesitaba atención inmediata.

El problema con los protocolos nuevos que el Consejo había implementado en los últimos meses era que no diferenciaban entre ambas cosas. Todo requería autorización previa, evaluación de riesgo, firma digital del supervisor de turno y espera de al menos cuatro horas para que la solicitud fuera procesada. Cuatro horas para arreglar algo que podía solucionarse en diez minutos si te dejaban hacer tu trabajo sin tanta burocracia absurda. Iska entendía la lógica detrás de los protocolos, o al menos entendía que existía una lógica en algún lugar, probablemente en algún despacho del Consejo donde gente que nunca había tocado una llave inglesa decidía cómo debían funcionar las cosas. Pero entender la lógica no significaba que tuviera que gustarle, y definitivamente no significaba que fuera a seguirla cuando no tenía sentido.

Se acercó al conducto con la caja de herramientas que siempre llevaba consigo, una costumbre que había desarrollado después de demasiadas emergencias en las que perder tiempo yendo a buscar lo necesario había convertido un problema pequeño en uno grande. El panel de acceso estaba asegurado con seis tornillos estándar, nada complicado, y Iska los aflojó con movimientos rápidos y precisos, dejándolos caer en el bolsillo lateral de su mono de trabajo. El panel cedió con un chasquido metálico y reveló el interior del conducto, un espacio estrecho lleno de cables y soportes que vibraban ligeramente con el paso del aire.

Allí estaba el problema: uno de los soportes se había aflojado, exactamente como había sospechado, y vibraba contra la pared interior del conducto creando ese zumbido irregular que llevaba días molestándola. Una solución de treinta segundos, apretar dos tuercas con una llave, volver a colocar el panel y seguir con su día. No había

riesgo, no había complejidad, no había ninguna razón por la que esto necesitara pasar por el proceso completo de autorización.

—¿Qué estás haciendo?

Iska no necesitó darse la vuelta para saber quién era. Reconoció la voz de Garent antes de que terminara la pregunta, ese tono entre cansado e irritado que llevaba perfeccionando desde que lo ascendieron a supervisor hacía seis meses. Era un tipo mayor, cincuenta y tantos años, de esos que habían pasado toda su vida en mantenimiento y que habían llegado a la conclusión de que la mejor forma de sobrevivir en Coreline era no hacer nada que pudiera llamar la atención del Consejo.

—Arreglar un soporte suelto —respondió Iska sin dejar de trabajar, ajustando la tuerca—. Lleva tres días haciendo ruido.

—¿Rellenaste la solicitud de intervención?

—No hacía falta. Es un ajuste de treinta segundos.

—Todo hace falta, Iska —Garent suspiró, y en ese suspiro había algo más que simple exasperación, había una fatiga profunda que Iska reconocía en demasiada gente últimamente—. Las normas dicen que cualquier intervención en sistemas críticos requiere autorización previa. Los conductos de ventilación son sistemas críticos.

Iska terminó de apretar la segunda tuerca, comprobó que el soporte estuviera bien sujeto, y solo entonces se giró para mirarlo. Garent tenía esa expresión que ponía siempre que ella hacía algo que técnicamente estaba mal pero que ambos sabían que era lo correcto, esa mezcla de resignación y algo que podría haber sido respeto si se hubiera permitido sentirlo por una chica de diecinueve años que podría ser su hija.

—Era un soporte suelto, no una reparación estructural. Si hubiera esperado cuatro horas a que procesaran la solicitud, en cuatro horas habría empeorado y entonces sí que habríamos tenido un problema de verdad.

—No es mi decisión, son las normas.

—Las normas son una estupidez —dijo Iska, volviendo a colocar el panel de acceso y empezando a atornillarlo—. Llevamos ochenta años manteniendo estos sistemas funcionando porque la gente que trabajaba aquí sabía cuándo actuar y cuándo esperar. Ahora quieren que esperemos para todo, y mientras tanto, las cosas se rompen.

—Las cosas se rompen de todas formas —Garent se cruzó de brazos, apoyándose contra la pared con esa postura que adoptaba cuando sabía que la conversación iba a alargarse más de lo que quería—. Pero si se rompen porque alguien hizo una intervención no autorizada, entonces hay a quién culpar. Si se rompen porque seguimos el protocolo, el Consejo no puede echarle la culpa a nadie más que a sus propias normas.

Era un razonamiento deprimente pero difícil de rebatir. Iska terminó de atornillar el último tornillo, guardó las herramientas en su caja y se levantó, limpiándose las manos en el mono de trabajo que ya estaba manchado de grasa y polvo de roca.

—¿Vas a dar parte?

Garent se frotó la cara con una mano, como si ese gesto pudiera borrar el cansancio que se acumulaba en sus rasgos.

—Depende. ¿Vas a volver a hacerlo?

—Si algo necesita arreglarse y esperar no tiene sentido, sí.

—Entonces sí, voy a dar parte —suspiró de nuevo, más profundo esta vez—. Mira, Iska, sé que eres joven y que crees que el mundo

debería funcionar de forma lógica, pero Coreline no funciona así. Nunca ha funcionado así, y ahora menos que nunca. El Consejo está asustado, y cuando el Consejo está asustado, inventa normas. Muchas normas. Normas absurdas, normas que no sirven para nada excepto para darles la ilusión de que controlan algo. Y nosotros tenemos que seguir esas normas, porque si no lo hacemos, nos mandan a los calabozos, y si nos mandan a los calabozos, aumentan nuestras probabilidades de salir en el próximo sorteo.

Ahí estaba, la verdad que nadie decía en voz alta pero que todos conocían: que los calabozos eran el primer paso hacia la superficie, que la gente que causaba problemas tenía más números para aparecer en la lista de los cincuenta nombres, que el sistema no era aleatorio por mucho que el Consejo insistiera en que lo era.

—Ya estoy en riesgo de todas formas —dijo Iska, cargando la caja de herramientas y empezando a caminar por el pasillo—. Nací sin permiso. Mis padres murieron para que yo pudiera vivir. El Consejo ya me tiene marcada, seguir las normas absurdas no va a cambiar eso.

Garent no respondió de inmediato y cuando Iska se giró para mirarlo, vio en su expresión algo parecido a la pena, aunque intentó disimularlo rápidamente.

—Precisamente por eso deberías tener más cuidado —dijo finalmente—. Porque ya estás en riesgo. Porque no necesitas darles más razones para ponerte en la lista.

Iska sabía que tenía razón, en un sentido práctico y miserable que le revolvía el estómago. Pero había una diferencia entre saber que alguien tenía razón y estar dispuesta a comportarse según esa razón, y ella nunca había sido buena en eso de contenerse cuando

algo le parecía injusto. No era rebeldía ideológica, no creía que pudiera cambiar el sistema ni tenía planes grandiosos de revolución. Era algo más simple y frustrante: una incapacidad física para quedarse quieta cuando algo necesitaba hacerse, una resistencia visceral a seguir normas que no tenían sentido solo porque alguien con más poder que ella había decidido implementarlas.

—Haré el informe lo más suave posible —añadió Garent, y en su voz había un tono de disculpa que Iska no le había pedido—. Diré que fue un ajuste menor, que no hubo riesgo real. Pero la próxima vez, por favor, rellena la maldita solicitud. Aunque sea absurda. Aunque tardes más tiempo en rellenar el papeleo que en arreglar el problema. Hazlo.

Iska asintió, aunque ambos sabían que era una promesa vacía, que la próxima vez que se encontrara con algo que necesitara arreglarse de inmediato, volvería a hacerlo sin esperar la autorización. Era más fuerte que ella, esa necesidad de actuar, de moverse, de no quedarse parada mientras las cosas se rompían a su alrededor.

Siguió caminando por los pasillos del nivel técnico, pasando junto a otros trabajadores que apenas levantaban la mirada cuando la veían pasar. Conocía a la mayoría de vista, algunos de nombre, pero en mantenimiento había una rotación constante que hacía difícil formar vínculos reales. La gente iba y venía, transferida a otros sectores, enviada a los calabozos por alguna infracción menor o simplemente desaparecía un día porque su nombre había aparecido en el sorteo.

Se cruzó con Maren, una técnica de sistemas que llevaba más o menos el mismo tiempo que ella en mantenimiento y que estaba

apoyada contra una tubería con expresión cansada.

—¿Has escuchado lo del sorteo? —preguntó Maren sin preámbulos, como si estuvieran continuando una conversación que nunca habían empezado.

—Quedan diez días —respondió Iska, dejando la caja de herramientas en el suelo para revisar un panel de control que había estado dando lecturas irregulares—. Es difícil no escucharlo cuando lo repiten cada cuatro horas en todas las pantallas.

—Dicen que esta vez van a priorizar a gente de los niveles técnicos —Maren bajó la voz, aunque no había nadie más cerca—. Que el Consejo quiere reducir personal de mantenimiento porque somos demasiados para el trabajo que queda.

Iska no levantó la vista del panel, con cada nuevo sorteo, aparecían chismes nuevos.

—¿Quién dice eso?

—Todo el mundo. Bueno, nadie lo dice oficialmente, pero se rumorea.

Los rumores en Coreline eran una forma de comunicación tan válida como los anuncios oficiales, a veces más, porque el Consejo solo compartía la información que consideraba necesaria y el resto se filtraba a través de conversaciones susurradas en pasillos, de miradas en los comedores comunes, de silencios que decían más que las palabras. Iska no sabía si creer el rumor, pero tampoco podía descartarlo del todo. Tenía sentido, de una forma horrible y pragmática: si el Consejo necesitaba reducir población y al mismo tiempo estaba reduciendo operaciones de mantenimiento porque había menos que mantener con menos gente, entonces el personal técnico se convertía en prescindible.

—¿Tú estás en riesgo? —preguntó Maren, y había algo sincero en su preocupación, algo que hacía que Iska la mirara con más atención.

—Todo el mundo está en riesgo. Ese es el punto del sorteo.

—Sí, pero... ya sabes. Algunos más que otros.

Iska sabía exactamente a qué se refería, porque ella misma lo había pensado miles de veces desde que el sorteo se implementó. Que nacer sin permiso la convertía en alguien que el sistema no había querido nunca, que su existencia era técnicamente ilegal según las normas de control poblacional que el Consejo había impuesto hacía tres décadas. Que sus padres habían elegido morir para que ella pudiera vivir, y que esa elección, por noble que fuera, no cambiaba el hecho de que el Consejo la consideraba un error demográfico que necesitaba corregirse.

—Supongo que lo sabremos en diez días —dijo Iska, cerrando el panel de control y volviendo a cargar la caja de herramientas—. No tiene sentido preocuparse antes de tiempo.

Maren asintió, aunque no parecía convencida, y se marchó por el pasillo con esa postura encorvada que tanta gente desarrollaba en Coreline, como si el peso de toneladas de roca sobre sus cabezas fuera literal y no solo metafórico.

Iska terminó su turno revisando sistemas de filtrado de agua en el nivel inferior, un trabajo monótono que no requería mucha concentración y que le daba demasiado tiempo para pensar en cosas que prefería no pensar. El sorteo, principalmente. La superficie. Qué significaba exactamente que cincuenta personas subieran cada mes y nunca volvieran a dar señales después de las primeras dos semanas.

Los informes oficiales hablaban de exploración, de misiones para evaluar la habitabilidad de la superficie, de preparar el terreno para cuando llegara el momento de abandonar Coreline definitivamente. Pero los informes oficiales también habían dicho durante ochenta años que todo iba según lo planeado, que los recursos alcanzarían, que el sistema era sostenible, y ahora resultaba que nada de eso era verdad. Así que Iska no confiaba en los informes oficiales y sospechaba que nadie con dos dedos de frente lo hacía.

Lo que sí sabía, porque lo había escuchado de gente que trabajaba en comunicaciones, era que los grupos que subían llevaban radios, equipos de monitoreo, instrucciones de reportar cada doce horas. Y que esos reportes llegaban durante los primeros días, irregulares y llenos de interferencias, hablando de radiación residual, de aire respirable pero contaminado, de estructuras en ruinas que no servían como refugio. Y luego, después de una semana o dos, silencio.

Algunos decían que simplemente morían. Otros, que se perdían en la superficie sin referencias, sin mapas actualizados, sin forma de orientarse en un mundo que había cambiado completamente en ochenta años. Otros, los más cínicos, sugerían que el Consejo simplemente dejaba de escuchar, que los reportes llegaban pero nadie los procesaba porque no importaban, porque el objetivo del sorteo no era explorar sino reducir población.

Iska no sabía cuál de esas versiones era la correcta, pero sospechaba que la verdad estaba en algún punto intermedio, en ese espacio gris donde las intenciones oficiales y la realidad práctica se encontraban y ninguna salía bien parada.

Terminó el turno a las seis, firmó la salida digitalmente y caminó hacia su unidad residencial con la sensación de haber pasado el día entero conteniendo algo que no podía nombrar. La habitación que le habían asignado estaba en uno de los niveles intermedios, ni arriba con las familias prioritarias ni abajo con los presos, en esa zona intermedia donde vivía la mayoría de la gente que trabajaba pero no importaba demasiado. Era pequeña, como todas las unidades individuales, apenas espacio para una cama, una mesa y un armario. Las paredes eran del mismo gris neutro que todo en Coreline, y el techo era lo bastante bajo como para que Iska pudiera tocarlo si estiraba el brazo.

Se dejó caer en la cama sin molestarse en quitarse el mono de trabajo, mirando ese techo bajo y pensando en el cielo. No tenía ni idea de cómo era realmente el cielo, más allá de las descripciones que había leído en archivos antiguos o las imágenes borrosas que a veces aparecían en las lecciones de historia. Azul, decían algunos. Gris cuando había nubes. Negro por la noche, lleno de puntos de luz que eran estrellas. Iska intentó imaginarlo, intentó visualizar un techo que no fuera un techo sino un espacio infinito que se extendía hacia arriba sin límite, pero su cerebro no tenía referencias para procesar ese concepto. Todo en su vida había tenido límites físicos, paredes, techos y suelos. La idea de un espacio sin ellos era abstracta hasta el punto de ser casi absurda.

Pero había algo en esa abstracción que le atraía de una forma que no sabía cómo explicar. No era un plan, no era algo que hubiera pensado de forma consciente, pero últimamente se descubría imaginando cómo sería caminar sin tener que calcular rutas entre pasillos, cómo sería respirar aire que no hubiera pasado por filtros

industriales y cómo sería ver el horizonte en lugar de la pared siguiente.

Era peligroso pensar así, lo sabía. Porque pensar en la superficie como algo deseable en lugar de como una sentencia de muerte era el primer paso hacia querer ir, y querer ir era una forma de locura que Iska no podía permitirse. No cuando quedaban diez días para el sorteo, no cuando su nombre tenía todas las probabilidades de aparecer en esa lista de cincuenta, no cuando salir significaba probablemente morir de radiación, de hambre o de cualquiera de las mil formas en que la superficie podía matarte.

Cerró los ojos e intentó dormir, aunque sabía que le costaría, porque últimamente siempre le costaba. El sorteo hacía eso, convertía el sueño en algo difícil, convertía los días en una espera tensa que no podías acelerar ni detener. Solo esperar, contar las horas y preguntarte si esta vez te tocaría a ti.

Y en algún lugar entre estar despierta y dormida, Iska pensó que quizá no sería tan malo que le tocara. Que quizá morir en la superficie intentando encontrar algo diferente era mejor que quedarse aquí abajo, envejeciendo lentamente en estos pasillos de roca mientras arreglaba sistemas que se rompían cada vez más rápido porque todo en Coreline se estaba cayendo a pedazos, incluyendo la ilusión de que algún día podrían salir todos juntos, de forma ordenada, cuando la superficie estuviera lista.

Nadie creía ya en esa ilusión. Ni siquiera el Consejo, probablemente. Pero todos seguían fingiendo que sí, porque era más fácil que admitir la verdad: que Coreline estaba muriendo, que los recursos no alcanzarían, que el sorteo no era una misión sino un sacrificio progresivo y que algunos de ellos, quizá la mayoría, nunca

llegarían a ver ese día prometido en el que la humanidad volvería a caminar bajo el cielo.

Iska se durmió pensando en eso y en si prefería morir intentando llegar a ese cielo abstracto que nunca había visto, o vivir el tiempo que le quedara bajo este techo de roca que la había acompañado toda su vida.

CAPÍTULO 3

El problema empezó en uno de los pasillos de acceso al nivel técnico inferior, ese tramo estrecho donde las tuberías de agua corrían paralelas al techo y donde siempre hacía más calor de lo normal porque el sistema de refrigeración nunca había funcionado del todo bien. Iska estaba volviendo de revisar una bomba de presión cuando escuchó las voces, ese tono elevado que indicaba que algo estaba yendo mal antes de que las palabras se volvieran inteligibles.

No se detuvo, porque detenerse y evaluar la situación antes de meterse en ella habría sido lo sensato, pero la sensatez nunca había sido su fuerte, así que siguió caminando hacia el origen del ruido con esa curiosidad que la metía en problemas con más frecuencia de la que le gustaba admitir.

Eran tres guardias y una trabajadora que Iska reconoció vagamente de vista, una mujer de unos treinta años que trabajaba en distribución de suministros, con el pelo recogido en una trenza que se estaba deshaciendo mientras forcejeaba contra las manos que la sujetaban. Rourke estaba allí, por supuesto, porque últimamente Rourke estaba en todas partes donde había posibilidad de ejercer autoridad de forma desagradable, y los otros dos guardias eran más jóvenes, con esa expresión entre nerviosa y excitada de

quien está aprendiendo el trabajo y todavía no ha decidido qué tipo de guardia quiere ser.

—No he hecho nada —decía la mujer, y había pánico en su voz, ese pánico específico de quien sabe que proclamar su inocencia no va a cambiar nada, pero no puede evitar intentarlo de todas formas —. El inventario está completo, podéis comprobarlo, no falta nada.

—El sistema dice que faltan tres unidades de proteína sintética del almacén diecisiete —Rourke hablaba con esa calma falsa que usaba cuando quería que algo pareciera oficial, cuando quería que sonara a protocolo y no a capricho—. Tú eres la última responsable del registro.

—Porque hago el turno de noche, pero eso no significa que yo las haya cogido. Cualquiera con acceso podría haber...

—Cualquiera con acceso eres tú.

La mujer intentó zafarse, un movimiento instintivo más que un intento real de escapar, y uno de los guardias jóvenes reaccionó sujetándola con más fuerza de la necesaria, retorciéndole el brazo hacia atrás en un ángulo que le arrancó un grito ahogado. Iska sintió que la rabia le subía por el cuello, esa sensación física de injusticia que siempre precedía a sus peores decisiones, y supo que debería seguir caminando, que debería fingir que no había visto nada, que esto no era asunto suyo y meterse solo empeoraría las cosas para todos.

No siguió caminando.

—Tres unidades no es un robo, es un error de registro —dijo Iska, y su voz sonó más alta de lo que pretendía en el pasillo estrecho, rebotando contra las paredes de roca—. El sistema de

inventario lleva fallando toda la semana, medio sector técnico lo sabe.

Rourke se giró despacio, como si hubiera estado esperando que alguien interviniera y estuviera casi agradecido de tener una excusa para ampliar el radio de su autoridad.

—Esto no te concierne, Iska.

—Me concierne si vais a detener a alguien por un fallo del sistema en lugar de arreglar el sistema.

—El sistema funciona perfectamente. Lo que falla es la gente que no sigue los protocolos.

Había algo en la forma en que lo dijo, en esa certeza que no admitía discusión, que hizo que Iska sintiera una oleada de frustración tan intensa que tuvo que apretar los puños para contenerla. No era solo por esta mujer, no era solo por estas tres unidades de proteína sintética que probablemente se habían perdido en algún error administrativo o se habían estropeado y nadie había actualizado el registro. Era por todo, por los dos años de sorteos mensuales, por las normas cada vez más absurdas y por la forma en que el Consejo apretaba el control mientras Coreline se desmoronaba lentamente a su alrededor.

—Soltadla —dijo Iska, y esta vez no fue una sugerencia, fue una orden que no tenía ninguna autoridad para dar—. Revisad el registro completo antes de acusarla de robo.

Rourke dio un paso hacia ella, acortando la distancia hasta que Iska pudo ver las líneas de cansancio alrededor de sus ojos, esa fatiga que compartía con Garent pero que en él se había convertido en algo más duro, más dispuesto a causar daño con tal de simplificar su propio día.

—¿Sabes cuál es tu problema, Iska? Que crees que porque llevas diecinueve años respirando el mismo aire que el resto tienes derecho a opinar sobre cómo funcionan las cosas. Pero no lo tienes. No tienes ningún derecho que el Consejo no te haya dado, y el Consejo no te ha dado el derecho de cuestionar a los guardias cuando están haciendo su trabajo.

—Vuestro trabajo no es detener gente por errores administrativos.

—Nuestro trabajo es mantener el orden. Y el orden incluye asegurarnos de que la gente entienda que hay consecuencias cuando las cosas desaparecen del inventario, sin importar si fue intencional o no.

La mujer había dejado de forcejear y miraba a Iska con una expresión que mezclaba gratitud y terror, como si quisiera que parara, pero al mismo tiempo no pudiera evitar aferrarse a la esperanza de que alguien la defendiera. Iska la miró, vio el miedo en sus ojos y supo que tenía dos opciones: retroceder ahora, disculparse, dejar que se la llevaran y odiar cada segundo del resto de su día, o seguir empujando y aceptar que esto iba a terminar mal.

Nunca había sido buena eligiendo la primera opción.

—Entonces vuestro trabajo es una mierda —dijo Iska, y en cuanto las palabras salieron de su boca supo que había cruzado una línea que no podía descruzar.

Rourke sonrió, y no fue una sonrisa de rabia sino de satisfacción, como si Iska acabara de darle exactamente lo que estaba esperando.

—Muy bien. Kess, lleva a esa a procesamiento. Tú y yo —dijo, señalando a Iska con un gesto casi casual—, vamos a tener una conversación sobre respeto a la autoridad.

El guardia joven que sujetaba a la trabajadora la empujó hacia el pasillo, y ella se fue sin mirar atrás, caminando con esa rigidez de quien sabe que ha escapado de algo malo, pero no se atreve a sentir alivio todavía. El otro guardia se quedó, posicionándose de forma que bloqueaba la ruta de escape más obvia, e Iska sintió que su cuerpo se tensaba de forma automática, preparándose para algo que su cerebro todavía no había procesado del todo.

—No hace falta una conversación —dijo Iska, intentando que su voz sonara más tranquila de lo que se sentía—. He dicho lo que pienso, ahora tengo trabajo que hacer.

—El trabajo puede esperar —Rourke se quitó el comunicador de la cintura con movimientos lentos, como si tuviera todo el tiempo del mundo—. Lo que no puede esperar es esto, esta actitud que llevas arrastrando desde que empezaste en mantenimiento. Crees que porque sabes arreglar cosas tienes algún tipo de valor especial, que el Consejo te va a proteger porque eres útil. Pero no funciona así, Iska. Nadie es tan útil como para que valga la pena tolerar la insubordinación.

—No he sido insubordinada, he señalado un error en vuestro protocolo.

—Has cuestionado mi autoridad delante de una detenida. Eso es insubordinación por definición.

Iska dio un paso atrás, no porque tuviera miedo sino porque necesitaba espacio para pensar, para calcular si había alguna forma de salir de esto sin que terminara como sabía que iba a terminar. El

pasillo era estrecho, las tuberías del techo bajaban lo suficiente como para que no hubiera mucho margen de maniobra, y el otro guardia seguía bloqueando la salida con esa postura que sugería que había recibido entrenamiento para esto, para contener gente que intentaba huir.

—Puedo disculparme —dijo Iska, aunque las palabras le supieron amargas en la boca—. He hablado sin pensar, no volverá a pasar.

—Oh, estoy seguro de que no volverá a pasar —Rourke avanzó hacia ella, acortando la distancia que Iska acababa de crear—. Pero las disculpas no son suficientes. Las disculpas son baratas, son palabras que la gente dice cuando las consecuencias les asustan pero que olvidan en cuanto las consecuencias desaparecen. Lo que necesitamos aquí es una lección que recuerdes, algo que te haga pensar si vale la pena lo que vas a decir antes de abrir la boca la próxima vez.

Iska vio el puño venir y tuvo tiempo suficiente para anticiparlo, para girar la cabeza y reducir el impacto, pero no tuvo espacio suficiente para esquivarlo del todo. El golpe la alcanzó en la mandíbula con una fuerza que le hizo crujir los dientes y le llenó la boca del sabor metálico de la sangre. Se tambaleó hacia atrás, chocó contra la pared de roca y sintió cómo sus piernas intentaban decidir si mantenerse firmes o ceder bajo el peso repentino del dolor.

No gritó, porque gritar habría sido darle a Rourke la satisfacción de saber que le había hecho daño, e Iska todavía tenía suficiente orgullo estúpido como para negarle eso. En su lugar, escupió la sangre que se acumulaba en su boca, se apartó los mechones de pelo oscuro desordenado de la cara con una mano que temblaba

más de lo que le gustaba admitir y lo miró con toda la rabia que podía reunir.

—¿Ya está? ¿Esa es la lección? —preguntó sin poder evitarlo a pesar de saber lo que eso suponía para ella.

Rourke suspiró, como si la resistencia de Iska fuera una molestia más que un desafío.

—No, esa era solo para que supieras que esto va en serio. La lección viene ahora.

El segundo golpe fue al estómago, un puñetazo que le sacó todo el aire de los pulmones y la dejó doblada sobre sí misma, luchando por respirar mientras su cuerpo decidía si iba a vomitar o solo quedarse allí temblando. Iska oyó pasos y sintió las manos que la sujetaban por los brazos, el otro guardia inmovilizándola para que Rourke pudiera seguir trabajando sin interrupciones.

Hubo más golpes después de eso, Iska perdió la cuenta después del tercero o el cuarto, su cerebro estaba demasiado ocupado gestionando el dolor como para mantener un registro preciso. Costillas, estómago de nuevo, un golpe en el muslo que le hizo ceder la pierna izquierda. Rourke trabajaba con eficiencia, no con rabia, golpeando con la precisión de quien ha hecho esto antes y sabe exactamente cuánto daño infligir para enviar un mensaje sin causar daño permanente que requiriera explicaciones complicadas.

En algún momento Iska dejó de intentar mantenerse en pie y permitió que su peso colgara de las manos que la sujetaban, porque resistirse solo prolongaba esto y su cuerpo ya había dejado claro que no iba a ganar esta pelea. Cerró los ojos y esperó a que terminara, concentrándose en respirar entre los golpes, en no darle a Rourke la satisfacción de suplicar que parara.

Cuando finalmente paró, Iska estaba en el suelo sin recordar exactamente cuándo había llegado allí, con el sabor de la sangre llenándole la boca y un dolor sordo extendiéndose por todo su torso. Oyó a Rourke hablar, su voz llegando desde muy lejos, aunque probablemente estuviera a solo un par de metros.

—Que alguien avise a enfermería. Diles que hay una detenida que necesita atención médica antes de ser procesada.

Iska intentó abrir los ojos, pero la luz del pasillo le pareció demasiado brillante, demasiado agresiva, así que los volvió a cerrar y se quedó allí tumbada en el suelo frío, sintiendo cómo el dolor pulsaba con cada latido de su corazón. Escuchó pasos alejándose, voces que hablaban en voz baja, el sonido de un comunicador activándose y transmitiendo un mensaje que no pudo descifrar del todo.

No supo cuánto tiempo pasó antes de que llegara alguien más. Podían haber sido minutos u horas, su sentido del tiempo estaba tan distorsionado como su capacidad para respirar sin que cada inhalación le clavara algo afilado entre las costillas. Oyó pasos nuevos, más ligeros, y una voz de mujer que preguntaba algo que Iska no procesó del todo. Luego manos diferentes, más suaves, tocándola con cuidado en el hombro.

Bryn estaba organizando suministros cuando llegó el aviso, una notificación en su tableta que apareció con ese tono de urgencia que significaba que alguien necesitaba atención inmediata. Había leído el mensaje rápido, procesando la información esencial antes de salir de la enfermería: detenida, nivel técnico inferior, traumatismo múltiple, requiere evaluación antes de procesamiento.

No era inusual. Los calabozos generaban suficiente violencia como para que Bryn recibiera este tipo de avisos al menos una vez por semana, y había desarrollado una capacidad profesional para no pensar demasiado en las causas mientras se concentraba en las consecuencias médicas. Pero cuando llegó al pasillo y vio a la chica en el suelo, algo en su pecho se tensó de una forma que no tenía nada que ver con el protocolo médico.

Era joven, demasiado joven, con el pelo oscuro despeinado manchado de sangre y el uniforme de mantenimiento sucio y roto. Apenas estaba consciente, los ojos entreabiertos y la respiración superficial de alguien cuyo cuerpo ha decidido que respirar profundo duele demasiado como para intentarlo. Bryn se arrodilló junto a ella, evaluando los daños visibles con esa parte de su cerebro que funcionaba en modo automático cuando las emociones amenazaban con interferir.

Tenía la mandíbula hinchada, probablemente no estaba rota, pero casi. El labio partido, hematomas formándose en el brazo izquierdo donde alguien la había sujetado con demasiada fuerza y por la forma en que respiraba, por cómo se encogía sobre sí misma, costillas rotas.

—¿Puedes oírme? —preguntó Bryn, tocándola con cuidado en el hombro, y cuando la chica abrió los ojos y la miró, Bryn sintió algo que no debería haber sentido, una conexión que no tenía nombre pero que la hizo consciente de cada segundo que pasaba sin que esta chica recibiera tratamiento adecuado.

—Sí —dijo la chica, y su voz sonó destrozada, pero no vencida.

Bryn se giró hacia los guardias que esperaban a unos metros, Rourke mirando con esa expresión de aburrimiento que ponía

cuando la violencia dejaba de ser interesante.

—Llevadla a la enfermería —ordenó, usando ese tono que había perfeccionado para que sonara a autoridad médica indiscutible—. Con cuidado, podría tener alguna costilla rota y posiblemente hemorragia interna. Si la movéis bruscamente, vais a empeorar las cosas.

No esperó a que respondieran. Se levantó, caminó junto a los guardias que levantaban a la chica con más cuidado del que Bryn había anticipado, y sintió cómo algo en su rutina cuidadosamente construida se quebraba de una forma pequeña pero irrevocable.

No conocía a esta chica. No sabía su nombre ni sabía qué había hecho para terminar así, y tampoco sabía si era culpable de lo que fuera que la hubieran acusado. Pero mientras caminaba de vuelta a la enfermería, escuchando los pasos irregulares detrás de ella y la respiración trabajosa de alguien que intentaba no mostrar cuánto le dolía moverse, Bryn supo que esto iba a ser diferente de los otros pacientes que había tratado en los calabozos.

No sabía por qué todavía.

Pero lo supo.

CAPÍTULO 4

La enfermería de los calabozos nunca había parecido tan pequeña como cuando los guardias depositaron a Iska en la camilla de exploración con una delicadeza que contrastaba brutalmente con el estado en que la habían dejado diez minutos antes. Bryn había tratado cientos de pacientes en ese mismo espacio, había limpiado heridas peores, había cosido cortes más profundos y había estabilizado fracturas más complicadas, pero mientras observaba cómo la chica intentaba no encogerse de dolor cuando la superficie dura de la camilla presionó contra sus costillas, sintió que algo en su proceso habitual se desajustaba de una forma que no sabía cómo arreglar.

—Podéis iros —dijo Bryn sin mirar a los guardias, manteniendo la vista fija en Iska mientras se lavaba las manos en el pequeño lavabo de acero inoxidable que había en la esquina—. Vendré a buscaros cuando haya terminado el examen.

—A Iska le encanta buscar problemas, ¿verdad, Iska? Tenemos órdenes de quedarnos por si decide decir algo más que no debe —respondió uno de ellos, el más joven, el que había ayudado a sujetarla mientras Rourke le pegaba.

Bryn se giró, secándose las manos y usando ese tono que había perfeccionado durante años de lidiar con guardias que confundían su

trabajo con el de ellos.

—Y yo tengo la autoridad médica para pediros que salgáis si vuestra presencia interfiere con el tratamiento. Esta chica necesita que la examine, y eso incluye quitarle la ropa para evaluar el alcance de las lesiones internas. Podéis quedaros si queréis, pero entonces tendré que reportar que vuestra presencia comprometió la privacidad del paciente durante un examen médico, y el Consejo tiene normas muy específicas sobre eso.

Era mentira, claro. El Consejo no tenía normas específicas sobre nada que protegiera la dignidad de los detenidos, pero los guardias no lo sabían con certeza, y la duda era suficiente para que intercambiaran una mirada antes de que el más joven asintiera con reticencia.

—Estaremos fuera. No intentes nada estúpido —esto último lo dijo mirando a Iska, aunque ella apenas parecía capaz de mantenerse consciente, mucho menos de intentar una fuga.

Cuando la puerta se cerró detrás de ellos, el silencio que quedó en la enfermería fue tan denso que Bryn pudo escuchar su propia respiración mezclarse con la de Iska, ese ritmo superficial e irregular que indicaba que respirar profundo la estaba matando de dolor. Se acercó a la camilla, ajustó la altura para no tener que inclinarse demasiado y finalmente se permitió mirar a Iska con la atención completa que había estado evitando mientras los guardias observaban.

El daño era peor de lo que había parecido en el pasillo. La mandíbula estaba hinchada, sí, pero ahora que tenía mejor luz podía ver el hematoma oscuro que se extendía hacia el cuello y la forma en que Iska mantenía la cabeza ligeramente girada como si ciertos

ángulos dolieran menos que otros. El labio partido seguía sangrando un poco, una línea delgada de rojo que bajaba por su barbilla y que Iska intentó limpiarse con el dorso de la mano antes de que Bryn pudiera detenerla.

—No hagas eso —dijo Bryn, y la voz le salió más áspera de lo que pretendía—. Déjame ver.

Iska la miró entonces, y Bryn sintió el impacto de esa mirada como algo físico, como si la chica estuviera evaluándola con la misma intensidad con que ella evaluaba las heridas. Los ojos de Iska eran oscuros, casi negros bajo luz, y había algo en ellos que no encajaba con la situación, una chispa que debería haberse apagado después de una paliza como la que acababa de recibir, pero que seguía allí, obstinada y claramente poco dispuesta a ceder.

—¿Vas a decirme que no me mueva mientras me examinas? —preguntó Iska, y había un tono de humor en su voz que no tenía ningún derecho a estar allí—. Porque creo que eso va a ser difícil de cumplir.

Bryn parpadeó, sorprendida por el comentario, y luego sintió algo parecido a la irritación mezclándose con una emoción que se negó a identificar.

—No si cooperas y me dejas hacer mi trabajo.

—Siempre coopero —Iska hizo una mueca que podría haber sido una sonrisa si su boca no estuviera tan maltratada—. Es solo que mi definición de cooperar no siempre coincide con la de los demás.

—Eso parece evidente —Bryn cogió una gasa limpia del dispensador, la humedeció con solución salina y se acercó más a Iska—. Voy a limpiar el corte del labio. Va a doler.

—Todo duele. Un poco más no va a marcar la diferencia.

No era cierto y ambas lo sabían, pero Bryn no la corrigió. En su lugar, levantó la mano con la gasa y la colocó suavemente contra el labio partido de Iska, aplicando la presión mínima necesaria para limpiar la sangre sin reabrir el corte. Iska se quedó muy quieta, tan quieta que Bryn pudo sentir el esfuerzo que le costaba no apartarse, no encogerse ante el contacto, y hubo algo en esa quietud forzada que hizo que Bryn fuera más consciente de lo normal de cada pequeño movimiento que hacía, de la distancia entre sus cuerpos, de cómo los dedos de su mano izquierda habían terminado apoyados contra la mejilla de Iska para estabilizar su cabeza mientras trabajaba.

La piel bajo sus dedos estaba caliente, más caliente de lo que debería, y Bryn no supo si era fiebre incipiente o simplemente el resultado de la adrenalina todavía corriendo por el sistema de Iska. Limpió el corte con cuidado, notando cómo Iska contenía la respiración cada vez que la gasa presionaba demasiado, y cuando terminó y se apartó para coger material nuevo, sintió la ausencia de ese contacto de una forma que no tenía ningún sentido profesional.

—¿Alguna vez te enseñaron a mantener la boca cerrada cuando no convenía? —preguntó Bryn mientras preparaba el antiséptico, necesitando llenar el silencio con algo que no fuera la conciencia creciente de que estaba prestando demasiada atención a detalles que no importaban médicamente, como la forma en que el pelo de Iska caía sobre su frente o cómo sus manos, a pesar del temblor del dolor, seguían moviéndose inquietas sobre la superficie de la camilla.

—Probablemente sí, pero no estaba prestando atención —Iska hizo esa mueca de nuevo y esta vez Bryn estuvo segura de que era

una sonrisa—. Tendencia que, como puedes ver, me ha servido muy bien en la vida.

—Vas a acabar muerta si sigues así.

—Todo el mundo va a acabar muerto de todas formas. Yo solo estoy acelerando el proceso.

Bryn dejó de preparar el antiséptico y miró a Iska con más atención, intentando determinar si hablaba en serio o si era solo otra forma de mitigar el dolor con humor. Los ojos de Iska la miraron de vuelta sin apartar la vista, sin ese parpadeo nervioso que la mayoría de la gente desarrollaba cuando alguien los observaba demasiado directamente, y Bryn sintió que algo en su pecho se apretaba de una forma incómoda.

—Esto va a arder —dijo finalmente, volviendo a acercarse con la gasa empapada en antiséptico—. No puedo hacer nada para evitarlo.

—No te he pedido que lo evites.

El antiséptico ardió, Bryn lo supo por la forma en que cada músculo del cuerpo de Iska se tensó de golpe y por cómo sus manos se cerraron en puños sobre la camilla con suficiente fuerza como para que los nudillos se pusieran blancos, pero la chica no hizo ningún sonido. No gritó, no se quejó, ni siquiera dejó escapar ese siseo de aire que la mayoría de la gente hace cuando el dolor sobrepasa su capacidad de contenerlo. Se quedó allí quieta, soportándolo, y Bryn tuvo que obligarse a mantener su expresión neutral cuando lo que realmente quería era disculparse por causar más dolor del que esta chica ya había soportado en los últimos minutos.

—Ya está —dijo Bryn, apartándose y desechando la gasa en el contenedor médico—. Ahora necesito revisar las costillas. Vas a

tener que quitarte la parte de arriba del uniforme.

Vio la duda pasar por el rostro de Iska, ese cálculo rápido de si podía hacerlo sola o si necesitaría ayuda y preferiría no pedirla. La respuesta quedó clara cuando Iska intentó incorporarse apoyándose en los codos y un espasmo de dolor cruzó su expresión con suficiente intensidad como para que se quedara congelada a medio camino, respirando de manera forzada mientras intentaba no vomitar.

—Espera —Bryn se acercó, colocando una mano en el hombro de Iska con más firmeza de la que había usado hasta ahora—. Yo te ayudo. No intentes hacerlo sola o vas a empeorar las cosas.

—No necesito...

—Sí que lo necesitas.

Iska la miró durante un momento que se extendió demasiado, y luego asintió con un movimiento tan pequeño que apenas fue perceptible. Bryn respiró hondo, consciente de que esto requería un nivel de contacto físico que normalmente no le costaba mantener como profesional, pero que por alguna razón con ella era diferente, y empezó a ayudar a Iska a quitarse la parte superior del uniforme de mantenimiento.

El proceso fue lento y claramente doloroso, cada movimiento de los brazos de Iska arrancaba una tensión visible en su mandíbula mientras intentaba contener cualquier sonido que quisiera escapar. Bryn trabajó con tanto cuidado como pudo, consciente de cada centímetro de piel que quedaba expuesto, de cómo sus manos rozaban los hombros de Iska, sus brazos, la curva de su cuello cuando tuvo que sostener su cabeza para pasar la tela por encima. Cuando finalmente consiguió quitarle la parte superior del uniforme,

dejando a Iska en una camiseta interior gris que estaba manchada de sangre y sudor, Bryn se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración.

Los hematomas ya estaban formándose cuando subió la camiseta, manchas oscuras que se extendían por el lado izquierdo del torso de Iska como un mapa de la violencia que había recibido. Bryn las catalogó automáticamente, su cerebro médico clasificando el daño mientras intentaba ignorar el resto, la forma en que Iska temblaba ligeramente bajo sus manos o cómo su respiración se había vuelto aún más superficial ahora que no tenía la tela presionando contra las costillas.

—Voy a palparte las costillas —dijo Bryn, y se dio cuenta demasiado tarde de que su voz sonaba más ronca de lo normal—. Dime si algo duele más de lo normal.

—Todo duele más de lo normal —respondió Iska, pero había menos humor en su voz ahora, más cansancio, como si mantener la fachada de estar bien estuviera consumiendo más energía de la que le quedaba.

Bryn colocó las manos contra el torso de Iska; sus dedos se movían con la precisión profesional que había desarrollado durante años de práctica, presionando suavemente contra cada costilla para evaluar fracturas, desplazamientos o daño interno. Iska se quedó muy quieta bajo sus manos, esa quietud que Bryn ya estaba empezando a reconocer como característica de ella, esa capacidad para contenerse cuando todo en su lenguaje corporal sugería que quería moverse, escapar o hacer cualquier cosa menos quedarse inmóvil soportando algo incómodo.

—Esta está rota —dijo Bryn cuando sus dedos encontraron la fractura en la sexta costilla izquierda, sintiendo cómo Iska se tensaba bajo su toque—. Y esta también. Posiblemente una tercera, pero necesitaría radiografías para confirmarlo.

—¿Podéis hacer radiografías aquí?

—No en la enfermería de los calabozos. Tendría que solicitar traslado al nivel médico principal, y eso requiere autorización del Consejo.

—Que no van a dar.

—Probablemente no —Bryn movió las manos hacia abajo, evaluando el resto del torso, consciente de que estaba tardando más de lo necesario, de que sus dedos se demoraban contra la piel cálida de Iska más tiempo del que el protocolo requería—. ¿Te duele al respirar?

—Sí.

—¿Cuánto?

—Suficiente.

Bryn apartó las manos y se obligó a dar un paso atrás, poniendo distancia entre ella e Iska porque de repente el espacio entre ambas parecía demasiado pequeño, demasiado cargado de algo que no debería estar allí. Se giró hacia el armario de suministros, buscando vendaje elástico y analgésicos básicos, lo único que podía ofrecerle sin autorización superior.

—Voy a vendarte las costillas —dijo sin mirarla, concentrándose en sacar el material que necesitaba—. No va a curarlas, pero ayudará a estabilizarlas y reducirá el dolor cuando te muevas. Después te daré algo para la inflamación, aunque no es tan fuerte como debería ser.

—¿Por qué no?

—Porque los analgésicos potentes están clasificados como medicación controlada, y los detenidos no tienen acceso a medicación controlada sin aprobación expresa del Consejo.

—Claro que no —Iska dejó escapar algo que podría haber sido una risa si no hubiera sonado tan amarga—. No vaya a ser que alguien piense que merecemos un tratamiento decente.

Bryn se giró entonces, con el vendaje en las manos, y miró a Iska con una intensidad que la sorprendió a sí misma.

—Esto no es decente. Nada de esto es decente. Pero es lo único que puedo hacer dentro del sistema que tenemos, así que o lo aceptas o te vas sin tratamiento. Tú eliges.

Iska la miró durante un momento que se extendió demasiado, y algo en su expresión cambió, se suavizó de una forma que hacía que pareciera más joven de lo que probablemente era, más vulnerable de lo que su actitud desafiante sugería.

—Lo siento —dijo finalmente—. No quería... sé que estás haciendo lo que puedes. Más de lo que harían la mayoría en tu posición.

Bryn asintió, no confiando en su voz para responder sin revelar más de lo que quería revelar, y volvió a acercarse a la camilla. Vendar las costillas requería rodear el torso de Iska con sus brazos, acercarse lo suficiente como para que sus cuerpos casi se tocaran, y Bryn se descubrió siendo más consciente de lo que nunca había sido durante este tipo de procedimiento de cada respiración que Iska tomaba, de cómo el pecho de la chica subía y bajaba contra sus manos mientras enrollaba el vendaje alrededor de su torso.

—Levanta los brazos un poco —instruyó Bryn, y cuando Iska obedeció con un movimiento lento y claramente doloroso, Bryn tuvo que pasar las manos por debajo de ellos, rozando la piel cálida de sus costados, sintiendo cómo Iska temblaba ligeramente bajo su toque.

Había algo insoportablemente íntimo en esto, en estar tan cerca, en tocarla de esta forma sostenida, y Bryn se dio cuenta de que estaba evitando mirar directamente el rostro de Iska, manteniendo la vista fija en el vendaje que enrollaba, en sus propias manos trabajando o en cualquier cosa que no fuera los ojos oscuros que sabía que la estaban observando.

—¿Por qué te hiciste médica? —preguntó Iska de repente, y la pregunta fue tan inesperada que Bryn sí la miró entonces, encontrándose con esa mirada directa que parecía ver más de lo que Bryn quería mostrar.

—Porque alguien tenía que hacerlo.

—Esa no es una razón.

—Es la única razón que importa en Coreline —Bryn volvió a concentrarse en el vendaje, enrollando otra vuelta, apretando lo suficiente para dar soporte, pero no tanto como para dificultar la respiración—. El Consejo necesitaba más personal médico, yo tenía las calificaciones adecuadas y me asignaron la formación. No fue una elección, fue una asignación.

—Pero podrías hacerlo mal. Podrías ser una médica terrible y nadie podría culparte porque no lo elegiste.

—Podría —Bryn aseguró el vendaje con un clip metálico, comprobó la tensión y se permitió quedarse allí un momento más de lo necesario, con las manos todavía apoyadas contra el torso

vendado de Iska—. Pero entonces tendría que vivir sabiendo que dejé morir a gente por orgullo, y eso es peor que no haber elegido.

Iska no respondió de inmediato, y cuando Bryn finalmente se apartó, creando esa distancia que necesitaba para volver a pensar con claridad, vio que la chica la estaba mirando de una forma diferente, como si acabara de entender algo que antes no había visto.

—Tienes razón —dijo Iska finalmente—. Eso sería peor.

Bryn se giró hacia el armario de medicamentos, sacó el frasco de antiinflamatorios básicos y preparó una dosis que era técnicamente correcta, pero que sabía que no sería suficiente para el nivel de dolor que Iska debía de estar sintiendo. Cuando se giró de nuevo, encontró a Iska todavía mirándola, y hubo algo en esa mirada que hizo que Bryn sintiera calor subiéndole por el cuello, una conciencia física de estar siendo observada que normalmente no le afectaba, pero que ahora parecía concentrarse en cada punto donde su uniforme tocaba su piel.

—Toma esto —dijo Bryn, ofreciéndole la pastilla y un vaso de agua—. No es suficiente, pero es mejor que nada.

Iska tomó la pastilla sin apartar los ojos de Bryn y cuando sus dedos rozaron los de Bryn al coger el vaso, ambas se quedaron inmóviles durante un segundo que se extendió demasiado, ese tipo de contacto accidental que no debería significar nada pero que de alguna forma lo significaba todo. Iska se tragó la pastilla, bebió el agua despacio y le devolvió el vaso con un cuidado que contrastaba con la brusquedad que había mostrado antes.

—Gracias —dijo, y había algo en su voz, una suavidad que no había estado allí antes, que hizo que Bryn tuviera que apartar la

mirada porque de repente le resultaba demasiado difícil sostenerla.

—Es mi trabajo —respondió Bryn, aunque ambas sabían que había pasado más allá de lo que su trabajo requería, que había tardado más tiempo del necesario, que había tocado más de lo profesionalmente justificable.

El silencio que siguió fue denso, cargado de todo lo que no estaban diciendo, y Bryn lo rompió porque tenía que romperlo, porque quedarse allí parada sosteniendo esa mirada iba a hacer que dijera o hiciera algo que no podía permitirse decir o hacer.

—Tienes que volver a ponerte el uniforme —dijo, recogiendo la prenda manchada del suelo y ofreciéndosela.

Iska miró el uniforme como si fuera una sentencia, y quizá lo era, porque volver a ponérselo significaba volver a ser una detenida, volver a ese rol que el sistema le había asignado. Pero tomó la prenda sin protestar y empezó el proceso lento y doloroso de vestirse de nuevo, y esta vez Bryn no la ayudó porque sabía que, si volvía a tocarla, si volvía a estar tan cerca, iba a ser imposible mantener esa distancia profesional que ya sentía peligrosamente erosionada.

Cuando Iska terminó, cuando estaba de nuevo vestida, Bryn fue hasta la puerta y la abrió, encontrando a los dos guardias esperando en el pasillo con esa paciencia tensa de quien está cumpliendo órdenes que encuentra aburridas.

—Ya está —dijo Bryn, usando ese tono neutro que había perfeccionado para estas situaciones—. Tiene dos costillas rotas. Necesita reposo durante al menos una semana antes de que pueda volver a trabajar.

—El Consejo decidirá eso —respondió el guardia más joven, entrando en la enfermería y acercándose a Iska con esa indiferencia que hacía que la violencia pareciera simplemente otro día de trabajo.

Bryn observó cómo levantaban a Iska de la camilla, cómo la chica se mantenía en pie a pesar del dolor visible y cómo sus ojos buscaron los de Bryn una última vez antes de que la sacaran de la enfermería.

Cuando la puerta se cerró y Bryn se quedó sola en la enfermería, se apoyó contra la mesa de exploración y dejó escapar un suspiro que llevaba conteniendo desde que había tocado a Iska por primera vez. Sus manos todavía recordaban la sensación de la piel cálida bajo sus dedos, la forma en que Iska había temblado bajo su toque, y Bryn se dio cuenta de que había cruzado una línea que no sabía que existía hasta que ya estaba al otro lado.

No conocía el nombre de esa chica más allá de "Iska". No sabía nada sobre ella excepto que era imprudente, que al parecer no sabía cuándo mantener la boca cerrada y que tenía una forma de mirarla que hacía que Bryn fuera consciente de sí misma de formas que llevaba años evitando.

Y eso, esa conciencia súbita e innegable, era más peligroso que cualquier cosa que el Consejo pudiera hacer.

CAPÍTULO 5

El parte médico estaba abierto en la pantalla de la tableta cuando Bryn llegó a la sala de procesamiento administrativa, ese espacio estrecho en el nivel inferior donde el Consejo tramitaba las sentencias de los detenidos con una eficiencia que habría sido admirable si no fuera tan deshumanizadora. Las paredes eran del mismo gris de siempre, pero aquí había pantallas digitales incrustadas cada pocos metros, mostrando listas de nombres, cargos, sentencias, todo reducido a datos que parpadeaban y desaparecían mientras nuevos casos los reemplazaban.

Bryn había firmado cientos de partes médicos en los tres años que llevaba trabajando en la enfermería de los calabozos, tantos que el gesto se había vuelto mecánico, automático, otra tarea más en su lista diaria que completaba sin pensar demasiado en las consecuencias. Pero mientras miraba el nombre en la pantalla —Iska Verne, diecinueve años, mantenimiento de infraestructura técnica— sintió que los dedos le pesaban sobre el cristal táctil de una forma que nunca antes había experimentado.

El informe era clínico, desprovisto de cualquier emoción que pudiera filtrar su opinión personal: fractura de sexta y séptima costilla izquierda, contusión severa en la mandíbula, laceración en labio inferior, hematomas múltiples en torso y extremidades.

Recomendación: reposo durante siete días antes de reanudar actividad física. Todo correcto, todo preciso, todo completamente insuficiente para describir lo que había visto en esa enfermería, la forma en que Iska había soportado el dolor sin quebrarse o cómo había intentado bromear incluso cuando cada palabra le costaba.

Firmó el parte con el stylus digital, su nombre apareciendo en la pantalla con esa autoridad médica que le daba poder sobre los cuerpos, pero ninguno sobre lo que el sistema hacía con ellos después. La firma se procesó automáticamente, enviando el documento a quien fuera que estuviera al cargo de decidir qué pasaba ahora con Iska Verne, y Bryn dejó la tableta sobre el mostrador con más fuerza de la necesaria.

—¿Doctora Alessan?

Bryn levantó la vista y encontró a Elior de pie junto a uno de los terminales, con esa postura perfecta que sugería formación militar antigua, aunque nadie en Coreline había visto combate real en ochenta años. Era uno de los guardias administrativos, de esos que manejaban papeleos y protocolos en lugar de violencia directa, y Bryn lo prefería infinitamente a Rourke, aunque eso no significaba que confiara en él.

—¿Sí?

—Necesito confirmar que el parte está completo. La detenida Verne será sentenciada en media hora y el Consejo requiere documentación médica actualizada para determinar la duración del internamiento.

Internamiento. Qué forma tan aséptica de decir celda.

—El parte está completo —respondió Bryn—. Dos costillas rotas, recomendación de reposo. Ya está en el sistema.

—¿Puede realizar trabajo físico con esas lesiones?

—No debería realizar trabajo físico durante al menos una semana. Después de eso, depende de cómo cure.

Elior anotó algo en su propia tableta, sus dedos moviéndose con rapidez sobre la superficie mientras procesaba la información como si fuera una especificación técnica de maquinaria y no el estado físico de una persona.

—El Consejo tomará eso en consideración.

—¿Van a darle los siete días de reposo?

Elior la miró entonces, y había algo en su expresión que podría haber sido compasión si no estuviera tan cuidadosamente contenido.

—Eso no lo decido yo, doctora. Yo solo proceso la información.

—Claro que sí.

Bryn sabía que estaba siendo injusta, que Elior probablemente tenía tan poco poder sobre el resultado final como ella misma, pero necesitaba dirigir su frustración a alguien y él estaba allí, con su uniforme impecable y su eficiencia burocrática que permitía que el sistema funcionara sin que nadie tuviera que sentirse responsable de las decisiones individuales.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo Elior, bajando la voz aunque no había nadie más cerca.

—Depende de qué sea.

—¿Por qué te importa esta en particular? Has tratado a docenas de detenidos con lesiones peores y nunca has preguntado por el resultado de su sentencia.

Era una buena pregunta, demasiado buena, y Bryn no tenía una respuesta que pudiera dar sin revelar cosas que prefería no examinar demasiado.

—No me importa en particular —mintió—. Solo estoy haciendo mi trabajo, que incluye asegurarme de que las recomendaciones médicas se sigan.

—Las recomendaciones médicas se siguen cuando no interfieren con las necesidades operativas del Consejo —Elior guardó su tablet en el portador de su cinturón—. Sabes cómo funciona esto, Bryn. Siempre ha funcionado así.

Sí, lo sabía. Y normalmente ese conocimiento era suficiente para que mantuviera la distancia profesional necesaria, para que firmara los partes y siguiera adelante sin mirar atrás. Pero algo había cambiado en esa enfermería, algo que hacía imposible tratarlo como un caso más, y esa imposibilidad la irritaba tanto como la asustaba.

—¿Cuándo es la lectura de cargos? —preguntó.

—En veinte minutos. Sala de procesamiento tres. ¿Por qué?

—Porque tengo que actualizar el informe médico si el Consejo va a usarlo para la sentencia. Quiero asegurarme de que no hay malinterpretaciones.

No era verdad, o al menos no era toda la verdad, pero Elior no la desafió. Asintió, volvió a su terminal y Bryn se quedó allí de pie durante un momento preguntándose qué estaba haciendo exactamente, por qué sentía esta necesidad de ver a Iska de nuevo cuando lo sensato habría sido firmar el parte y olvidarse de toda la situación.

La sala de procesamiento tres era más pequeña que las otras, apenas espacio para una mesa, tres sillas y la pantalla obligatoria donde aparecerían los cargos y la sentencia una vez decidida. Bryn llegó cinco minutos antes de la hora prevista y se quedó en el pasillo, consciente de que su presencia allí no era necesaria y que

cualquiera que la viera esperando haría las preguntas que ella no quería responder.

Cuando trajeron a Iska, escoltada por dos guardias que Bryn no reconoció, sintió algo similar a un golpe al verla bajo la luz más brillante del pasillo. Los hematomas se habían oscurecido durante las horas que habían pasado desde que la trató, manchas púrpura y amarillo extendiéndose por su mandíbula y desapareciendo bajo el cuello del uniforme. Caminaba con cuidado, favoreciendo el lado derecho para no presionar las costillas rotas, pero mantenía la cabeza alta con una terquedad que parecía innata en ella.

Sus miradas se encontraron en el pasillo y Bryn vio el reconocimiento instantáneo en los ojos de Iska, seguido de algo parecido a la sorpresa, como si no hubiera esperado verla allí. Bryn no había esperado estar allí tampoco, pero ahora que lo estaba, no podía simplemente irse.

Los guardias condujeron a Iska hacia la sala de procesamiento y Bryn esperó hasta que entraron antes de acercarse a la puerta, quedándose en el umbral donde podía ver, pero sin interferir oficialmente. Elior ya estaba dentro, de pie junto a la mesa con su tablet en las manos, y había otro hombre que Bryn no conocía, mayor, probablemente un representante del Consejo encargado de formalizar las sentencias menores.

—Iska Verne —comenzó el representante, leyendo de una pantalla sin mirar directamente a Iska—. Detenida el día de hoy por insubordinación a la autoridad, interferencia con un arresto en curso e insultos a un oficial de seguridad. ¿Entiendes los cargos?

—Sí.

La voz de Iska sonó firme, sin rastro del dolor que Bryn sabía que debía estar sintiendo, y hubo algo admirable en esa firmeza incluso cuando lo sensato habría sido mostrar arrepentimiento.

—¿Tienes algo que decir en tu defensa?

—¿Serviría de algo?

El representante no respondió, lo cual era respuesta suficiente. Tocó algo en la pantalla, procesando información que ya estaba decidida antes de que Iska entrara en esa sala.

—Dadas las circunstancias, incluyendo tu historial previo de infracciones menores y tu... origen —la pausa antes de esa última palabra fue deliberada, cruel en su neutralidad—, el Consejo ha determinado que la mejor medida correctiva es el internamiento temporal. Quince días en las celdas de detención, con posibilidad de reducción por buen comportamiento.

Quince días. Bryn vio cómo Iska procesaba la información, cómo algo en su postura se tensaba de una forma que no tenía nada que ver con el dolor físico. Quince días encerrada en una celda que probablemente medía dos metros por tres, sin ventanas, sin espacio para moverse, sin nada que hacer excepto contar las horas hasta que terminara.

—¿Cuándo empieza? —preguntó Iska, y había control en su voz, pero también un temblor apenas perceptible.

—Inmediatamente. Serás trasladada a las celdas en cuanto terminemos aquí.

—Pero las costillas... —Iska se interrumpió, como si se diera cuenta de que objetar solo empeoraría las cosas.

—El informe médico ha sido revisado —Elior habló por primera vez, mirando su tablet en lugar de a Iska—. El Consejo considera

que el reposo puede realizarse en las celdas sin afectar la recuperación. El trabajo físico queda suspendido durante el internamiento.

Bryn sintió las uñas clavándose en sus palmas y se dio cuenta de que había cerrado los puños sin notarlo. El reposo en una celda no era reposo real, no cuando el espacio era tan reducido que no podías estirarte completamente, no cuando el colchón era una tabla dura que presionaría contra esas costillas rotas cada vez que Iska intentara dormir. Pero protestar ahora no cambiaría nada, y solo llamaría atención no deseada sobre su interés en este caso particular.

—¿Algo más que quieras añadir? —preguntó el representante del Consejo, con ese tono que dejaba claro que no esperaba ni quería una respuesta.

Iska lo miró durante un momento largo, y Bryn pudo ver el esfuerzo que le costaba no decir lo que realmente pensaba, no lanzar otra frase que solo añadiría días a su sentencia.

—No —dijo finalmente.

—Entonces esta audiencia queda cerrada. Los guardias te llevarán a tu celda asignada.

Los guardias se acercaron, uno a cada lado de Iska, y cuando empezaron a sacarla de la sala, ella giró la cabeza y buscó a Bryn en el umbral. Sus miradas se sostuvieron durante apenas dos segundos, pero en esos dos segundos pasó algo que Bryn no supo cómo nombrar, un reconocimiento de que esto no terminaba aquí, de que volverían a verse porque en Coreline las enfermeras de los calabozos y las detenidas siempre volvían a cruzarse.

Luego Iska desapareció por el pasillo escoltada por los guardias y Bryn se quedó allí parada sintiendo que debería hacer algo, decir algo, pero sin saber qué exactamente. Elior pasó junto a ella al salir de la sala y se detuvo lo suficiente como para hablar en voz baja.

—Quince días pasan rápido.

—No si los pasas en una celda con las costillas rotas.

—No —concedió Elior—. Supongo que no.

Se marchó sin añadir nada más, dejando a Bryn sola en el pasillo con la sensación incómoda de haber presenciado algo inevitable pero injusto, y sin poder hacer nada al respecto. Miró en la dirección donde Iska había desaparecido, sabiendo que las celdas estaban dos niveles más abajo, en la parte más profunda de los calabozos donde la roca rezumaba humedad constante y donde el aire era más pesado, más difícil de respirar.

Quince días allí abajo con dos costillas rotas y ninguna distracción excepto el peso de la piedra sobre su cabeza. Para alguien como Iska, alguien que claramente necesitaba movimiento, actividad, espacio para no sentirse atrapada, iba a ser peor que cualquier paliza.

Bryn volvió a la enfermería caminando despacio, intentando procesar por qué esto le afectaba tanto, por qué no podía simplemente archivarlo mentalmente como hacía con todos los otros casos. Había tratado a gente que había muerto después de salir de su enfermería, gente que había sido sentenciada a penas peores, gente que probablemente lo merecía menos que Iska con su incapacidad para mantener la boca cerrada cuando convenía.

Pero ninguno de ellos la había mirado como Iska la había mirado en esa enfermería. Ninguno había temblado bajo sus manos de esa

forma particular que todavía podía sentir en la punta de sus dedos cuando cerraba los ojos. Ninguno había hecho que Bryn fuera consciente de sí misma de una forma que llevaba años evitando, que había decidido conscientemente no permitirse porque permitírselo en Coreline era una forma de vulnerabilidad que no podía sostener.

Cuando llegó a la enfermería, se lavó las manos aunque no había tocado nada sucio, se quedó mirando el agua corriendo sobre su piel durante más tiempo del necesario y se preguntó cuánto tardaría antes de que tuviera una excusa legítima para bajar a las celdas y comprobar que las costillas de Iska estaban curando correctamente.

No debería querer una excusa. Esa era la parte que más la inquietaba.

Pero la quería de todas formas.

La celda olía a humedad y a algo más que Iska prefirió no identificar. Era pequeña, más pequeña de lo que había imaginado, aunque había oído las descripciones suficientes veces como para saber qué esperar. Dos metros de ancho, tres de largo, un colchón fino sobre una plataforma de piedra, un retrete sin puerta en la esquina, y nada más. Las paredes eran de roca vista, sin el revestimiento que tenían en el resto de Coreline, y rezumaban humedad en las grietas como si la montaña estuviera sudando.

Los guardias la empujaron dentro sin ceremonia y la puerta se cerró con un sonido metálico que resonó en el espacio reducido. Iska se quedó de pie en el centro de la celda, mirando las paredes que estaban demasiado cerca, el techo que era demasiado bajo, y sintió cómo algo en su pecho empezaba a apretarse de una forma que no tenía nada que ver con las costillas rotas.

Podía soportar el dolor. El dolor era físico, tenía límites y eventualmente pasaría. Pero esto, este espacio que no era espacio, esta ausencia total de cualquier posibilidad de movimiento real, esto era diferente. Esto era exactamente lo que había temido desde que era lo bastante mayor para entender qué significaban las celdas de detención, por qué la gente salía de ellas cambiada, más callada, más rota de formas que no se veían pero que se sentían.

Se acercó a la plataforma que servía de cama y se sentó con cuidado, sintiendo cada costilla rota protestar contra el movimiento. El colchón era exactamente tan duro como había anticipado y cuando se recostó intentando encontrar una posición que no presionara contra las lesiones, descubrió que no existía tal posición.

Quince días. Trescientas sesenta horas. Veintiún mil seiscientos minutos.

Cerró los ojos e intentó no pensar en los números, en cómo cada minuto se sentiría más largo que el anterior, en cómo no había forma de saber qué hora era sin las pantallas que marcaban los ciclos en el resto de Coreline. Intentó no pensar en la doctora —Bryn se había presentado en algún momento aunque Iska no recordaba cuándo exactamente— y en cómo había estado en el pasillo durante la sentencia, observando sin decir nada pero presente de todas formas.

Intentó no pensar en cómo las manos de Bryn se habían sentido contra su piel, profesionales, pero no frías, cuidadosas de una forma que Iska no había experimentado en mucho tiempo. Intentó no pensar en cómo Bryn había evitado mirarla directamente hacia el final, como si mirarla fuera peligroso, y cómo esa evitación había hecho que Iska quisiera que la mirara aún más.

Pero pensar en eso era casi tan inútil como contar minutos, así que Iska abrió los ojos, miró el techo de roca sobre su cabeza y empezó a planear mentalmente cómo iba a sobrevivir los próximos quince días sin volverse completamente loca.

Y en algún lugar en medio de ese plan, se descubrió esperando que Bryn bajara a comprobar cómo estaban las costillas.

No debería esperar eso y lo sabía, pero lo esperaba de todas formas.

CAPÍTULO 6

El protocolo médico establecía que los detenidos con lesiones documentadas debían recibir seguimiento cada tres días durante el período de recuperación. Bryn había aplicado ese protocolo cientos de veces sin cuestionarlo, bajando a las celdas con su maletín básico, haciendo las evaluaciones necesarias, actualizando los informes y volviendo a la enfermería sin pensar demasiado en las personas que dejaba atrás en esos espacios de roca húmeda.

Pero el tercer día después de la sentencia de Iska, Bryn se descubrió revisando el protocolo dos veces, como si necesitara confirmación externa de que tenía una razón legítima para bajar. Lo cual era absurdo, porque era su trabajo, porque nadie iba a cuestionarla, porque las costillas rotas requerían seguimiento independientemente de quién las tuviera.

Las celdas de detención estaban dos niveles por debajo de la enfermería, accesibles a través de una escalera estrecha que nadie usaba si podía evitarlo. El ascensor técnico era más rápido, pero Bryn prefería las escaleras porque le daban tiempo para prepararse mentalmente, para recordarse que esto era una visita médica rutinaria y nada más.

El guardia de turno en la entrada de las celdas era joven, veintipocos años quizá, y la miró con esa mezcla de aburrimiento y

curiosidad que desarrollaba la gente cuyo trabajo consistía principalmente en vigilar puertas.

—Doctora Alessan. ¿A quién vienes a ver?

—Iska Verne. Celda... —Bryn consultó su *tablet* aunque ya sabía el número—. Diecisiete.

El guardia verificó algo en su propio terminal antes de asentir y desbloquear la puerta interior que daba acceso al pasillo de celdas. El aire allí abajo era notablemente más pesado que en los niveles superiores, cargado de esa humedad constante que Coreline nunca había conseguido eliminar de las zonas más profundas.

La celda diecisiete estaba casi al final del pasillo. Bryn había estado allí antes, había tratado otros detenidos en ese mismo espacio reducido, pero cuando el guardia abrió la puerta metálica y reveló el interior, sintió una punzada de algo parecido a la rabia al ver a Iska sentada en el borde del colchón con esa postura cuidadosa que indicaba que moverse todavía dolía.

—Tienes quince minutos —dijo el guardia, quedándose en el umbral con esa presencia que hacía imposible olvidar que esto no era privado, que cualquier cosa que dijeran sería escuchada y potencialmente reportada.

Bryn entró en la celda sin responder, dejando su maletín en el suelo y sacando los instrumentos básicos que necesitaba para la revisión. Iska la observaba sin decir nada y, cuando sus miradas se encontraron, Bryn vio que los hematomas en su mandíbula habían evolucionado a ese tono amarillo-verdoso que indicaba que estaban sanando, aunque todavía se veían lo suficientemente oscuros como para destacar contra su piel.

—¿Cómo están las costillas? —preguntó Bryn, manteniendo su tono clínico mientras se acercaba.

—Duelen menos que el primer día.

—Eso no responde mi pregunta. ¿Has tenido dificultad para respirar? ¿Dolor agudo al moverte? ¿Algún síntoma que sugiera que la fractura ha empeorado?

—No, no y no —Iska hizo una pausa—. Buenos días a ti también.

Bryn sintió algo parecido a la vergüenza al darse cuenta de que había entrado directamente en modo médico sin siquiera saludar, como si mantener la distancia profesional requiriera eliminar cualquier cortesía básica. Se obligó a respirar hondo antes de hablar de nuevo.

—Buenos días. ¿Puedes quitarte la parte superior del uniforme para que pueda examinarte las costillas?

Iska obedeció sin protestar, aunque el proceso fue claramente incómodo, sus movimientos más lentos de lo que deberían ser a estas alturas de la recuperación. Cuando finalmente consiguió quitarse la prenda, Bryn pudo ver que el vendaje que había aplicado días antes seguía en su sitio, pero necesitaba cambiarse.

—Voy a quitar el vendaje viejo y poner uno nuevo —explicó Bryn, acercándose lo suficiente como para que sus rodillas casi tocaran las de Iska—. Dime si algo duele más de lo normal.

—Todo duele de forma bastante normal, considerando los hechos.

—Considerando que te dieron una paliza y luego te encerraron en una celda con un colchón que probablemente fue diseñado como instrumento de tortura.

La observación salió más amarga de lo que Bryn había pretendido, y vio la sorpresa pasar brevemente por el rostro de Iska antes de que se transformara en algo parecido a diversión.

—No sabía que los médicos estaban autorizados a opinar sobre las condiciones de detención.

—No lo estamos. Olvida que he dicho eso.

—Demasiado tarde. Ya está archivado en mi memoria como prueba de que la doctora Bryn Alessan tiene opiniones subversivas sobre el sistema penitenciario de Coreline —susurró Iska, asegurándose de que solo Bryn podía escucharla.

Bryn no pudo evitar que sus labios se curvaran ligeramente mientras empezaba a desenrollar el vendaje, sus dedos trabajando con el cuidado automático que había desarrollado durante años de práctica. Iska se quedó quieta bajo sus manos, esa quietud que Bryn ya estaba empezando a reconocer como característica, y hubo algo en el silencio que se instaló entre ellas que no se sentía incómodo a pesar de que debería serlo.

—¿Cuánto llevas trabajando en los calabozos? —preguntó Iska después de un momento.

—Tres años. Casi cuatro.

—¿Elegiste ser médica de presos? ¿O eso tampoco?

—Nadie quiere ser médica de presos —Bryn retiró la última capa de vendaje y examinó los hematomas en el torso de Iska, notando que estaban siguiendo un proceso de curación normal—. Te asignan donde el Consejo necesita personal médico, y cuando me tocó la asignación, necesitaban alguien aquí.

—¿Y simplemente aceptaste?

—¿Qué otra opción había?

Iska no respondió de inmediato, y cuando Bryn levantó la vista de las costillas que estaba examinando, encontró a la chica mirándola con una intensidad que parecía estar evaluando algo más profundo que la conversación superficial que mantenían.

—Podrías haberlo hecho mal a propósito —dijo Iska finalmente —. Ser tan incompetente que tuvieran que reasignarte.

—Ya tuvimos esta conversación.

—No realmente. Me dijiste que no podías vivir sabiendo que dejaste morir gente por orgullo, pero esa no es la única razón por la que alguien hace bien su trabajo incluso cuando el trabajo es horrible.

Bryn colocó los dedos contra la sexta costilla de Iska, presionando suavemente para evaluar si la fractura estaba soldando correctamente, consciente de que la chica había contenido la respiración ante el contacto.

—¿Te duele esto?

—Un poco. Menos que la última vez.

—Bien. Eso significa que está curando —Bryn movió las manos hacia la séptima costilla, repitiendo el proceso—. ¿Y qué otras razones hay, según tú?

—Miedo, principalmente. Miedo a las consecuencias de no cumplir. Miedo a llamar la atención del Consejo de la forma equivocada. Miedo a acabar aquí abajo en lugar de arriba tratando a la gente que está aquí abajo.

No era una acusación, solo una observación, pero Bryn sintió su precisión como algo físico. Se apartó, dando a Iska espacio para respirar, y empezó a preparar el vendaje nuevo mientras procesaba

si responder con honestidad o mantener esa distancia profesional que ya sentía erosionándose cada vez que hablaban.

—Todas esas razones son válidas —dijo finalmente—. El miedo es una herramienta de gestión muy efectiva.

—¿Entonces admites que tienes miedo?

—Todo el mundo tiene miedo en Coreline. Los que dicen que no, o son estúpidos o son mentirosos.

Iska dejó escapar algo que podría haber sido una risa si no hubiera sonado tan seca.

—Eso es lo más honesto que te he escuchado decir.

Bryn empezó a enrollar el vendaje alrededor del torso de Iska, lo que requería acercarse de nuevo, sus brazos rodeando parcialmente el cuerpo de la chica para pasar la tela por detrás. Era un proceso que había realizado cientos de veces, pero seguía siendo más consciente de lo normal de cada punto de contacto, de cómo la respiración de Iska cambiaba ligeramente cuando sus dedos rozaban su piel, de ese calor que parecía emanar del cuerpo de su cuerpo a pesar del frío constante de la celda.

—Yo también nací sin permiso —dijo Bryn de repente, sin haber planeado decirlo, las palabras saliendo antes de que pudiera detenerlas.

Sintió cómo Iska se quedaba completamente inmóvil bajo sus manos.

—¿En serio?

—Mis padres murieron cuando yo tenía tres días. Eligieron que yo viviera, técnicamente, aunque supongo que es generoso llamarlo elección cuando no eres consciente de lo que está pasando.

—¿Te lo dijeron? ¿Cómo pasó?

Bryn terminó de asegurar el vendaje antes de responder, usando el tiempo para decidir cuánto quería compartir, cuánto era seguro compartir con alguien a quien apenas conocía, pero que de alguna forma no se sentía como una desconocida.

—Me lo dijeron cuando cumplí diez años —dijo, guardando los instrumentos en su maletín con movimientos precisos—. Es protocolo estándar. El Consejo cree que a esa edad eres lo suficientemente mayor para entender, pero no lo bastante mayor para que te defina del todo.

—¿Y funciona? ¿No te define?

Bryn la miró entonces, y vio en los ojos de Iska el mismo reconocimiento que probablemente se reflejaba en los suyos, esa comprensión compartida de lo que significaba saber que tus padres habían elegido morir para que tú pudieras existir.

—Me define completamente —admitió—. Todo lo que hago, todo lo que elijo, está filtrado por el conocimiento de que dos personas murieron para que yo pudiera estar aquí. No puedo desperdiciar eso siendo mediocre, siendo problemática o siendo cualquier cosa que el Consejo considere prescindible.

—Así que vives intentando justificar su sacrificio.

—¿Tú no?

Iska tardó en responder, y cuando lo hizo, su voz sonó más suave de lo que Bryn la había escuchado antes.

—Yo vivo intentando no pensar en ello. Porque si pienso demasiado en que mis padres tuvieron que elegir entre sus vidas y la mía, y que eligieron la mía, entonces tengo que preguntarme si hice algo para merecer esa elección. Y la respuesta es que no. No hice nada. Solo existí, y eso fue suficiente para que murieran.

Bryn sintió algo apretándose en su garganta ante la crudeza de esa confesión. Se sentó en el borde del colchón junto a Iska, olvidando por un momento que el guardia seguía en el umbral de espaldas a ellas, que esto era una revisión médica y nada más.

—No elegimos nacer —dijo Bryn—. Y definitivamente no elegimos nacer en un sistema que considera que algunas vidas valen menos que otras. Pero estamos aquí de todas formas, y nuestros padres decidieron que merecíamos la oportunidad de estar aquí. No sé si eso significa algo o si solo significa que amaban la idea de nosotras más de lo que se amaban a sí mismos.

—¿Sabes cómo pasó? —preguntó Iska—. ¿Cómo murieron?

Bryn asintió, aunque hablar de esto seguía siendo difícil incluso después de diecisiete años.

—El protocolo cuando nace un niño sin permiso es... clínico. El Consejo envía a dos representantes al hospital, normalmente guardias administrativos como Elior. Le dan a los padres un documento que explica la situación: que el niño no estaba autorizado, que los recursos de Coreline están calculados exactamente para la población aprobada, que mantener una vida no planificada significa reducir las posibilidades de supervivencia del resto. Luego les dan la elección.

—El niño muere o ellos mueren.

—Exactamente. Tienen veinticuatro horas para decidir, y la decisión debe hacerse por escrito, firmada por ambos progenitores si hay dos. Si eligen que el niño muera, lo hacen allí mismo, en el hospital. Es rápido, dicen. Sin dolor. El niño simplemente deja de respirar y luego se procesa el cuerpo.

Iska hizo un sonido que podría haber sido una exhalación o podría haber sido algo más roto, a ella solo le explicaron que nació sin permiso, pero no sabía exactamente cómo había sucedido todo.

—¿Y si eligen morir ellos?

—Entonces tienen doce horas para despedirse. Pueden sostener al bebé, ponerle nombre si quieren, escribir algo que el niño pueda leer cuando sea mayor. Después se los llevan. También es rápido, también sin dolor. El Consejo no es cruel innecesariamente, solo es... eficiente.

—¿Cómo lo hacen?

—Inyección. Pentobarbital, creo. Los padres se quedan dormidos y no se despiertan. El niño pasa al sistema de crianza colectiva, se le asigna un nombre si los padres no lo hicieron, y crece sabiendo que existió a costa de dos vidas.

El silencio que siguió fue denso, pesado con el tipo de verdades que normalmente se mantenían enterradas porque examinarlas demasiado de cerca hacía imposible seguir funcionando dentro del sistema que las había creado. Bryn miró sus manos, notando que estaban temblando ligeramente, y las cerró en puños sobre su regazo.

—Mis padres me llamaron Bryn —dijo después de un momento —. Y escribieron una carta que recibí cuando cumplí diez años junto con la notificación oficial. Decía que me querían, que esperaban que tuviera una buena vida, que lamentaban no poder estar allí para verme crecer.

—¿Todavía la tienes?

—La memoricé y luego la destruí. Guardarla parecía... no sé. Como si estuviera aferrándome a algo que no podía cambiar.

—Mis padres no escribieron nada —dijo Iska—. O si lo hicieron, el Consejo decidió que no necesitaba leerlo. Solo me dijeron que había nacido sin permiso, que mis padres habían muerto, y que tenía que trabajar el doble que los demás para compensar el desequilibrio que mi existencia había creado.

Bryn la miró, viendo la tensión en su mandíbula y cómo sus manos se habían cerrado en puños sobre el colchón.

—Por eso intervienes cuando ves injusticias. Porque sientes que ya estás en deuda con el sistema y que no tienes nada más que perder.

—Por eso intervengo cuando veo injusticias —confirmó Iska—. Pero tú estás equivocada en la segunda parte. Sí tengo algo que perder. Tengo mi capacidad de moverme, de no estar encerrada en espacios como este. Y resulta que eso es lo que más me asusta del mundo.

—Entonces quizá deberías aprender a mantener la boca cerrada cuando no vale la pena el riesgo.

—¿Como tú?

La pregunta no fue acusatoria, solo curiosa, pero Bryn sintió su peso de todas formas.

—Como yo —admitió—. He pasado veintisiete años aprendiendo exactamente cuándo hablar y cuándo callarme. Cuándo desafiar y cuándo aceptar. He desarrollado una habilidad casi perfecta para navegar el sistema sin llamar la atención de forma negativa. Y mírame, estoy viva, tengo trabajo, tengo una habitación para mí sola y nunca he estado en una celda.

—Suena horrible.

Bryn parpadeó, sorprendida por la respuesta directa.

—Suena como supervivencia.

—Suena como no vivir realmente. Solo... existir de la forma más segura posible hasta que el sorteo decida que tu turno ha llegado.

Era una observación brutal en su precisión, y Bryn no supo cómo responder sin admitir que Iska tenía razón, que había pasado tanto tiempo aprendiendo a sobrevivir que había olvidado que sobrevivir y vivir no eran exactamente lo mismo. El guardia tosió desde el umbral, una señal no tan sutil de que el tiempo asignado estaba terminándose, y Bryn se levantó del colchón con un movimiento que intentó hacer parecer profesional.

—Las costillas están curando bien —dijo, volviendo a ese tono clínico que le permitía crear distancia cuando la necesitaba—. El vendaje nuevo debería durar otros tres días. Volveré a revisarte entonces.

—¿Tienes que hacerlo? ¿Volver, digo? ¿O es solo protocolo que podrías saltarte?

Bryn recogió su maletín, consciente de que el guardia estaba escuchando cada palabra ahora, consciente de que responder con honestidad sería admitir algo que prefería no examinar demasiado de cerca.

—Es protocolo —dijo—. Las costillas rotas requieren seguimiento cada tres días hasta que estén completamente curadas.

—Qué conveniente que el protocolo requiera que vuelvas.

Había algo en la forma en que Iska lo dijo, un tono entre burlón y esperanzado, que hizo que Bryn la mirara de nuevo. Sus ojos se encontraron y se sostuvieron durante un momento que se extendió más de lo profesionalmente apropiado, y Bryn vio en la expresión de Iska algo que reflejaba lo que ella misma estaba sintiendo, ese

reconocimiento de que las visitas médicas se estaban convirtiendo en algo más que solo médicas.

—Muy conveniente —respondió Bryn finalmente, y luego salió de la celda antes de que pudiera decir algo más, algo que no podría retirar después.

El guardia cerró la puerta metálica detrás de ella con ese sonido que resonó por todo el pasillo, y Bryn caminó de vuelta hacia las escaleras con la sensación de haber cruzado otra línea invisible que hacía cada vez más difícil mantener la distancia que sabía que debería mantener.

Cuando llegó a la enfermería, actualizó el informe médico de Iska con las notas sobre la curación progresiva de las costillas, marcó en su calendario cuándo debía hacer la siguiente revisión, y luego se quedó sentada frente a la pantalla mirando esa fecha durante más tiempo del que tenía sentido.

Tres días. Volvería en tres días porque el protocolo lo requería, no porque quisiera ver a Iska de nuevo, no porque las conversaciones que mantenían fueran diferentes de cualquier otra que hubiera tenido en los calabozos, no porque pensar en la chica encerrada en esa celda diminuta le provocara una incomodidad que no sabía cómo procesar.

Era solo protocolo. Nada más.

Bryn se repitió eso mientras terminaba su turno, mientras caminaba de vuelta a su unidad residencial, mientras se acostaba esa noche mirando el techo e intentando no calcular cuántas horas faltaban hasta que tuviera una razón legítima para bajar de nuevo a las celdas.

Pero en algún momento entre estar despierta y dormida, admitió para sí misma lo que había estado evitando admitir desde que vio a Iska por primera vez en ese pasillo: que esto era diferente, que ella era diferente, y que tres días iban a sentirse mucho más largos de lo que cualquier protocolo médico justificaba.

CAPÍTULO 7

El comunicador vibró contra la mesita junto a su cama a las tres y cuarto de la madrugada, arrancándola de un sueño ligero que nunca había sido profundo del todo. Bryn tardó un momento en procesar el sonido, en extender la mano y tocar la pantalla que iluminó su habitación con ese brillo azulado que le dolió en los ojos.

Detenida celda 17 requiere atención médica inmediata. Posible crisis respiratoria.

Estuvo completamente despierta antes de terminar de leer el mensaje. Se levantó, se puso el uniforme sobre la ropa con la que había dormido, recogió su maletín médico básico y salió de la habitación en menos de dos minutos. Los pasillos de Coreline estaban casi vacíos a esta hora, iluminados con esa luz tenue del ciclo nocturno que simulaba una oscuridad que nunca era completa, y sus pasos resonaban contra el suelo con un ritmo que parecía demasiado lento cuando su cerebro ya estaba catalogando todas las posibles causas de una crisis respiratoria en alguien con costillas fracturadas.

Punción pulmonar. Neumotórax tardío. Infección que había pasado desapercibida en las revisiones anteriores. Embolia. Cada posibilidad era peor que la anterior, y Bryn aceleró el paso hasta que

prácticamente corría por las escaleras que bajaban hacia las celdas con el maletín golpeando contra su pierna con cada escalón.

El guardia nocturno ya tenía la puerta interior abierta cuando llegó y la expresión en su rostro le dijo que esto no era rutinario.

—Está hiperventilando —explicó mientras la guiaba por el pasillo —. Empezó hace media hora. Intentamos calmarla, pero solo empeoró.

Bryn no respondió, guardando su aliento para cuando pudiera evaluar la situación directamente. La celda diecisiete estaba con la puerta abierta, y cuando Bryn entró vio a Iska acurrucada en la esquina más alejada de la celda, con las rodillas contra el pecho y la espalda presionada contra la pared de roca como si intentara atravesarla. Respiraba en jadeos cortos y rápidos que no le daban suficiente oxígeno, sus manos temblando visiblemente donde las tenía apretadas contra sus piernas.

—Déjanos solas —dijo Bryn sin apartar la vista de Iska.

—El protocolo dice...

—El protocolo dice que tengo autoridad médica para determinar qué condiciones son necesarias para el tratamiento. Necesito que salgas. Ahora.

El guardia dudó durante un segundo antes de retroceder, y Bryn esperó hasta escuchar sus pasos alejándose por el pasillo antes de acercarse despacio a Iska, arrodillándose frente a ella, pero manteniendo suficiente distancia como para no invadir su espacio de forma abrupta.

—Iska, mírame.

Iska levantó la vista, y lo que Bryn vio en sus ojos fue pánico puro, ese tipo de terror que no responde a la lógica porque viene de

algún lugar más profundo que el pensamiento racional. Tenía las pupilas dilatadas, la piel pálida a pesar de los hematomas que todavía manchaban su mandíbula, y cada músculo de su cuerpo estaba tenso como si se preparara para huir, aunque no había ningún lugar adónde ir.

—No puedo... —Iska intentó hablar, pero las palabras salieron entrecortadas entre jadeos—. No puedo respirar... las paredes...

—Las paredes no se están moviendo —dijo Bryn con voz firme pero suave, dejando el maletín a un lado y moviendo las manos despacio hacia Iska—. Voy a tocarte, ¿de acuerdo? Solo para comprobar tu pulso.

Iska asintió de forma apenas perceptible, y Bryn colocó los dedos contra su muñeca, sintiendo el pulso acelerado que latía demasiado rápido bajo su piel. Ciento cuarenta pulsaciones por minuto, quizá más, y la respiración seguía siendo superficial e irregular.

—No es crisis respiratoria —dijo Bryn, más para sí misma que para Iska—. Es un ataque de pánico. ¿Has tenido esto antes?

—Una vez... hace años... pero no tan fuerte...

—¿Cuánto tiempo llevas sintiendo que las paredes se cierran?

—No lo sé... horas, días... todo es igual aquí... no hay ventanas, no hay forma de saber... —Las palabras salían atropelladas, cada una robando aire que Iska necesitaba, y Bryn tomó una decisión que sabía que rompía múltiples protocolos, pero que en ese momento le pareció la única opción razonable.

Se movió para sentarse junto a Iska contra la pared, eliminando la distancia entre ellas hasta que sus hombros se tocaron.

—Respira conmigo —dijo Bryn, tomando una inhalación profunda y deliberada—. Cuenta hasta cuatro mientras inhalas. Uno, dos, tres, cuatro.

Iska intentó seguir el ritmo, pero su respiración se enganchó a mitad del conteo, y Bryn la sintió temblar contra su costado.

—Está bien, vamos más despacio. Solo hasta dos por ahora. Inhala... uno, dos.

Esta vez Iska lo consiguió, aunque el aire entró tembloroso, y Bryn continuó guiándola a través de respiraciones cada vez más profundas, consciente de cada punto donde sus cuerpos se tocaban y del calor que emanaba de Iska. Pasaron varios minutos así, Bryn contando en voz baja mientras Iska luchaba por sincronizar su respiración con la de ella, y gradualmente el pánico empezó a retroceder lo suficiente como para que el temblor se redujera y las manos de Iska dejaran de apretar sus piernas con tanta fuerza.

—Mejor —dijo Bryn cuando el pulso bajo sus dedos bajó a un ritmo más manejable—. Sigue respirando así. Despacio.

—Lo siento —murmuró Iska, y había vergüenza en su voz además del agotamiento—. No quería...

—No te disculpes. Esto no es algo que puedas controlar.

—Debería poder controlarlo. Es solo una celda. Solo paredes. No hay ninguna razón lógica para que me afecte así.

Bryn giró la cabeza para mirarla, notando las lágrimas que Iska no se había molestado en limpiar y que brillaban en sus mejillas bajo la luz tenue.

—El pánico no responde a la lógica. Responde a lo que tu cuerpo percibe como amenaza, y para ti, estar encerrada en un

espacio pequeño sin poder moverte es una amenaza real. No hay nada débil en eso.

—Me siento débil.

—Te siento temblar todavía. ¿Quieres que me quede un rato más?

Iska la miró entonces, y en sus ojos había algo vulnerable que Bryn no había visto antes, algo que la hacía parecer más joven que sus diecinueve años.

—No tienes que hacerlo. Ya hiciste tu trabajo, confirmaste que no me estoy muriendo. Puedes irte.

—Lo sé. Pero te he preguntado si quieres que me quede, no si debo hacerlo.

El silencio que siguió fue pesado con todo lo que no estaban diciendo, todas las implicaciones de que Bryn se quedara más allá de lo médicamente necesario, de que estuviera sentada aquí en el suelo de una celda a las tres y media de la madrugada cuando podría estar de vuelta en su cama. Pero cuando Iska asintió, apenas un movimiento de cabeza, Bryn se permitió relajarse contra la pared y aceptar que había cruzado otra línea que hacía cada vez más difícil pretender que esto era solo profesional.

—¿Cuántos días llevas aquí? ¿Nueve? —preguntó Bryn.

Iska asintió.

—Quedan seis.

—¿Y cuántas veces has tenido estos ataques?

—Esta es la tercera. Los otros dos pude controlarlos antes de que fueran tan mal. Pero esta noche... —Iska se interrumpió, respirando hondo antes de continuar—. Esta noche desperté y no recordaba dónde estaba. Por un segundo pensé que estaba en mi

habitación, y luego abrí los ojos y vi las paredes y el techo y... entré en pánico.

—¿Qué haces normalmente cuando sientes que va a empezar? ¿Qué te ayuda?

—Moverme. Caminar, correr si puedo, cualquier cosa que haga que mi cuerpo entienda que no estoy atrapada. Pero aquí... —Iska miró alrededor de la celda, ese espacio de dos metros por tres donde dar más de tres pasos en cualquier dirección era imposible—. Aquí no hay forma de moverme lo suficiente. Solo puedo ir de una pared a otra, una y otra vez, y eso solo lo empeora porque me recuerda lo pequeño que es el espacio.

Bryn sintió algo apretándose en su pecho ante la imagen de Iska caminando de pared a pared durante horas, intentando desesperadamente crear la ilusión de movimiento en un espacio diseñado específicamente para eliminar esa posibilidad.

—¿Por qué interviniste con esa mujer? —preguntó—. Sabías que terminarías aquí y que lo ibas a pasar mal.

—No sé —Iska dejó caer la cabeza contra la pared, mirando el techo—. No pienso tanto cuando hago ese tipo de cosas. Solo veo algo injusto y reacciono. Mi cerebro no alcanza a procesar las consecuencias hasta que ya es demasiado tarde.

—Tienes que aprender a procesarlas antes. Especialmente ahora, con el sorteo cada mes. No puedes seguir llamando la atención de esta forma.

—¿Por qué? ¿Porque aumenta mis probabilidades de que me seleccionen?

—Porque sí aumenta tus probabilidades, y porque... —Bryn se detuvo, dándose cuenta de que lo que iba a decir revelaba más de lo

que pretendía—. Porque no quiero que te envíen a la superficie.

Sintió a Iska girar la cabeza para mirarla, pero Bryn mantuvo la vista fija en la pared opuesta, no confiando en poder sostener esa mirada sin revelar aún más.

—¿Por qué no? —preguntó Iska en voz baja—. Apenas me conoces.

—Te conozco lo suficiente como para saber que no mereces morir porque no sabes cuándo mantener la boca cerrada.

—Nadie merece morir. Pero todos vamos a hacerlo de todas formas. Algunos arriba, otros aquí abajo, y ninguno de nosotros tiene tanto control sobre cuándo como nos gustaría pensar.

Era verdad, devastadoramente verdad, y Bryn no supo cómo responder sin admitir que tenía razón, que todo el esfuerzo que había puesto en no ser problemática, en ser útil, en justificar su existencia, probablemente no cambiaría nada cuando le llegara el turno en el sorteo.

—¿Alguna vez piensas en cómo sería? —preguntó Iska después de un momento—. El exterior, digo. No la muerte ni los peligros, sino solo... estar afuera.

Bryn sintió algo tensándose en su estómago ante la pregunta, porque sí había pensado en eso, más de lo que se permitía admitir, y escucharlo verbalizado hacía imposible seguir fingiendo que no lo hacía.

—A veces —admitió—. Pero no me permito pensar en ello demasiado.

—¿Por qué no?

—Porque pensar en cosas que no puedo tener solo hace que sea más difícil vivir con lo que tengo.

—O quizá —dijo Iska, y había algo en su voz que sonaba casi esperanzado—, pensar en cosas que podrías tener hace que valga más la pena intentar conseguirlas.

—No puedes conseguir el exterior mientras sigas viva en Coreline. Es uno o lo otro.

—Exactamente. Por eso cuando pienso en salir, no pienso en ello como morir. Pienso en ello como... posibilidad. Como la única forma de ver algo diferente antes de que todo termine.

Bryn la miró entonces, y vio en la expresión de Iska algo que reconoció porque lo había sentido en sí misma durante años pero nunca se había permitido nombrar: ese anhelo por algo más que esta existencia contenida, esta vida que no era vida sino espera interminable en espacios cada vez más reducidos.

—Tienes diecinueve años —dijo Bryn—. Eres demasiado joven para resignarte a morir.

—No me estoy resignando a morir. Me estoy permitiendo querer algo más que sobrevivir.

—¿Y qué más quieres?

Iska guardó silencio durante tanto tiempo que Bryn pensó que no iba a responder. Cuando finalmente habló, su voz era más baja, más íntima de lo que había sido antes.

—Quiero saber cómo se siente el viento en la cara. Quiero ver el cielo, aunque esté gris o roto o contaminado. Quiero caminar sin que haya un techo sobre mi cabeza ni paredes que limiten hasta dónde puedo ir. Quiero... —Se interrumpió, respirando hondo—. Quiero sentir que mi cuerpo existe en un espacio que no fue diseñado para contenerlo.

Bryn sintió cada palabra como algo físico, cada imagen plantándose en su cerebro con una claridad que hacía imposible ignorarlas. Y en algún lugar profundo, en esa parte de ella que había estado reprimiendo durante tantos años, sintió un eco de ese mismo anhelo, ese mismo deseo de algo más amplio que los pasillos de roca y las rutinas calculadas.

—Yo también quiero eso —admitió, y las palabras salieron con una facilidad que la sorprendió—. Pero he pasado tanto tiempo convenciéndome de que no puedo quererlo que casi había olvidado que alguna vez lo sentí.

—¿Y ahora? ¿Lo recuerdas?

—Ahora... —Bryn tragó saliva, consciente de que esto era peligroso, de que permitirse querer cosas era el primer paso hacia el tipo de desesperación que hacía que la gente tomara decisiones irreversibles—. Ahora me asustas.

—¿Por qué?

—Porque me haces recordar cosas que es más fácil olvidar. Porque cuando estoy contigo se vuelve más difícil mantener esa distancia que necesito para sobrevivir aquí.

Iska se giró ligeramente, lo suficiente como para que Bryn pudiera ver su perfil contra la luz tenue de la celda, la curva de su mejilla todavía manchada con los restos de los hematomas.

—¿Y si no quieres mantener esa distancia?

—Entonces soy una idiota que está pidiendo que le hagan daño.

—O quizá eres alguien que se está permitiendo sentir algo real en un lugar diseñado para que no sintamos nada.

Bryn no supo cómo responder a eso, porque Iska tenía razón y eso era exactamente lo que la aterraba. Sentir era peligroso en

Coreline, involucrarse era peligroso, y lo que estaba creciendo entre ellas con cada conversación era tan peligroso que Bryn sabía que debería levantarse ahora mismo, salir de esta celda y no volver excepto cuando el protocolo lo requiriera estrictamente.

Pero no se levantó. Se quedó allí sentada contra la pared fría, con el hombro de Iska presionando contra el suyo, y se permitió este momento de vulnerabilidad compartida que probablemente lamentaría más tarde, pero que en este instante necesitaba tanto como respirar.

—¿Mejor? —preguntó después de un rato, cuando el temblor de Iska había cesado completamente y su respiración se había normalizado.

—Sí. Mucho mejor.

—Bien. Porque tengo que irme pronto o el guardia va a empezar a hacer preguntas que no quiero responder.

—¿Sobre por qué llevas cuarenta minutos aquí conmigo cuando la crisis terminó hace media hora?

—Exactamente eso.

Pero ninguna de las dos se movió, como si moverse significara romper algo frágil que se había formado entre ellas en esta celda, en esta madrugada, mientras Coreline dormía a su alrededor inconsciente de que dos de sus habitantes estaban descubriendo formas de conexión que el sistema no había previsto.

—Bryn —dijo Iska, y era la primera vez que usaba su nombre sin el título de doctora, la primera vez que sonaba tan personal—. Gracias por quedarte.

—No me las des. Lo hice tanto por mí como por ti.

—¿Qué quieres decir?

Bryn se permitió mirarla entonces, consciente de lo cerca que estaban sus rostros, de cómo la luz tenue creaba sombras en los rasgos de Iska que la hacían parecer al mismo tiempo más joven y más mayor de lo que era.

—Quiero decir que estos últimos días, desde que te conocí, han sido los primeros en años en los que he sentido algo más que la necesidad de sobrevivir al día siguiente. Y eso debería asustarme más de lo que me asusta, pero en lugar de eso me hace querer seguir viniendo aquí incluso cuando el protocolo no lo requiere.

Vio cómo las pupilas de Iska se dilataban ligeramente, cómo su respiración cambiaba de ritmo, aunque no de profundidad, y hubo un momento donde el espacio entre ellas pareció cargarse de algo eléctrico, algo que Bryn reconoció como atracción, pero que era más complicado que eso, más profundo.

—¿Y vas a hacerlo? —preguntó Iska—. ¿Venir aunque el protocolo no lo requiera?

—No debería.

—Eso no es lo que te he preguntado.

Bryn sintió su pulso acelerándose, consciente de que cómo respondiera ahora cambiaría algo fundamental entre ellas, que admitir lo que sentía era cruzar una línea que no podría descruzar.

—Probablemente sí —dijo finalmente—. Aunque sé que es una mala idea.

—Las mejores cosas suelen serlo.

Iska sonrió, y Bryn sintió algo moviéndose en su pecho ante esa sonrisa, algo cálido que contrastaba con el frío constante de la celda. Levantó la mano sin pensar completamente en lo que hacía, sus dedos rozando suavemente la mejilla de Iska donde los hematomas

estaban desvaneciendo, y sintió a la chica quedarse completamente inmóvil bajo su toque.

—Están curando —dijo Bryn, aunque ambas sabían que esa no era la razón por la que la estaba tocando.

—Gracias a ti.

—Yo solo hice mi trabajo.

Bryn retiró la mano porque dejarla allí más tiempo habría hecho imposible no cerrar esa distancia mínima entre sus rostros, no descubrir si los labios de Iska eran tan suaves como parecían, y besarla aquí, ahora, en esta celda con un guardia esperando fuera, habría sido cruzar demasiadas líneas incluso para alguien que ya había cruzado tantas esta noche.

—Tengo que irme —dijo, poniéndose de pie con un movimiento que intentó hacer parecer menos abrupto de lo que fue—. El guardia va a pensar que me perdí aquí abajo.

Iska se levantó también, moviéndose con más cuidado de lo normal porque las costillas todavía le dolían, y cuando estuvo de pie se quedaron allí mirándose durante un momento que se extendió demasiado.

—¿Volverás? —preguntó Iska—. ¿Antes de los tres días del protocolo?

—No debería.

—Pero ¿lo harás?

Bryn recogió su maletín del suelo, consciente de que mentir ahora sería inútil cuando ambas sabían la verdad.

—Lo intentaré.

—Entonces esperaré.

Bryn salió de la celda sin responder, porque responder habría requerido admitir cuánto le importaba que Iska esperara, cuánto significaba saber que alguien la esperaba en un lugar donde nadie esperaba nada excepto que el tiempo pasara. El guardia estaba apoyado contra la pared del pasillo, mirándola con una expresión que podría haber sido sospecha o podría haber sido simple curiosidad.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Ataque de pánico. Ya está estable. Si vuelve a pasar, avísenme de inmediato.

—¿No necesita medicación?

—La medicación para la ansiedad está clasificada como controlada. Tendría que solicitar autorización del Consejo, y para cuando la aprueben, ella ya habrá salido.

El guardia asintió, volvió a abrir la puerta de la celda para cerrarla con llave, y Bryn empezó a caminar por el pasillo intentando no pensar en el sonido del metal contra metal que significaba que Iska estaba encerrada de nuevo en ese espacio que la estaba destruyendo lentamente.

Cuando llegó a su habitación, cuando se quitó el uniforme y se metió de nuevo en la cama que todavía conservaba algo del calor de su cuerpo, Bryn se quedó mirando el techo e intentando procesar lo que acababa de pasar. Había roto el protocolo quedándose más tiempo del necesario. Había compartido información personal que nunca antes había compartido con un paciente. Había tocado a Iska de formas que no tenían nada que ver con la medicina y todo que ver con ese vínculo que se estaba formando entre ellas sin pedir permiso.

Y lo peor, o quizá lo mejor, era que no se arrepentía de nada de eso.

Se durmió pensando en el viento que Iska quería sentir, en el cielo que ambas querían ver, y en cómo era posible que dos personas que apenas se conocían pudieran entenderse mejor que gente que había pasado años en el mismo espacio sin realmente verse.

CAPÍTULO 8

Las pantallas se encendieron a mediodía, como siempre, con esa sincronización perfecta que hacía imposible escapar del anuncio sin importar dónde estuvieras en Coreline. Bryn estaba en la enfermería reorganizando el inventario de suministros cuando la luz azulada iluminó la esquina donde colgaba el monitor, y su primer instinto fue ignorarlo, seguir con el recuento como si no escuchar los nombres pudiera de alguna forma protegerla de aparecer en la lista.

Pero las manos se le quedaron inmóviles sobre el paquete de gasas que estaba registrando, y se descubrió mirando la pantalla a pesar de saber que hacerlo solo prolongaría la agonía de esperar.

El símbolo del Continuity Council apareció primero, ese círculo atravesado por tres líneas que había llegado a odiar con una intensidad que normalmente reservaba para cosas más tangibles. Luego la voz, neutra y modulada, sin ninguna inflexión que sugiriera que estaba a punto de cambiar las vidas de cincuenta personas de forma irrevocable.

—Ciudadanos de Coreline. A continuación, se anuncian los nombres seleccionados para el decimosexto sorteo de exploración exterior.

Los nombres empezaron a aparecer en la pantalla. Bryn los leyó sin procesarlos realmente, su cerebro catalogando cada apellido y

descartándolo cuando no coincidía con el suyo. Adams. Chen. Delacroix. Ferrara.

Alessan, Bryn. Nivel intermedio. Enfermería penitenciaria.

El mundo no se detuvo. Las luces no parpadearon. La pantalla continuó mostrando nombres con la misma eficiencia impersonal que había usado con el suyo. Pero algo en el pecho de Bryn se contrajo de una forma que hizo difícil mantener el aire en los pulmones, como si su cuerpo hubiera decidido que respirar requería más esfuerzo del que valía la pena invertir.

Dejó caer el paquete de gasas. El sonido fue insignificante, apenas un susurro contra el suelo de la enfermería, pero en el silencio que se había instalado en su cabeza sonó ensordecedor. Se quedó allí de pie, mirando su nombre en la pantalla, leyéndolo una y otra vez como si la repetición pudiera transformarlo en otra cosa, en un error administrativo que se corregiría en las próximas horas.

Alessan, Bryn.

Su nombre. Sus veintisiete años de vida cuidadosamente navegados para no llamar la atención, para ser útil pero no indispensable, para justificar la elección que sus padres habían hecho cuando decidieron morir para que ella pudiera existir. Todo reducido a dos palabras en una pantalla que ya estaba mostrando el siguiente nombre, el siguiente número en la optimización poblacional del Consejo.

La pantalla completó la lista de cincuenta y se apagó, dejando la enfermería en el silencio roto solo por el zumbido constante del sistema de ventilación. Bryn se obligó a respirar, contando las inhalaciones como había enseñado a Iska a hacer durante su ataque

de pánico esa noche, y se dio cuenta de que sus manos temblaban cuando intentó recoger el paquete de gasas del suelo.

Setenta y dos horas. Tres días para prepararse, para recoger el equipo asignado, para despedirse de las pocas personas que quizá notarían su ausencia. Tres días antes de subir por esos túneles que no se habían usado en décadas, antes de cruzar esa puerta sellada que separaba Coreline de la superficie, antes de descubrir si los informes oficiales sobre habitabilidad progresiva eran ciertos o si simplemente los estaban enviando a morir de forma más lenta y menos visible.

Terminó el inventario porque su cerebro necesitaba algo rutinario en lo que concentrarse, algo que no requiriera procesar la enormidad de lo que acababa de pasar. Registró cada paquete de gasas, cada vial de antiséptico, cada rollo de vendaje con la misma precisión meticulosa que había usado durante tres años, y cuando terminó actualizó el sistema y guardó la *tablet* en su sitio con movimientos automáticos.

Entonces se sentó en el taburete junto a la mesa de exploración y se permitió durante exactos cinco minutos sentir el pánico que había estado conteniendo. No lloró, porque llorar parecía una reacción demasiado simple para algo tan complejo, pero sintió cómo el temblor se extendía por todo su cuerpo, cómo su respiración se volvía irregular, aunque no tanto como para calificarse como crisis, y cómo cada segundo que pasaba hacía más real algo que su cerebro todavía intentaba procesar como abstracto.

Iba a morir en la superficie. Probablemente, casi con certeza. Del último grupo habían vuelto señales de doce personas durante las primeras dos semanas. De quinientas personas enviadas en los

últimos diez sorteos, menos del cinco por ciento había sobrevivido lo suficiente como para establecer comunicación más allá del primer mes.

Cinco por ciento de cincuenta era dos y medio. Dos personas, quizá tres si el redondeo era generoso. De todo su grupo, solo dos o tres verían el mes siguiente antes de morir.

Bryn no se consideraba particularmente afortunada.

Cuando los cinco minutos terminaron, se levantó, se lavó la cara en el lavabo de acero inoxidable hasta que el agua fría eliminó cualquier evidencia visible de que había estado cerca de perder el control, y salió de la enfermería con el maletín médico básico que había usado esa madrugada cuando bajó a atender a Iska.

Iska, que todavía tenía cinco días de condena. Iska, que no sabría que Bryn había sido seleccionada a menos que alguien se lo dijera. Iska, a quien Bryn necesitaba ver ahora, inmediatamente, antes de que el peso de lo que acababa de pasar la convenciera de que era mejor no despedirse, de que mantener la distancia sería más fácil que enfrentar lo que sentía.

El guardia de las celdas era diferente del turno nocturno, un hombre mayor que Bryn reconoció vagamente de haberlo visto en los pasillos, pero con quien nunca había hablado directamente. La miró con algo parecido a compasión cuando se acercó al punto de control, y Bryn supo que ya lo sabía, que probablemente todo Coreline sabía en este punto quiénes habían sido seleccionados.

—Doctora Alessan —dijo, y había cuidado en su voz, ese tipo de cuidado que la gente usa cuando habla con alguien a quien consideran ya muerto—. ¿Necesita acceso a alguna celda?

—La diecisiete. Revisión médica de seguimiento.

El guardia no cuestionó que estuviera haciendo una revisión médica el mismo día del sorteo, cuando claramente debería estar ocupada con los preparativos obligatorios. Simplemente desbloqueó la puerta interior y la dejó pasar, y Bryn caminó por el pasillo húmedo con el maletín en la mano sintiendo cada paso como algo que requería decisión consciente.

La celda diecisiete estaba en silencio cuando llegó. Bryn se quedó frente a la puerta cerrada durante un momento, consciente de que una vez que la abriera, una vez que viera a Iska y tuviera que decirle lo que acababa de pasar, se volvería real de una forma que todavía no lo era del todo.

Tocó la puerta con los nudillos, un gesto absurdo considerando que era metal sólido y que el sonido apenas resonaría dentro, pero necesitaba algún tipo de anuncio antes de entrar. Esperó tres segundos y luego giró la manija que el guardia había desbloqueado desde el punto de control.

Iska estaba sentada en el colchón con la espalda contra la pared, y cuando la puerta se abrió levantó la vista con una expresión que pasó de sorpresa a algo más suave en cuanto vio quién era. Bryn entró y cerró la puerta detrás de sí, consciente de que esto rompía otro protocolo —las puertas debían permanecer abiertas durante las visitas médicas— pero en este punto los protocolos parecían considerablemente menos importantes que hacía una hora, y al guardia no pareció importarle.

—No esperaba verte hasta pasado mañana —dijo Iska, levantándose del colchón con ese cuidado que indicaba que las costillas todavía le molestaban, aunque estuvieran sanando bien.

Bryn dejó el maletín en el suelo y se obligó a mirar directamente a Iska en lugar de buscar distracciones en las paredes de roca o en el techo bajo.

—Me han seleccionado en el sorteo.

Vio cómo las palabras impactaban a Iska, cómo su expresión pasaba por varias emociones demasiado rápido como para catalogarlas todas antes de asentarse en algo que parecía una mezcla de shock y algo más profundo que Bryn no supo cómo nombrar.

—¿Cuándo? —preguntó Iska, y su voz sonó más ronca de lo normal.

—Hace una hora. El anuncio fue al mediodía.

—No pregunto eso. ¿Cuándo... cuándo tienes que irte?

—Setenta y dos horas. Tres días.

Iska asintió, procesando la información, y luego se levantó y dio un paso hacia Bryn antes de detenerse a mitad del movimiento, como si no supiera si tenía derecho a acercarse más.

—¿Y has venido aquí? ¿A decírmelo?

—Sí.

—¿Por qué?

Era una buena pregunta, una pregunta que Bryn no sabía cómo responder sin admitir cosas que asustarían a ambas si se decían en voz alta. Se encogió de hombros, un gesto que pretendía parecer casual, pero que salió tenso.

—Porque quedaban cosas pendientes en tu tratamiento. Las costillas necesitan una última revisión antes de que te liberen.

Era una mentira obvia, y ambas lo sabían. Las costillas de Iska estaban curando bien, no necesitaban revisión hasta dentro de dos

días, y no había ninguna razón médica legítima para que Bryn estuviera allí este momento excepto que necesitaba estar allí de una forma que no tenía nada que ver con protocolos o responsabilidades profesionales.

—Bryn —dijo Iska, y había algo en la forma en que pronunció su nombre que hizo que todo lo que Bryn había estado conteniendo amenazara con desbordarse—. No tienes que fingir que esto es solo protocolo.

—Lo sé.

—Entonces ¿por qué has venido realmente?

Bryn sintió sus defensas erosionándose bajo esa mirada directa que no le permitía esconderse detrás de excusas profesionales o distancia calculada. Respiró hondo, intentando encontrar palabras que fueran honestas sin ser demasiado reveladoras, sin cruzar esa última línea que todavía mantenía algo de control sobre la situación.

—He venido porque necesitaba verte. Porque en tres días voy a subir a la superficie y estadísticamente hay un noventa y cinco por ciento de probabilidad de que nunca vuelva a bajar, y la idea de irme sin despedirme de ti me pareció... insoportable.

El silencio que siguió fue tan denso que Bryn pudo escuchar su propio pulso acelerado en los oídos. Iska la miraba con una intensidad que la hacía consciente de cada centímetro de distancia entre ellas, de cómo el espacio reducido de la celda hacía imposible mantener esa separación física que normalmente usaba como barrera contra cosas que no sabía cómo manejar.

—No quiero que te vayas —dijo Iska finalmente, y había algo roto en su voz que contrastaba con la fuerza que normalmente proyectaba.

—No tengo elección.

—Lo sé. Pero sigue siendo cierto que no quiero que te vayas.

Bryn sintió algo moviéndose en su pecho ante esas palabras, algo cálido y aterrador a partes iguales.

—Apenas nos conocemos. Han sido menos de dos semanas.

—¿Y eso hace que importe menos?

—Debería hacerlo. Lógicamente debería hacer que fuera más fácil despedirnos y seguir adelante.

—¿Pero no lo es?

—No —admitió Bryn—. No lo es en absoluto.

Iska dio otro paso hacia ella, cerrando la distancia hasta que quedaron separadas por menos de un metro, lo bastante cerca como para que Bryn pudiera ver la forma en que los hematomas en su mandíbula se habían desvanecido casi por completo dejando solo sombras amarillentas.

—¿Qué habría pasado? —preguntó Iska en voz baja—. Si no te hubieran seleccionado. Si hubieras tenido más tiempo. ¿Qué habría pasado entre nosotras?

Bryn sintió el calor subiéndole por el cuello ante la pregunta, ante la implicación de que había un "nosotras" para considerar, de que no era solo ella quien había sentido que algo se estaba formando entre ellas con cada conversación, con cada roce accidental que duraba un segundo más de lo necesario.

—No lo sé —mintió, porque sí lo sabía, o al menos tenía una idea bastante clara de hacia dónde se había estado moviendo esto si el sorteo no hubiera interrumpido la trayectoria natural.

—Creo que sí lo sabes.

—Iska...

—Dime que estoy equivocada. Dime que estos últimos días no significaron nada, que solo estabas haciendo tu trabajo, que todo lo que compartimos en esta celda durante mi ataque fue solo procedimiento médico.

Bryn no podía decir eso. No podía mentir tan descaradamente cuando Iska la estaba mirando de esa forma, cuando la verdad era tan obvia entre ellas que negarla habría sido un insulto a la inteligencia de ambas.

—No fue solo procedimiento —admitió—. Nada de esto ha sido solo procedimiento desde el momento en que entraste en mi enfermería sangrando y todavía intentando hacer bromas.

—Entonces ¿qué fue?

—Fue... —Bryn buscó las palabras, consciente de que cómo las eligiera ahora importaría más de lo que debería considerando que probablemente no volvería a ver a Iska después de estos tres días—. Fue la primera vez en años que sentí que alguien me veía realmente, no solo la función que cumplo o el trabajo que hago, sino a mí.

Vio cómo la expresión de Iska se suavizaba ante esas palabras, cómo algo en su postura se relajaba como si hubiera estado esperando confirmación de algo que había sospechado, pero no se había atrevido a asumir.

—Yo también te veo —dijo Iska—. Y lo que veo es alguien que ha pasado tanto tiempo siendo cuidadosa que olvidó cómo querer cosas para sí misma.

Era una observación devastadoramente precisa, y Bryn sintió su impacto como algo físico.

—Querer cosas para mí misma en Coreline es una forma de vulnerabilidad que no puedo sostener.

—¿Y ahora? ¿Ahora que vas a salir de Coreline de todas formas?

—Ahora... —Bryn tragó saliva, sintiendo el escozor de lágrimas que se negó a permitir que cayeran—. Ahora me arrepiento de no haberme permitido querer antes. Cuando todavía había tiempo.

Iska levantó la mano despacio, lo suficientemente despacio como para que Bryn pudiera apartarse si quería, pero Bryn no se apartó. Se quedó quieta mientras los dedos de Iska rozaban su mejilla, ese contacto suave que envió electricidad por toda su piel de una forma que no tenía nada que ver con medicina o procedimiento y todo que ver con el deseo que había estado reprimiendo durante días.

—Todavía hay tiempo —dijo Iska—. Tres días no es mucho, pero es más que nada.

—¿Tiempo para qué?

—Para permitirte querer algo. Para permitirnos esto, lo que sea que sea esto.

Bryn cerró los ojos ante el contacto, sintiendo cómo el pulgar de Iska trazaba una línea suave por su pómulo, y se permitió durante un momento solo sentir sin analizar, sin preocuparse por consecuencias o protocolos o qué pasaría después.

—Me das miedo —admitió con los ojos todavía cerrados.

—¿Por qué?

—Porque me haces querer cosas que no debería querer. Porque cuando estoy contigo olvido todas las razones por las que mantener la distancia es necesario. Porque...

Se interrumpió, abriendo los ojos y encontrando a Iska mirándola con una intensidad que la dejó sin aliento.

—¿Porque qué?

—Porque en tres días voy a tener que dejarte y no sé cómo hacer eso si me permito sentir todo lo que estoy sintiendo ahora mismo.

La mano de Iska se movió desde su mejilla hasta su nuca, los dedos enredándose suavemente en su pelo, y Bryn sintió cómo la distancia entre ellas se reducía a casi nada, sus rostros a centímetros uno del otro, la respiración de Iska mezclándose con la suya.

—Entonces no pienses en los tres días —murmuró Iska—. Solo piensa en ahora.

Y ahora era este espacio reducido de roca húmeda donde no había lugar para nada excepto las dos, donde el mundo se había reducido a esta celda, a este momento y a la forma en que el cuerpo de Iska irradiaba calor a pesar del frío. Bryn levantó su propia mano, colocándola contra el pecho de Iska justo sobre su corazón, sintiendo cómo latía acelerado bajo su palma.

—Tus costillas —dijo, aunque era una preocupación absurda considerando todo lo demás que estaba pasando.

—Están bien. Están perfectamente.

—Iska, yo...

—No digas nada —interrumpió Iska, y había algo urgente en su voz—. No digas nada que haga que esto sea más difícil de lo que ya es. Solo... quédate aquí conmigo un momento. Solo eso.

Bryn asintió, incapaz de formar palabras, y dejó que Iska acortara esa última fracción de distancia entre ellas hasta que sus frentes se tocaron, hasta que compartieron el mismo aire, hasta que el único movimiento que faltaba era cerrar esos últimos centímetros y convertir toda esta tensión acumulada en algo tangible.

Pero no lo hicieron. Se quedaron allí suspendidas en ese espacio intermedio donde el deseo y el miedo se equilibraban perfectamente, donde besarse habría sido inevitable, pero contenerse era una forma de tortura exquisita que ninguna parecía dispuesta a terminar todavía.

—Si tuviera más tiempo —susurró Bryn contra los labios de Iska sin tocarlos—. Si esto fuera diferente...

—Pero no lo es. Y no lo tienes.

—Lo sé.

—¿Entonces qué hacemos con esto?

Bryn no tenía respuesta. No sabía qué hacer con este vínculo que se había formado demasiado rápido y demasiado profundo, que no tenía futuro pero que se sentía más real que cualquier cosa que hubiera experimentado en veintisiete años de existencia cuidadosamente navegada. Movió la mano desde el pecho de Iska hasta su cintura, necesitando ese contacto adicional, necesitando anclar este momento en algo físico antes de que se disolviera.

—No lo sé —admitió finalmente—. No sé qué hacer con nada de esto.

Sintió los dedos de Iska apretarse ligeramente en su nuca, un gesto posesivo que envió una oleada de calor por toda su columna.

—¿Volverás? ¿Antes de irte?

—No debería.

—Bryn.

—Sí —la respuesta salió sin vacilación, sin espacio para la duda —. Sí, volveré.

—¿Cuándo?

—No lo sé. Mañana, quizá. O pasado. Cuando pueda escaparme de los preparativos obligatorios.

—Te esperaré.

—Iska, no puedes... no puedes esperar que esto sea algo más de lo que puede ser. En tres días me voy. No hay futuro aquí.

—Lo sé —dijo Iska, y había aceptación en su voz, pero también terquedad—. Pero eso no cambia lo que siento ahora. Y ahora mismo siento que si no vuelves antes de irte, si me dejas aquí sin despedirte apropiadamente, me volveré loca.

Bryn sintió algo quebrándose en su pecho ante esas palabras, ante la honestidad con la que Iska expresaba cosas que ella misma apenas se permitía pensar. Cerró los ojos, respirando el aire que Iska acababa de exhalar, y tomó una decisión que sabía que complicaría todo pero que ya no podía evitar tomar.

—Volveré —prometió—. Antes de irme, volveré.

Sintió a Iska relajarse ligeramente contra ella, como si esa promesa fuera suficiente por ahora, como si pudiera sostenerla durante los días que faltaban. Permanecieron así durante un tiempo que podría haber sido minutos u horas, sus cuerpos tan cerca que respirar requería coordinación, con sus manos en lugares que técnicamente eran apropiados pero que se sentían cargados de todo lo que no estaban haciendo.

Bryn se apartó, porque quedarse más tiempo habría hecho imposible irse del todo, y necesitaba mantener al menos esa ilusión de control sobre la situación. Iska la dejó ir, aunque Bryn pudo ver en su expresión cuánto le costaba, cuánto quería pedirle que se quedara.

—Tengo que irme —dijo Bryn, recogiendo el maletín que había dejado en el suelo y que ni siquiera había abierto—. El guardia va a preguntarse qué estoy haciendo aquí tanto tiempo.

—Que pregunte.

—Iska...

—Lo sé, lo sé. No puedes arriesgarte a que sospechen. Vete.

Pero ninguna de las dos se movió, atrapadas en esa gravedad mutua que hacía difícil cualquier separación. Finalmente fue Iska quien dio el primer paso atrás, creando espacio físico, aunque la tensión entre ellas no disminuyó.

—Tres días —dijo Iska—. Te veré antes de que pasen esos tres días.

—Sí.

—Y Bryn... —Iska hizo una pausa, como si estuviera decidiendo si decir lo siguiente—. No te mueras ahí arriba. Por favor.

Bryn sintió las lágrimas amenazando de nuevo ante la súplica simple pero imposible de cumplir.

—Voy a intentarlo.

—Inténtalo mucho. Inténtalo más de lo que nunca has intentado nada.

—¿Por qué?

—Porque quiero volver a verte. Aunque sea imposible, aunque las probabilidades digan que no va a pasar, quiero creer que hay una posibilidad.

Bryn asintió porque no confiaba en su voz para responder sin quebrarse, y salió de la celda antes de que pudiera cambiar de opinión, antes de que pudiera hacer algo irreversible como cerrar

esa última distancia y besar a Iska de la forma en que ambas claramente querían.

El guardia estaba donde lo había dejado, y la miró con curiosidad mal disimulada cuando salió.

—¿Todo bien con la detenida?

—Las costillas están curando normalmente. No necesitará más revisiones.

Era mentira. Volvería. Había prometido que volvería, y Bryn Alessan nunca rompía sus promesas, incluso cuando cumplirlas significaba exponerse a más dolor del que ya estaba sintiendo.

Subió de vuelta a la enfermería caminando despacio, consciente de que cada paso la alejaba de Iska, pero sin poder detenerse porque detenerse habría significado volver y volver habría significado cruzar líneas que todavía estaba intentando convencerse de que no debía cruzar.

CAPÍTULO 9

Iska no durmió.

No era la primera noche sin dormir en esa celda, ni la peor en términos de incomodidad física, porque las costillas habían dejado de ser una agonía constante para convertirse en una molestia manejable que solo protestaba cuando se movía demasiado rápido o respiraba demasiado hondo. Pero era la primera noche en la que el insomnio no tenía nada que ver con el dolor ni con las paredes que se cerraban ni con esa oscuridad espesa que convertía la celda en un ataúd de roca. Esta vez era algo diferente, algo que latía en el centro de su pecho con una insistencia que no sabía cómo acallar.

Bryn se iba en tres días.

Tres días eran setenta y dos horas, y a Iska le quedaban cinco días de condena, lo cual significaba que cuando saliera de esta celda Bryn ya habría subido por esos túneles que nadie usaba, habría cruzado la puerta sellada y habría desaparecido en una superficie que llevaba ochenta años matando a todo lo que tocaba. Dos días de diferencia. Cuarenta y ocho horas entre la libertad de Iska y la muerte probable de Bryn, y esa aritmética simple y brutal le revolvía el estómago de una forma que no tenía nada que ver con el hambre ni con la comida sintética que apenas había tocado durante la cena.

Se quedó tumbada en el colchón duro, mirando el techo que no podía ver en la oscuridad pero que sabía que estaba allí, presionando sobre ella con el peso de toda la montaña. Pensó en las manos de Bryn contra su mejilla, en cómo habían temblado, en cómo Bryn había dicho que le daba miedo y lo había dicho con una honestidad que Iska no le había escuchado usar nunca antes, ni siquiera durante las conversaciones más íntimas que habían compartido en esa celda durante aquella noche. Pensó en cómo se habían quedado con las frentes tocándose, respirando el mismo aire, y en cómo no besarse había sido más devastador que cualquier beso que pudiera imaginar.

Y pensó en la superficie.

No como la pensaba antes, como esa abstracción atractiva de cielos abiertos y viento y horizontes sin paredes. Ahora la pensaba como algo concreto, como un lugar real al que Bryn iría en tres días y del que probablemente no volvería, un lugar donde el noventa y cinco por ciento de las personas enviadas morían antes de cumplir el primer mes. Pensó en Bryn caminando por esa superficie sin nadie que la conociera realmente, sin nadie que supiera que temblaba cuando bajaba la guardia, que su voz se volvía ronca cuando intentaba contener emociones que la asustaban, que había pasado veintisiete años siendo cuidadosa y que toda esa cautela no iba a servir de nada contra la radiación residual o cualquiera de las mil formas en que el exterior podía destruirte.

La idea se formó despacio, no como una revelación sino como algo que ya estaba allí y que simplemente esperaba a que Iska dejara de mirar hacia otro lado. No fue un momento dramático, no hubo un instante en que todo cambiara. Fue más bien como cuando

arreglas una tubería que lleva semanas goteando y descubres que el problema no estaba donde creías, que la fuga venía de más atrás, de un punto que habías ignorado porque parecía demasiado obvio para ser la causa real.

Iska quería salir.

No quería salir por Bryn, o no solo por Bryn, aunque Bryn fuera el catalizador que convertía un deseo difuso en una decisión concreta. Quería salir porque llevaba diecinueve años en Coreline y cada uno de esos años había sido un ejercicio de contención que la estaba erosionando por dentro, porque la celda le había demostrado en diez días lo que el resto de Coreline le había demostrado en diecinueve años a cámara lenta: que los espacios cerrados la destruían, que la rutina la apagaba, que seguir viviendo bajo este techo de roca mientras esperaba a que el sorteo decidiera por ella era una forma de muerte lenta que no sabía cuánto más podía sostener.

Y sí, Bryn era parte de eso. Bryn iba a estar en la superficie, y la idea de quedarse aquí abajo sabiendo que estaba allí arriba, sola, sin nadie que la mirara de esa forma que hacía que Iska se sintiera más real de lo que se había sentido nunca… esa idea era insoportable de una forma que Iska no sabía cómo gestionar y no quería aprender a gestionar.

Pero no iba a decir eso. No iba a convertir su decisión en un sacrificio romántico que la redujera a un gesto bonito y vacío, porque no era eso. Era supervivencia, la suya, la de ambas, y si Bryn era una razón, no era la única razón ni la más importante. La más importante era que Iska prefería morir intentando llegar a algún sitio

que vivir lo que le quedara en Coreline sabiendo que nunca había elegido nada por sí misma.

Cuando las luces de la celda empezaron a subir con esa gradualidad artificial que simulaba un amanecer que Iska nunca había visto, ya sabía exactamente lo que iba a hacer. Lo sabía con una certeza que no había sentido antes respecto a nada, ni siquiera respecto a las reparaciones que hacía sin autorización ni las injusticias contra las que intervenía sin pensar. Esto era diferente. Esto era una decisión consciente, meditada durante horas en la oscuridad de una celda que olía a roca húmeda, y Iska la tomaba con los ojos abiertos sabiendo exactamente lo que significaba.

El problema era cómo ejecutarla.

Estaba encerrada. Le quedaban cinco días de condena y no había forma de acelerar el proceso sin que el Consejo lo autorizara, lo cual no iba a pasar porque el Consejo no aceleraba nada que beneficiara a personas como ella. No podía simplemente caminar hasta un terminal administrativo y registrarse como voluntaria para el sorteo, no podía hablar con nadie excepto los guardias que hacían las rondas y que no tenían autoridad para tramitar nada que no fuera abrirle la puerta para ir al retrete del pasillo cuando el de la celda se averiaba.

Necesitaba a alguien con acceso al sistema. Necesitaba a Elior, o a alguien como Elior, alguien que procesara papeles y tramitara solicitudes sin hacer demasiadas preguntas. Y necesitaba que ese alguien viniera a ella, porque ella no podía ir a ningún sitio.

Necesitaba a Bryn.

Bryn, que era la última persona que querría ayudarla con esto. Bryn, que se enfadaría, que intentaría disuadirla, que usaría

estadísticas y lógica y esa voz contenida que ponía cuando algo la asustaba demasiado como para mostrar lo que realmente sentía. Bryn, a quien Iska iba a pedirle que facilitara el trámite que las enviaría a ambas a una superficie que probablemente las mataría.

Pero primero tenía que conseguir que viniera.

La siguiente visita médica programada era dentro de dos días, y para entonces quedarían menos de veinticuatro horas antes de que Bryn subiera. Demasiado tarde para tramitar nada, demasiado tarde para que el sistema burocrático de Coreline procesara una solicitud de voluntariado que requería firmas y esa eficiencia administrativa que solo funcionaba cuando no tenía prisa. Necesitaba que Bryn viniera hoy, ahora, y solo había una forma de conseguirlo que no requiriera explicarle al guardia de turno por qué necesitaba ver a la doctora fuera de calendario.

Iska se sentó en el borde del colchón, apoyó la espalda contra la pared fría y cerró los ojos. Pensó en la noche del ataque de pánico, en cómo había sentido las paredes cerrándose, en cómo el aire se había vuelto insuficiente y cada respiración era un esfuerzo que su cuerpo realizaba sin convicción. Recordó el temblor, la sensación de que el techo bajaba, de que el espacio se reducía hasta que no cabía dentro de él, y se descubrió pensando que no tendría que fingir demasiado porque la celda seguía siendo demasiado pequeña, demasiado cerrada, demasiado parecida a un ataúd vertical, y solo necesitaba dejar de contener el miedo que llevaba días manteniendo a raya para que este hiciera el trabajo por ella.

Así que dejó de contenerlo.

No fue difícil. Lo difícil había sido mantenerlo controlado durante los días anteriores, mantener esa fachada de que las paredes no la

afectaban cuando cada hora que pasaba en esa celda erosionaba un poco más su capacidad de fingir que estaba bien. Ahora solo tuvo que abrir esa caja mental donde guardaba el pánico y dejarlo salir, y la reacción fue inmediata: la respiración se aceleró, las manos empezaron a temblar, el corazón latió demasiado rápido contra sus costillas todavía sensibles, y de repente el techo sí estaba más bajo, las paredes sí se movían hacia dentro, y el aire sí era insuficiente.

El problema de fingir un ataque de pánico cuando tienes razones reales para tener uno es que la línea entre simulación y realidad se difumina con una rapidez alarmante. Iska había pensado que podría controlarlo, que podría escalar lo suficiente como para alertar al guardia sin perder el control real, pero en cuestión de minutos el temblor dejó de ser voluntario y la hiperventilación dejó de ser estrategia para convertirse en algo que no podía detener aunque quisiera.

Se deslizó del colchón al suelo, acurrucándose contra la esquina más lejana de la celda porque era el único lugar donde podía tener dos paredes contra su espalda y sentir algo sólido presionando contra su cuerpo, algo que contuviera la sensación de que se estaba disolviendo, de que si no se sujetaba a algo tangible dejaría de existir de una forma que no tenía nombre pero que sentía con una intensidad paralizante.

El guardia la oyó. Iska no supo cuánto tiempo pasó antes de que la mirilla de la puerta se abriera y una voz que no reconoció dijera algo que no procesó porque su cerebro estaba demasiado ocupado intentando convencer a sus pulmones de que el aire era suficiente, de que no se estaba ahogando, de que morir asfixiada en una celda

subterránea no estaba entre las formas en las que su vida iba a terminar.

—Avisa a la doctora Alessan —consiguió decir entre jadeos, y las palabras salieron rotas, fragmentadas, pero lo suficientemente claras como para que el guardia las entendiera—. Dile que es… como la otra vez.

Escuchó pasos alejándose, el sonido de una radio crepitando con interferencias, y luego nada excepto su propia respiración desbocada y el latido de su corazón resonando en los huesos de su cráneo. Se quedó allí, en el suelo de roca fría, con los ojos cerrados y las manos apretadas contra las rodillas, esperando a que Bryn viniera a rescatarla de algo que había empezado como una estrategia y se había convertido en algo real que no sabía cómo parar.

El tiempo en la celda no se medía en minutos sino en respiraciones, y a Iska le parecieron cientos antes de escuchar los pasos que ya había aprendido a reconocer incluso a través de la puerta metálica. Los de Bryn eran rápidos, decididos, con esa cadencia particular de alguien que caminaba deprisa sin llegar a correr porque correr habría significado admitir que estaba asustada.

La puerta se abrió y Bryn entró con el maletín en la mano y esa expresión que Iska ya conocía, la de la doctora que evalúa antes de sentir, que cataloga síntomas antes de permitirse la preocupación. Se arrodilló frente a ella con la misma economía de movimientos que la primera vez, colocó los dedos contra su muñeca buscando el pulso y durante unos segundos no dijo nada, solo la miró con esos ojos que Iska sentía como algo físico cada vez que se posaban sobre ella.

—Respira conmigo —dijo Bryn, y su voz tenía ese tono firme y suave que había usado la primera noche, ese tono que funcionaba

no porque fuera técnicamente correcto sino porque venía de alguien a quien Iska quería escuchar—. Inhala. Uno, dos, tres.

Iska siguió el ritmo, concentrándose en la voz de Bryn como un punto de anclaje que impedía que el pánico la arrastrara del todo. Poco a poco la respiración se fue estabilizando, los temblores se redujeron a sacudidas ocasionales que recorrían su cuerpo como réplicas de un terremoto que ya había pasado, y el techo volvió a su posición original, todavía demasiado bajo, pero ya no la aplastaba.

Bryn no se apartó cuando la crisis cedió. Se quedó arrodillada frente a ella, con los dedos todavía presionando suavemente contra su muñeca, midiendo un pulso que ambas sabían que ya estaba normalizándose.

—¿Cuánto tiempo llevas así? —preguntó.

Iska abrió los ojos y miró a Bryn, evaluando cuánto podía decir, cuánto debía decir, cuánto de esto era todavía un plan y cuánto había dejado de serlo hacía rato.

—No mucho. Ha sido más corto que la otra vez.

—Tu pulso dice lo contrario.

—Mi pulso exagera.

Bryn no sonrió, pero algo en la tensión de su mandíbula se relajó apenas un milímetro, y para Iska eso fue suficiente para saber que podía hablar, que la parte difícil no era lo que acababa de pasar sino lo que venía ahora.

—Bryn, necesito pedirte algo.

Vio cómo la expresión de Bryn cambiaba, cómo ese modo médico que usaba como escudo se endurecía ligeramente en los bordes, como si su cuerpo supiera antes que su mente que lo que venía no iba a gustarle.

—Primero déjame terminar de evaluarte. Si los ataques se están haciendo más frecuentes…

—No es eso —Iska se incorporó un poco, apoyando la espalda contra la pared y ganando una posición que la hiciera sentir menos vulnerable para lo que necesitaba decir—. El ataque… Necesitaba que vinieras. No había otra forma de hacerlo sin esperar dos días más.

El silencio que siguió fue breve pero denso, y en él Iska vio cómo Bryn procesaba lo que acababa de escuchar.

—¿Lo has provocado? —La voz de Bryn fue plana, sin inflexión, como cuando leía partes médicos en voz alta.

—Lo he dejado pasar. No es lo mismo.

—Sí lo es. Es exactamente lo mismo, Iska. Te has puesto en riesgo deliberadamente para…

—Para hablar contigo. Sí. Porque te vas en menos de tres días y lo que necesito pedirte no puede esperar a la siguiente revisión de protocolo.

Bryn se levantó del suelo con un movimiento brusco que contrastaba con la delicadeza que había mostrado segundos antes. Se quedó de pie frente a Iska, mirándola desde arriba con una expresión que oscilaba entre la rabia y algo más frágil que intentaba contener detrás de la rabia.

—¿Qué necesitas pedirme?

Iska tragó saliva. Había ensayado esto durante horas en la oscuridad, había encontrado las palabras exactas, las había ordenado en una secuencia que empezaba por lo práctico y dejaba lo emocional para después, una estructura que Bryn pudiera procesar sin que sus defensas se levantaran de golpe. Pero ahora

que estaba frente a ella, ahora que podía ver la tensión en sus hombros y la forma en que sus manos se cerraban y se abrían como si no supieran qué hacer consigo mismas, todas las palabras ensayadas se evaporaron.

—Quiero presentarme como voluntaria para el sorteo.

Lo dijo así, sin preámbulos, sin la estructura cuidadosa que había planificado, porque Iska nunca había sido buena en decir las cosas de forma gradual y no iba a empezar ahora.

Bryn no respondió de inmediato. Se quedó allí de pie, completamente inmóvil, y durante un momento Iska pensó que no la había oído, que tendría que repetirlo, pero luego vio cómo algo se quebraba en la expresión de Bryn, algo sutil que la mayoría de la gente no habría notado pero que Iska había aprendido a leer durante las noches que habían pasado hablando en esa celda.

—No.

—No es tu decisión.

—No es una decisión, es un suicidio con papeleo.

—El sorteo me habría tocado tarde o temprano de todas formas. Nací sin permiso, trabajo en mantenimiento, tengo un historial de infracciones. Las probabilidades estaban en mi contra desde el día que el Consejo decidió que mi existencia era un error demográfico. Lo único que estoy haciendo es elegir el momento en lugar de esperar a que lo elijan por mí.

Bryn empezó a caminar por la celda, tres pasos en una dirección, tres en otra, ese movimiento repetitivo que Iska había visto hacer a gente en los pasillos de Coreline cuando intentaban contener algo que no cabía dentro de ellos. La celda era demasiado pequeña para ese tipo de desahogo, pero Bryn lo intentaba de todas

formas, como si moverse pudiera impedir que lo que estaba sintiendo se desbordara.

—El voluntariado para el sorteo es definitivo —dijo Bryn, y su voz había adquirido ese tono clínico que usaba cuando necesitaba convertir emociones en datos—. Una vez que firmas, no hay marcha atrás. Te añaden al grupo actual y subes con los demás.

—Lo sé.

—¿Sabes cuánta gente ha vuelto? ¿De verdad lo sabes, no solo los números que he mencionado de pasada, sino las cifras reales?

—Menos del cinco por ciento sobrevive más de un mes. Me lo dijiste ayer.

—No te dije lo que pasa con el otro noventa y cinco por ciento. No te dije que los últimos reportes de radio antes del silencio suelen mencionar desorientación, náuseas, pérdida de visión. Son los síntomas de exposición severa a radiación, Iska. Así es como muere la gente ahí arriba.

—Y así es como vas a morir tú si subes sola.

Las palabras salieron antes de que Iska pudiera filtrarlas, más reveladoras de lo que había pretendido, y vio cómo impactaban en Bryn con la fuerza de algo físico. Bryn dejó de caminar y la miró con una expresión que Iska no le había visto antes, una mezcla de comprensión y horror que indicaba que había entendido exactamente lo que esas palabras implicaban.

—No hagas esto por mí —dijo Bryn, y su voz se quebró en la última palabra de una forma casi imperceptible—. No te atrevas a hacer esto por mí.

—No lo hago por ti.

—Iska…

—No lo hago por ti —repitió, y esta vez se obligó a sostenerle la mirada, a no apartar los ojos aunque la intensidad de lo que sentía hacía que mantener el contacto visual fuera casi doloroso—. Lo hago porque llevo diecinueve años en una jaula que funciona demasiado bien como para que nadie se dé cuenta de que es una jaula. Lo hago porque esta celda me ha enseñado que si me quedo aquí voy a apagarme. No de golpe, no de forma dramática, sino poco a poco, día tras día, turno tras turno, hasta que un día me despierte y ya no quede nada dentro de mí que merezca la pena salvar.

Se levantó del suelo porque necesitaba estar al mismo nivel que Bryn para decir esto, necesitaba que la mirara sin ese ángulo de arriba abajo que la hacía sentir como una paciente a la que estaban diagnosticando.

—He pensado en la superficie toda mi vida. Antes de conocerte, antes del sorteo, antes de esta celda. He pensado en cómo sería respirar aire que no haya pasado por un filtro, en cómo sería caminar sin que haya una pared esperándome al final de cada pasillo, en cómo sería ver el cielo. No sé qué aspecto tiene. No sé si es azul o gris o negro. Pero sé que quiero verlo, y sé que si no lo intento ahora, si dejo que pasen estos tres días y te vas sin mí y yo me quedo aquí esperando a que el sorteo me toque en el próximo ciclo o en el siguiente, voy a vivir el resto de mi vida sabiendo que tuve la oportunidad de elegir y no lo hice. Y eso me va a destruir más que cualquier cosa que haya en la superficie.

Bryn la escuchó sin interrumpir, y algo en su postura fue cambiando mientras Iska hablaba, como si las palabras fueran erosionando capas de resistencia que había construido durante años para protegerse exactamente de este tipo de conversación, de este

tipo de honestidad que no dejaba espacio para la distancia profesional ni para el cálculo racional.

—Tienes diecinueve años —dijo Bryn cuando Iska terminó, y lo dijo con una suavidad que dolía más que la rabia—. Tienes diecinueve años y estás hablando de morir como si fuera una opción razonable.

—No estoy hablando de morir. Estoy hablando de vivir de la única forma que se me ocurre que tenga sentido.

—No tiene sentido, Iska. Nada de esto tiene sentido. Salir a una superficie letal porque no soportas las paredes no es valentía, es… —Bryn se interrumpió, buscando una palabra que no encontró, y el silencio que dejó fue más elocuente que cualquier acusación.

—¿Desesperación? —completó Iska.

—Sí.

—Quizá. Pero también es una elección. Mi elección. La primera que tomo en mi vida que no está dictada por el Consejo, ni por las normas, ni por el miedo a que me manden a los calabozos o me pongan en la lista del próximo sorteo. Es mía, Bryn. Déjame tenerla.

Bryn se giró hacia la pared como si necesitara no mirar a Iska durante un momento, como si mantener el contacto visual fuera incompatible con lo que estaba sintiendo. Apoyó una mano contra la roca húmeda e Iska vio cómo sus dedos se extendían contra la superficie, buscando algo sólido que la anclara.

—Si te presentas como voluntaria y subes con mi grupo… —Bryn no terminó la frase.

—Si subo con tu grupo, al menos tendrás a alguien que sabe arreglar cosas cuando se rompen. Y tú sabes curar a la gente cuando se rompe. No es el peor equipo posible.

—No es un equipo. Es dos personas muriendo juntas en lugar de una.

—O es dos personas sobreviviendo juntas en lugar de ninguna.

Bryn se giró de nuevo para mirarla, y lo que Iska vio en sus ojos fue algo que no supo clasificar del todo: rabia, sí, pero también miedo, y algo más debajo de las dos cosas, algo que parecía alivio y que Bryn estaba intentando sepultar bajo capas de objeciones racionales porque admitirlo habría significado reconocer que una parte de ella quería que Iska subiera, que la perspectiva de enfrentarse a la superficie con alguien que la conocía era menos aterradora que hacerlo sola.

—No puedo ayudarte con esto —dijo Bryn.

—Sí puedes. Necesito que traigas a Elior aquí. O a cualquier administrativo con acceso al sistema de registro. No puedo hacer el trámite desde una celda sin que alguien lo procese desde fuera.

—Sabes lo que me estás pidiendo. Me estás pidiendo que facilite tu…

—Te estoy pidiendo que me trates como a una adulta que ha tomado una decisión después de pensarlo durante toda la noche. No como a una paciente que necesita protección.

El golpe aterrizó exactamente donde Iska había pretendido que aterrizara, en ese punto donde la doctora y la persona se separaban, donde Bryn tenía que elegir entre cuidar a Iska manteniéndola a salvo o respetarla dejándola elegir. Vio el impacto en su expresión, cómo la mandíbula se apretó y cómo sus ojos brillaron con algo que podían ser lágrimas contenidas o rabia concentrada o ambas cosas a la vez.

—Si hago esto —dijo Bryn, y cada palabra parecía costarle un esfuerzo físico—, si traigo a Elior y firmas ese documento, no hay vuelta atrás. Sales de esta celda, te equipan con lo mismo que a los demás, y en tres días estás en la superficie conmigo. Con todo lo que eso implica.

—Lo sé.

—¿Y no te importa?

—Me importa más de lo que puedo explicar. Pero me importa más que quedarme aquí.

Bryn la miró durante un tiempo que se extendió hasta hacerse incómodo, hasta que el silencio se llenó de todo lo que no estaban diciendo: que Iska iba parcialmente por ella, aunque ambas fingieran que no, que Bryn lo sabía aunque ambas fingieran que no lo sabía, que la idea de estar juntas en la superficie era aterradora y reconfortante a partes iguales y que ninguna de las dos estaba preparada para admitirlo en voz alta.

—Estás loca —dijo Bryn finalmente, y no era un insulto sino una constatación dicha con una voz tan cansada que Iska sintió el agotamiento como propio.

—Probablemente.

—Y estás segura.

—Completamente.

—¿Y si te digo que no voy a ayudarte? ¿Que no pienso traer a Elior ni a nadie, que puedes quedarte aquí cumpliendo tu condena y salir dentro de cinco días a una Coreline que seguirá funcionando igual sin mí?

—Entonces buscaré otra forma de hacerlo. Le pediré al guardia de turno que tramite la solicitud, o esperaré a que Elior haga su

ronda administrativa y le gritaré a través de la puerta. Será más lento, más complicado, y probablemente no llegue a tiempo de salir con tu grupo y saldré con el siguiente. Pero lo intentaré de todas formas, porque esta decisión ya está tomada y no necesito tu permiso para tomarla. Solo necesito tu ayuda para ejecutarla.

Algo en la expresión de Bryn se rindió entonces, no de golpe sino como una estructura que llevaba demasiado tiempo soportando un peso que no estaba diseñada para aguantar. No fue derrota exactamente, porque la derrota implica que alguien ha ganado y esto no era una victoria para ninguna de las dos. Fue más bien aceptación, el reconocimiento de que había peleado todo lo que podía pelear contra algo que no iba a cambiar por mucho que argumentara.

—Si hago esto —repitió Bryn, y esta vez su voz sonó diferente, más baja, más cerca de algo que podía romperse—, quiero que me prometas una cosa.

—Depende de qué sea.

—Que no te mueras para demostrar nada. Que si la superficie es tan letal como dicen y llega un momento en que las probabilidades están claramente en contra, no hagas ninguna estupidez heroica. Que sobrevivas. Que elijas sobrevivir, aunque eso signifique retroceder, esconderte, hacer las cosas despacio. Que no conviertas esto en otra de tus reacciones impulsivas donde actúas primero y piensas después.

Iska la miró, y vio en los ojos de Bryn algo que no era solo preocupación médica ni instinto protector ni rabia contenida. Era algo más simple y devastador que todo eso: era alguien que tenía

miedo de perder a una persona que le importaba, pidiéndole que no se dejara perder.

—Te lo prometo —dijo Iska, con esa seriedad que pocas veces se permitía porque la seriedad la hacía vulnerable de formas que el humor no.

—Bien —Bryn recogió el maletín del suelo con movimientos que intentaban parecer eficientes pero que tenían esa torpeza que daba el agotamiento emocional—. Voy a buscar a Elior. No sé si está de turno hoy, pero alguien del sistema administrativo debería poder procesar una solicitud de voluntariado.

—Bryn.

Bryn se detuvo con la mano en la puerta, sin girarse, y su postura dijo más que cualquier palabra que pudiera haber elegido.

—Gracias —dijo Iska.

—No me las des. Esto no es algo por lo que debas agradecerme nada.

—Te las doy de todas formas.

Bryn salió sin responder, sin mirar atrás, y la puerta se cerró con ese sonido metálico que a Iska ya no le provocaba la misma opresión que antes, porque ahora era temporal, ahora tenía fecha de caducidad, ahora sabía que la próxima vez que esa puerta se abriera sería para algo más que una revisión médica o una bandeja de comida sintética.

El tiempo en las celdas era una sustancia elástica que se estiraba o se contraía según lo que estuvieras esperando, y a Iska le parecieron horas antes de que la puerta volviera a abrirse, aunque probablemente no fueron más de cuarenta minutos. Lo supo porque contó las respiraciones, una costumbre que había desarrollado

durante los días de encierro como forma de anclar su mente a algo concreto cuando todo lo demás se volvía abstracto.

Elior entró primero, con esa postura erguida y esa *tablet* en las manos que lo convertían en la personificación de un sistema diseñado para procesar personas como datos. Bryn entró detrás de él, quedándose junto a la puerta con los brazos cruzados y una expresión que Iska no supo interpretar del todo, como si hubiera gastado todas sus emociones legibles durante la discusión anterior y lo que quedaba fuera algo más opaco, más difícil de leer.

—Iska Verne —dijo Elior sin preámbulo, sin mirarla directamente, como si estuviera leyendo su nombre de un formulario y no hablando con una persona de carne y hueso—. La doctora Alessan me ha informado de que deseas presentar una solicitud de voluntariado para el decimosexto sorteo de exploración exterior. ¿Es correcto?

—Sí.

—El protocolo de voluntariado requiere que confirmes verbalmente que entiendes las siguientes condiciones —Elior tocó algo en su *tablet* y empezó a leer con esa voz neutra que usaba para todo, como si estuviera recitando instrucciones de mantenimiento—. Primera: el voluntariado es irrevocable una vez registrado en el sistema. No se admiten retractaciones, apelaciones ni solicitudes de aplazamiento. Segunda: la persona voluntaria queda integrada en el grupo del sorteo actual y sujeta a las mismas condiciones que los seleccionados. Tercera: el Continuity Council no garantiza supervivencia, retorno ni comunicación con Coreline después de la salida. Cuarta: cualquier condena pendiente queda suspendida en el momento del registro, pero no anulada. Si por alguna razón la

persona voluntaria no completara la misión de exploración y regresara a Coreline, la condena se reactivaría íntegramente.

—Entendido.

—Quinta —continuó Elior, y por primera vez levantó la vista de la *tablet* para mirarla—: las personas nacidas bajo protocolo de excepción demográfica que se presenten como voluntarias renuncian a cualquier reclamación futura respecto a su estatus dentro de Coreline.

Iska sintió que algo frío se instalaba en su estómago ante esa última condición, ante la precisión quirúrgica con que el Consejo había diseñado un sistema que eliminaba cualquier posibilidad de arrepentimiento para las personas como ella. Si volvía, que no iba a volver, pero si volvía, no solo cumpliría su condena, sino que perdería cualquier derecho residual que su estatus de nacida sin permiso le otorgara. Lo cual era casi cómico considerando que esos derechos residuales no existían de forma práctica, pero que el Consejo se molestara en mencionarlo decía más sobre su naturaleza que cualquier discurso oficial.

—Entendido —repitió.

—¿Deseas proceder con la solicitud?

—Sí.

Elior asintió y empezó a escribir con esa velocidad eficiente que le daba al proceso una cualidad mecánica, como si estuviera tramitando una transferencia de equipo o una solicitud de suministros en lugar de la decisión de una persona de abandonar la única vida que había conocido.

—Necesito tu firma digital —dijo Elior, girando la tableta hacia ella—. Pulgar derecho en el sensor.

Iska miró a Bryn antes de poner el dedo en el sensor. Fue un acto reflejo, no una búsqueda de aprobación, porque la aprobación ya la tenía en la medida en que Bryn estaba allí, presente, sin haberse ido ni haber intentado detener el proceso una vez que empezó. Bryn la estaba mirando con una intensidad que contrastaba con la quietud de su cuerpo, como si toda la energía que normalmente distribuía entre gestos y movimientos estuviera concentrada en esos ojos que decían más de lo que Bryn probablemente quería que dijeran.

—Solicitud procesada —dijo Elior, recuperando la *tablet* y guardándola en el portador de su cinturón—. Serás liberada de la celda en las próximas dos horas para incorporarte al proceso de preparación del grupo. Se te asignará equipo estándar y recibirás instrucciones específicas en tu terminal personal una vez reinstalada en los niveles intermedios. ¿Alguna pregunta?

—No.

—Entonces esto queda resuelto.

Elior salió sin añadir nada más, y el sonido de sus pasos se alejó por el pasillo hasta desaparecer, dejando la celda en un silencio que pesaba más que las toneladas de roca sobre sus cabezas.

Bryn no se movió de su posición junto a la puerta. Iska no se movió del colchón. Se miraron a través del espacio reducido de la celda, y en esa mirada estaba todo lo que no se habían dicho y lo que probablemente no se dirían hasta que fuera demasiado tarde o demasiado obvio para seguir fingiendo que no existía.

—Hecho —dijo Iska, y la palabra sonó más pequeña de lo que había pretendido, más real.

—Hecho —repitió Bryn, y en su voz había una resignación que no era derrota sino algo más complicado, algo que sonaba a cuando dejas de luchar contra una corriente y te dejas llevar porque descubres que la corriente iba en la dirección que querías desde el principio.

—¿Estás enfadada conmigo?

—Sí.

—¿Mucho?

—Bastante.

—¿Lo suficiente como para no hablarme durante los próximos tres días?

Bryn cerró los ojos durante un segundo, y cuando los abrió algo en su expresión se había suavizado lo mínimo necesario para que Iska supiera que la rabia era real pero no definitiva, que debajo de ella seguía habiendo algo que ninguna decisión suicida podía borrar del todo.

—No —admitió Bryn.

—Entonces te veré arriba.

Bryn asintió una vez, un movimiento breve y contenido, y luego hizo algo que Iska no esperaba: cruzó la celda en dos pasos, se inclinó y apoyó la frente contra la de Iska, repitiendo ese gesto de la vez anterior, pero con una urgencia diferente, como si necesitara confirmar que esto era real, que la persona a la que acababa de ayudar a condenarse seguía siendo sólida, tangible, presente.

—No me hagas arrepentirme de esto —susurró Bryn contra su piel, y su aliento era cálido en el espacio mínimo entre ellas.

—No me hagas arrepentirme a mí tampoco —respondió Iska.

Permanecieron así durante unos segundos que fueron insuficientes para todo lo que contenían, y luego Bryn se apartó, recogió el maletín que había dejado junto a la puerta, y salió de la celda sin mirar atrás.

Iska se quedó sentada en el colchón, sola otra vez en esa celda que ya no iba a ser su celda durante mucho más tiempo, y esperó. Dos horas, había dicho Elior. Ciento veinte minutos antes de que la puerta se abriera y tuviera que caminar hacia algo que probablemente la mataría, pero que al menos era algo que había elegido, algo que era suyo de una forma que nada en Coreline había sido nunca suyo.

CAPÍTULO 10

El túnel de ascenso era más estrecho de lo que Bryn había imaginado, aunque llevaba años mirando los planos técnicos que colgaban en la pared de la enfermería sin prestarles verdadera atención. Cincuenta y una personas caminaban en fila de a dos por un corredor excavado en roca que no había sido diseñado para el tránsito regular, sino para inspecciones técnicas que habían dejado de realizarse hacía décadas. El aire cambiaba a medida que subían, no de golpe sino de forma gradual, como si Coreline los fuera soltando poco a poco en lugar de expulsarlos, y Bryn notaba la diferencia en cada respiración: menos procesado, más húmedo, con un sabor mineral que no había sentido nunca y que se pegaba al fondo de la garganta.

Iska caminaba a su lado. No habían hablado sobre eso, no habían acordado una formación ni se habían buscado conscientemente cuando el grupo se reunió en la sala de preparación a las seis de la mañana. Simplemente habían gravitado la una hacia la otra con la naturalidad de algo que ya estaba decidido antes de que ninguna de las dos lo pensara, y cuando la columna empezó a moverse hacia los accesos sellados, estaban juntas, hombro con hombro, como si cualquier otra disposición fuera absurda.

El equipo que llevaban era idéntico para todos: mochila con provisiones para dos semanas, ropa térmica de un material sintético que crujía con cada movimiento, botas que Bryn no había tenido tiempo de ablandar y que ya sentía presionando contra el talón derecho, botiquín básico que ella había revisado tres veces y que era insuficiente para cualquier emergencia real, y un comunicador de radio con alcance limitado que el Consejo insistía en incluir, aunque todos sabían que dejaría de funcionar en cuanto se alejaran lo suficiente.

Hale iba delante, tres filas por encima de ellas, caminando con una zancada que parecía deliberadamente más amplia que la del resto, como si el ritmo al que avanzara pudiera establecer algún tipo de autoridad sobre el grupo. Era un hombre grande, de esos que ocupan espacio no solo con el cuerpo sino con la forma en que se mueven, y Bryn lo había visto durante los tres días de preparación organizando al grupo con una eficiencia que nadie le había pedido, pero que nadie había cuestionado tampoco, porque en situaciones de miedo colectivo la gente tiende a seguir al que parece más seguro de sí mismo, independientemente de si esa seguridad está justificada.

—Mantenemos el ritmo —dijo Hale desde la cabeza de la columna, lo bastante alto como para que su voz rebotara por el túnel—. Si alguien necesita parar, que avise. No nos vamos a detener cada cinco minutos porque alguien tenga miedo.

Nadie respondió. El silencio del grupo era espeso, cargado de un terror compartido que nadie verbalizaba porque hacerlo habría significado admitir que estaban caminando hacia algo que probablemente los mataría, y la mayoría todavía necesitaba

mantener esa ficción de que esto era una misión, una exploración, algo con un propósito que no fuera simplemente reducir el número de bocas que alimentar en Coreline.

Lena caminaba unas filas por detrás, y Bryn la veía de reojo cuando el túnel se curvaba lo suficiente como para que la columna se doblara sobre sí misma. Era una mujer delgada, de rasgos angulosos, que cargaba la mochila con esa economía de esfuerzo de quien ha aprendido a no gastar energía en nada innecesario. No hablaba, no intentaba liderar, no hacía comentarios sobre el ritmo ni sobre el miedo. Solo observaba, y Bryn reconocía ese tipo de observación porque ella misma la había practicado durante años: callada, atenta, catalogando a cada persona del grupo como variable en una ecuación de supervivencia que todavía no tenía suficientes datos para resolverse.

El túnel se inclinaba hacia arriba con una pendiente que Bryn sentía en los muslos y en los pulmones, y a medida que subían la temperatura descendía de forma perceptible. Coreline mantenía una temperatura constante, regulada, sin variaciones que indicaran que existía algo más allá de las paredes. Aquí el frío se filtraba por la roca como una advertencia de lo que venía, y Bryn notó que Iska se ajustaba la cremallera de la chaqueta térmica hasta el cuello sin interrumpir el paso.

—¿Estás bien? —preguntó Bryn en voz baja, lo suficiente como para que solo Iska la oyera.

—Mejor que en la celda.

No era una respuesta real, pero Bryn no insistió. Había aprendido durante los días de preparación que Iska procesaba el miedo de forma diferente a ella: donde Bryn se cerraba y analizaba,

Iska se movía y avanzaba, y ahora mismo avanzar era lo único que podían hacer.

La puerta sellada apareció después de lo que podrían haber sido cuarenta minutos o dos horas, porque el tiempo en el túnel se comportaba con la misma elasticidad que en las celdas de detención. Era más pequeña de lo que Bryn esperaba, un rectángulo metálico empotrado en la roca con un mecanismo de apertura que dos técnicos del grupo manipularon durante varios minutos mientras el resto esperaba en un silencio que se había vuelto casi sólido. Hale se acercó a supervisar, aunque claramente no tenía conocimientos técnicos que aportar, y Bryn sintió la mano de Iska rozar la suya en la oscuridad del túnel, un contacto tan breve que podría haber sido accidental si no fuera porque los dedos de Iska se demoraron una fracción de segundo más de lo casual antes de retirarse.

El mecanismo cedió con un chirrido que resonó por todo el túnel, y la puerta se abrió hacia fuera dejando entrar algo que Bryn no supo cómo procesar durante los primeros segundos: luz. No la luz artificial de Coreline, constante y calibrada, sino algo irregular, difuso, que entraba por la abertura con una cualidad que no tenía nombre en el vocabulario de alguien que nunca había visto otra cosa que lámparas industriales.

El grupo se detuvo. Nadie cruzó inmediatamente, ni siquiera Hale con su zancada amplia y su seguridad aplastante. Se quedaron todos allí, cincuenta y una personas mirando un rectángulo de luz que no era blanca ni amarilla sino algo intermedio, algo que cambiaba de tono en los bordes y que venía acompañado de un sonido que Bryn tardó varios segundos en identificar porque nunca lo había escuchado: viento. Aire moviéndose sin dirección fija, sin el

empuje constante y uniforme de los sistemas de ventilación, un sonido irregular que subía y bajaba como si respirara.

Hale fue el primero en salir, porque alguien tenía que serlo y él había decidido que ese alguien fuera él. El resto lo siguió en un goteo lento de cuerpos que cruzaban el umbral entre el mundo que conocían y el que no, y cuando le tocó a Bryn dar ese paso, cuando su bota pisó algo que no era roca pulida sino tierra blanda que cedió bajo su peso, sintió un vértigo que no tenía nada que ver con la altura sino con la ausencia de techo, con la enormidad de un espacio que se extendía hacia arriba sin límite visible.

El cielo estaba cubierto. Eso fue lo primero que registró su cerebro: que no era azul como decían los archivos antiguos sino gris, un gris uniforme que se extendía en todas direcciones y que parecía mucho más bajo de lo que debería, como si pudiera tocarlo si estiraba el brazo. La vegetación era lo segundo, densa y desordenada, plantas que crecían sin las líneas rectas ni los contenedores que Bryn había visto en los invernaderos de Coreline, simplemente brotando del suelo en direcciones arbitrarias, tapando la boca del túnel con una voracidad que sugería que la naturaleza llevaba décadas reclamando lo que los humanos habían dejado atrás.

Iska estaba a su lado, y Bryn la miró porque necesitaba ver en alguien más lo que ella estaba sintiendo, necesitaba confirmar que esto era real y no una alucinación provocada por el estrés. Iska miraba hacia arriba con una expresión que Bryn no le había visto nunca, algo entre asombro y terror, con los labios entreabiertos y los ojos desorbitados, y en ese momento parecía exactamente lo que

era: una chica de diecinueve años viendo el cielo por primera vez en su vida.

—No tiene fin —dijo Iska, y su voz sonó diferente aquí fuera, más pequeña, como si el espacio abierto la diluyera.

Bryn no respondió porque no tenía palabras para lo que estaba viendo, para la forma en que el aire le golpeaba la cara con una fuerza suave pero insistente que le desordenaba el pelo y le hacía arder los ojos, para el olor que llegaba con ese aire, un olor a tierra mojada y a algo vegetal y a otra cosa que no tenía referencia para clasificar pero que su cuerpo reconoció antes que su mente, como si alguna parte de ella recordara algo que nunca había experimentado.

El frío era real, no el descenso gradual del túnel sino algo inmediato que se instalaba en las mejillas y en las manos y que la ropa térmica mitigaba, pero no eliminaba. Bryn se descubrió temblando, aunque no estaba segura de que fuera solo por la temperatura.

—Nos movemos —ordenó Hale, señalando hacia abajo por la ladera que se abría frente a ellos, un terreno inclinado cubierto de vegetación que bajaba hacia lo que podía ser un valle o simplemente más montaña—. Hay un sendero técnico antiguo que debería seguir la pendiente. Lo buscamos y lo seguimos hasta encontrar terreno más abierto.

Nadie discutió, no porque estuvieran de acuerdo sino porque discutir requería una energía que todos estaban gastando en procesar que el mundo era más grande de lo que habían creído posible, que el suelo se hundía bajo los pies de formas impredecibles, que el aire olía a cosas que no sabían nombrar y que el cielo, ese techo que no era techo, presionaba sobre ellos con una

enormidad que era lo opuesto a la claustrofobia de Coreline pero que producía un efecto similar.

Caminaron durante horas. El sendero técnico apareció después de media hora de descenso irregular, una franja de suelo más compacto que el terreno circundante, medio devorada por raíces y vegetación, pero todavía reconocible como algo que habían construido manos humanas en un tiempo que nadie del grupo recordaba. La pendiente era pronunciada, resbaladiza por la humedad que parecía estar en todas partes, en el suelo, en las hojas, en el aire mismo, y más de una persona tropezó o resbaló durante el descenso sin que nadie comentara nada porque todos estaban demasiado concentrados en mantener el equilibrio y en no mirar demasiado hacia arriba, donde la ausencia de techo seguía siendo un recordatorio constante de que ya no estaban en un mundo con límites definidos.

Cuando la luz empezó a cambiar, haciéndose más tenue de una forma que Bryn entendió racionalmente como atardecer pero que su cuerpo interpretó como amenaza, Hale decidió que acamparían en un claro que el sendero bordeaba, un espacio donde la vegetación era menos densa y el suelo relativamente plano.

—Aquí —dijo Hale con esa autoridad que nadie le había conferido—. Montamos campamento, turnos de vigilancia de dos horas, nadie se aleja del perímetro.

El grupo se dispersó en un desorden que intentaba parecer organizado, gente sacando los sacos de dormir compactos de las mochilas, buscando piedras para improvisar algo parecido a un refugio contra el viento que ahora soplaba con más fuerza, mirando hacia la oscuridad creciente con esa expresión de quien descubre

que la noche no es simplemente ausencia de luz, sino presencia de algo mucho más grande y antiguo que cualquier sistema de iluminación artificial.

Bryn extendió su saco de dormir junto a un árbol cuyo tronco era lo bastante ancho como para ofrecer algo parecido a protección contra el viento, e Iska colocó el suyo al lado sin decir nada, sin preguntar si podía, sin ese intercambio de palabras que habría convertido el gesto en una decisión consciente. Simplemente se instaló allí, a menos de un palmo de distancia, como si fuera el único lugar posible en todo ese espacio inmenso y desconocido.

Lena se acomodó a unos metros, observándolas con esa mirada que Bryn sentía sin necesidad de verla directamente, esa mirada que catalogaba y archivaba sin emitir juicio. No dijo nada. Nadie dijo nada sobre la disposición, porque en una noche donde cincuenta y una personas dormían por primera vez sin un techo sobre sus cabezas, la cercanía entre dos de ellas era lo menos importante del mundo.

La oscuridad cuando llegó fue absoluta de una forma que Bryn no había experimentado nunca. En Coreline siempre había luz residual, la tenue iluminación del ciclo nocturno, los indicadores de los sistemas de ventilación, el parpadeo de las pantallas en espera. Aquí no había nada. El cielo se había vuelto negro, completamente negro, y Bryn tardó varios minutos en darse cuenta de que los puntos de luz diminutos que salpicaban esa negrura eran estrellas, esas cosas que había leído en los archivos pero que nunca había esperado ver.

Se quedó mirándolas, tumbada en el saco de dormir con los ojos abiertos y la espalda tensa contra el suelo que era blando y duro al

mismo tiempo, que olía a tierra de una forma que nunca podría describir adecuadamente, y sintió a Iska a su lado, el calor de su cuerpo filtrándose a través de los sacos de dormir que estaban lo suficientemente cerca como para tocarse en los bordes.

—Bryn —susurró Iska, y su voz sonó distinta en la oscuridad, más cerca, más íntima, como si la noche eliminara las distancias que la luz hacía posibles.

—¿Sí?

—Estrellas.

—Lo sé.

Silencio. Luego la respiración de Iska cambiando de ritmo, haciéndose más lenta, más profunda, y Bryn supo que se estaba quedando dormida con esa facilidad que la gente que se mueve tiene para descansar cuando el cuerpo decide que ya es suficiente. Dormida aquí fuera, en una superficie que podía matarlas y no lo había hecho, bajo un cielo que no conocían, con el sonido del viento entre los árboles como única protección contra un silencio que habría sido insoportable.

Bryn no durmió. Se quedó mirando las estrellas durante horas, con la mano derecha fuera del saco de dormir descansando en el espacio mínimo entre su cuerpo y el de Iska, sin tocarla, pero sabiendo que podía si necesitaba hacerlo, y escuchó la respiración pausada de la persona a su lado mezclarse con el viento y con los sonidos nocturnos que no sabía identificar pero que su cuerpo registraba con una alerta constante que hacía imposible relajarse lo suficiente como para dormir.

En algún momento de la noche, Iska se movió en sueños y su mano encontró la de Bryn en ese espacio entre ambas, entrelazando

los dedos con un gesto automático que ni siquiera la despertó. Bryn no retiró la mano. Se quedó allí, con los dedos de Iska entre los suyos y los ojos fijos en un cielo que era más grande que todo lo que había conocido, y se permitió durante unas horas no pensar en estadísticas de supervivencia ni en radiación residual ni en lo que vendría mañana.

Solo en esto: la mano de Iska en la suya, las estrellas sobre ellas, y la certeza silenciosa de que fuera lo que fuera lo que les esperaba en esta superficie, ya no iban a enfrentarlo solas.

Tienes razón, el grupo son 51: los 50 del sorteo más Iska. En el capítulo 10 puse 48, que es un error que deberías corregir a 51 en tu documento. Aquí va el 11:

CAPÍTULO 11

El primer amanecer fue un acontecimiento para el que ninguno de los cincuenta y un integrantes del grupo tenía preparación real, por mucho que los archivos de Coreline incluyeran descripciones técnicas de la rotación terrestre y los ciclos de luz solar. Iska se despertó antes de que ocurriera, arrancada del sueño por un frío que se había instalado en los huesos durante la noche y que el saco de dormir no había conseguido mantener a raya, y lo primero que registró fue que seguía teniendo los dedos entrelazados con los de Bryn, que sus manos se habían encontrado en algún momento de la noche y que ninguna de las dos las había retirado.

Lo segundo que registró fue el cielo.

Había cambiado. El negro absoluto de la noche se estaba aclarando por un extremo, no de golpe sino con una lentitud que parecía consciente, como si alguien estuviera subiendo la intensidad de una lámpara inmensa desde algún lugar que Iska no podía ver. Los colores no eran los que esperaba. No era azul, o no todavía: era una franja de algo que empezaba siendo gris oscuro y se iba diluyendo hacia tonos que no tenía vocabulario para describir, naranjas apagados mezclados con rosas que no parecían reales, que parecían un error de calibración como los que a veces producían las pantallas defectuosas de los niveles inferiores de Coreline.

Retiró la mano de la de Bryn con cuidado de no despertarla y se incorporó, sintiendo cómo el frío del amanecer le golpeaba la cara y el cuello con una intensidad que le arrancó un escalofrío involuntario. El campamento estaba en silencio excepto por la respiración de cincuenta personas dormidas y el sonido constante del viento entre los árboles, ese sonido que Iska no había dejado de escuchar desde que salieron del túnel y que su cerebro todavía no sabía clasificar del todo.

Se levantó. Las botas estaban húmedas de algo que tardó un momento en identificar como rocío, agua que simplemente aparecía sobre las superficies durante la noche sin que ningún sistema la depositara allí, sin tuberías ni válvulas ni mecanismos de distribución. Agua que caía del aire porque el aire aquí tenía agua dentro, porque todo aquí estaba vivo de formas que Coreline nunca había conseguido ni intentado replicar.

Caminó hacia el borde del claro donde habían acampado, sin alejarse lo suficiente como para perder de vista el grupo, pero lo bastante como para sentir que el espacio a su alrededor se abría. La ladera continuaba descendiendo por debajo de ellos, y desde esta posición elevada Iska podía ver algo que la noche le había ocultado: extensión. Kilómetros de bosque que se prolongaban hasta donde alcanzaba la vista, interrumpidos por formaciones rocosas que sobresalían como huesos de la montaña y por claros donde la vegetación se adelgazaba, dejando ver el suelo desnudo. No había edificios, no había estructuras visibles, no había nada que sugiriera que los humanos habían existido alguna vez en este lugar excepto el sendero medio devorado por el que habían bajado.

El aire. Iska respiró hondo por primera vez desde que habían salido, no esa respiración cautelosa y medida que había mantenido durante todo el día anterior como si el aire pudiera ser una trampa, sino una inhalación completa que llenó sus pulmones hasta el fondo y que trajo consigo un catálogo de sensaciones que su cuerpo no sabía cómo procesar. Olía a tierra mojada, a algo vegetal que era diferente de los invernaderos, más crudo, más desordenado, y a otra cosa debajo de todo eso que Iska tardó en identificar como ausencia: no había olor a metal, ni a roca procesada, ni a ese toque químico que el sistema de reciclaje de Coreline dejaba en cada molécula que respirabas. Este aire no había pasado por nada. Simplemente era.

Cerró los ojos y dejó que el viento le desordenara el pelo, sintiéndolo contra la piel de la cara y del cuello como algo que tenía textura además de temperatura, que empujaba y retrocedía con un ritmo irregular que no seguía ningún patrón programado. Levantó las manos y las extendió a los lados, un gesto que habría sido ridículo si alguien la hubiera visto, pero que necesitaba hacer porque su cuerpo pedía ocupar espacio, expandirse, dejar de contenerse dentro de los límites que veintinueve años de paredes le habían enseñado a respetar.

Diecinueve, se corrigió. Diecinueve años. Pero se sentían como más, se sentían como toda una vida de contención que este aire estaba aflojando con cada respiración.

Abrió los ojos y vio algo que se movía entre los árboles más abajo, un movimiento rápido y pequeño que desapareció antes de que pudiera enfocarlo. Un animal, quizá. Un animal real, no las ratas que a veces aparecían en los niveles inferiores de Coreline y que

eran lo más cercano a fauna salvaje que Iska había visto nunca. Dio un paso hacia delante, luego otro, queriendo ver más, queriendo bajar por esa ladera y seguir ese movimiento hasta descubrir qué era, qué más había aquí abajo que los archivos no mencionaban.

—Iska.

La voz de Bryn llegó desde el campamento, controlada, pero con un filo que indicaba que llevaba rato despierta y que había estado observándola alejarse sin intervenir hasta que la distancia superó lo que podía soportar. Iska se giró y la vio de pie junto al árbol donde habían dormido, con el saco de dormir arrugado a sus pies y los brazos rodeando su propio cuerpo de una forma que podría haber sido por el frío pero que Iska reconoció como algo diferente: contención. Bryn se estaba conteniendo de la misma forma en que se contenía cuando las paredes de la enfermería se le hacían demasiado pequeñas, pero no podía permitirse mostrarlo.

—Estoy aquí —respondió Iska, y la frase sonó inadecuada para lo que quería decir, que era algo más parecido a todo esto es increíble y estoy aterrada y me siento más viva de lo que me he sentido nunca, y necesito que vengas a verlo conmigo.

—No te alejes del grupo.

—Solo estoy mirando.

—Mirando a diez metros del perímetro que Hale estableció anoche.

Iska volvió sobre sus pasos, no porque Hale ni su perímetro le importaran sino porque la expresión de Bryn le importaba, y en este momento esa expresión decía que Bryn estaba haciendo un esfuerzo considerable por mantener la compostura frente a algo que la superaba. El cielo seguía aclarándose sobre ellas, ese degradado

imposible de colores que ahora incluía tonos más claros en los bordes, y Bryn no lo miraba. Miraba al suelo, a sus propias botas, al saco de dormir, a cualquier cosa que estuviera contenida en un radio manejable, como si levantar la vista hacia esa inmensidad fuera un acto de rendición que todavía no estaba preparada para hacer.

—Es muy grande —dijo Bryn cuando Iska llegó a su lado, y lo dijo con una voz pequeña que no se parecía a ninguna de las voces que Iska le había escuchado usar: ni la clínica, ni la contenida, ni la que se le quebraba cuando hablaba de sus padres. Esta era nueva, y sonaba a miedo sin filtro.

—Lo es.

—No tiene... no hay... —Bryn hizo un gesto vago hacia arriba sin levantar realmente la vista—. ¿Cómo puede no tener límite? Todo tiene que tener un límite.

—No tiene techo, Bryn. Eso es el cielo.

—Ya sé lo que es. Sé lo que es teóricamente. Pero saberlo y verlo no es lo mismo, y ahora mismo mi cuerpo está bastante convencido de que si miro hacia arriba me voy a caer. Lo cual no tiene ningún sentido, pero...

—Vértigo inverso —dijo una voz a su izquierda, y ambas se giraron para encontrar a Lena de pie a pocos metros, con el pelo recogido en esa trenza práctica que Iska le había visto el día anterior y una expresión que era lo más cercano a la calma que había visto en el grupo—. He leído sobre eso en los archivos técnicos. Se llama agorafobia, miedo a los espacios abiertos. Bastante común en personas que han vivido en entornos cerrados. El cerebro interpreta la ausencia de techo como caída potencial y activa la respuesta de vértigo.

Bryn la miró con una mezcla de gratitud por la explicación racional y de irritación por ser diagnosticada.

—¿Y tú no lo sientes? —preguntó.

Lena levantó los ojos hacia el cielo durante unos segundos, evaluándolo con esa mirada pragmática que Iska ya empezaba a reconocer como su modo por defecto.

—Sí. Pero soy técnica de sistemas. Estoy acostumbrada a trabajar en espacios irregulares. Supongo que mi cerebro tiene más flexibilidad para procesar configuraciones nuevas.

—Felicidades —respondió Bryn con sequedad.

Lena casi sonrió.

—No es tan grave como parece. El cerebro se adapta en dos o tres días. Lo peor son las primeras horas con el cielo despejado, si es que lo vemos despejado en algún momento.

Se marchó sin ceremonias hacia donde Hale estaba organizando a un grupo de cuatro personas para explorar el perímetro ampliado, y Bryn e Iska se quedaron de pie juntas mirando al campamento que empezaba a despertar, cincuenta y una personas arrastrándose fuera de sacos de dormir con expresiones que iban desde el aturdimiento hasta el terror pasando por una curiosidad cautelosa que nadie se atrevía a expresar abiertamente.

El sol apareció entre la cobertura de nubes una hora después, no completo sino como una presencia difusa que iluminaba el paisaje con una luz que Iska nunca habría podido imaginar. No era la luz de Coreline, calibrada y uniforme, distribuida en frecuencias óptimas para el funcionamiento humano. Era algo vivo, que se movía cuando las nubes se desplazaban, que creaba sombras donde antes no las había y que transformaba los colores del bosque en algo más

rico, más complejo de lo que cualquier pantalla habría podido reproducir. Iska sintió que los ojos le dolían, no de forma aguda sino como un músculo que se usa por primera vez después de años de inactividad, como si sus pupilas estuvieran aprendiendo a procesar una cantidad de información visual para la que no habían sido entrenadas.

Bryn seguía sin mirar hacia arriba. Se había sentado contra el tronco del árbol, con las rodillas dobladas y las manos cruzadas sobre ellas, e Iska notó el temblor en sus dedos antes de que Bryn tuviera tiempo de esconderlo.

Se sentó a su lado. No frente a ella, donde Bryn habría tenido que mirarla y mantener una expresión que la delatara, sino al lado, hombro con hombro, repitiendo esa configuración que se había convertido en el idioma físico entre ambas: presencia sin exigencia, contacto sin invasión.

—Puedes no mirarlo todavía —dijo Iska—. No tienes que verlo todo el primer día.

—Tengo que funcionar. Soy la única sanitaria del grupo. Si alguien se lesiona y yo estoy paralizada mirando el suelo...

—Entonces te aviso y miras al paciente en lugar del cielo. No necesitas mirar arriba para coser una herida.

Bryn dejó escapar algo que podría haber sido una risa o un suspiro, ese sonido que hacía cuando su cuerpo quería reaccionar de una forma, pero su control emocional lo convertía en otra cosa.

—Odio esto —dijo en voz baja—. Odio no poder controlarlo. He pasado toda mi vida aprendiendo a controlar mis reacciones y ahora no puedo ni levantar la vista sin sentir que me caigo.

—No tienes que controlarlo. Solo tienes que acostumbrarte.

—Eso no lo dice la técnica de sistemas. Eso lo dices tú.

—Yo también soy técnica.

—Tú eres muchas cosas, Iska, pero predecible no es una de ellas.

Iska no respondió porque no hacía falta, porque el tono de Bryn había cambiado ligeramente, alejándose del miedo hacia algo más parecido a la irritación familiar que usaba cuando Iska decía cosas que la desarmaban, y la irritación era territorio conocido, era algo que ambas sabían navegar.

Hale llamó al grupo a reunirse poco después, organizando la marcha del día con instrucciones que nadie le había pedido, pero que la mayoría seguía porque seguir instrucciones era más fácil que tomar decisiones propias cuando el mundo había dejado de tener paredes. Iska se levantó, se cargó la mochila y extendió la mano hacia Bryn para ayudarla a ponerse de pie.

Bryn miró la mano durante un segundo más de lo necesario antes de tomarla, y cuando se levantó no la soltó inmediatamente. Sus dedos se quedaron entrelazados durante dos, tres, cuatro segundos mientras el grupo empezaba a formar la columna de marcha, y luego Bryn separó su mano con un gesto que pretendía parecer práctico, como si necesitara ajustarse las correas de la mochila, pero que ambas sabían que era otra cosa.

Caminaron. El sendero descendía y el bosque se cerraba a su alrededor, y Bryn mantenía la mirada al frente, en la espalda de la persona que iba delante, en el suelo irregular, en cualquier cosa que tuviera bordes definidos y distancias calculables. Pero Iska notó el momento exacto en que su mano derecha se movió hacia el costado, buscando algo sin mirarlo, y encontró la correa lateral de la

mochila de Iska, enganchando dos dedos en ella con un gesto que podía parecer accidental, pero que mantuvo durante el resto de la mañana, como si necesitara esa conexión física con algo conocido para poder seguir avanzando hacia todo lo que no lo era.

Iska no lo mencionó. No giró la cabeza, no miró hacia abajo, no hizo nada que convirtiera ese gesto en algo que tuviera que nombrarse o justificarse. Simplemente ajustó su ritmo al de Bryn, acortando ligeramente el paso para que la distancia entre ambas se mantuviera constante, y siguió caminando por un mundo que era más grande, ruidoso y hermoso de lo que nadie en Coreline había sabido describir.

CAPÍTULO 12

La carretera apareció al tercer día de marcha, cuando el sendero técnico se aplanó lo suficiente como para que el bosque se abriera y dejara ver una franja de asfalto agrietado que cortaba el paisaje. Bryn la reconoció antes de saber qué era, no por haberla visto nunca sino por los archivos que había estudiado en Coreline: superficie lisa y oscura, líneas blancas desvaídas en los bordes, anchura suficiente para dos vehículos en paralelo. Una carretera secundaria, de las que conectaban pueblos pequeños con ciudades que probablemente ya no existían.

Hale se detuvo en el borde y levantó una mano para que el grupo parara, un gesto que ya había adoptado como propio, aunque nadie le hubiera otorgado autoridad formal sobre nada.

—Seguimos por la carretera —dijo, señalando hacia la derecha, donde el asfalto se curvaba siguiendo el contorno de la montaña—. Es más rápido que el bosque y podemos ver venir lo que sea que venga.

—También pueden vernos a nosotros —dijo Iska desde la tercera fila, con ese tono que Bryn ya reconocía como preludio de una discusión.

Hale la miró por encima de las cabezas que los separaban.

—¿Y quién va a vernos exactamente? No hemos encontrado nada vivo en tres días excepto pájaros.

—No hemos encontrado nada vivo que hayamos identificado. Eso no significa que no haya nada.

—La chica experta en mantenimiento dando lecciones de exploración —Hale sonrió de esa forma que usaba cuando quería que algo sonara a broma sin dejar de ser condescendiente—. ¿Has salido alguna vez de un conducto de ventilación?

—¿Has salido tú alguna vez de Coreline?

El silencio que siguió fue incómodo de una forma que afectó a todo el grupo. Bryn vio cómo varias personas intercambiaban miradas, cómo Lena observaba el intercambio desde un lateral con esa expresión impasible que no revelaba de qué lado estaba, cómo la mandíbula de Hale se endurecía de la misma forma que se endurecía la de Rourke cuando alguien cuestionaba su autoridad en los calabozos.

—Vamos por la carretera —repitió Hale, ya sin sonrisa—. Es una decisión práctica, no un debate.

El grupo se movió porque eso era lo que hacía el grupo: seguir al que hablaba más alto mientras nadie ofreciera una alternativa concreta. Bryn caminó junto a Iska sin hacer comentarios sobre el intercambio, aunque sentía la tensión irradiando del cuerpo de Iska como calor de una tubería sobrecargada.

—No va a escucharte —dijo Bryn cuando se habían alejado lo suficiente de Hale—. No es el tipo de persona que escucha.

—No necesito que me escuche. Necesito que no nos mate por hacer las cosas como si esto fuera un pasillo de Coreline.

—No puedes controlarlo.

—No intento controlarlo. Intento que no nos exponga a todos en una carretera abierta donde somos cincuenta y un blancos móviles.

Bryn no respondió porque Iska tenía razón y porque decirle que tenía razón no iba a cambiar la situación. Hale seguiría tomando decisiones basadas en una confianza que no estaba respaldada por experiencia, y el grupo seguiría obedeciéndolo porque obedecer era más fácil que pensar.

Caminaron por la carretera durante dos horas. El asfalto estaba roto en secciones donde las raíces de los árboles habían levantado la superficie, creando escalones irregulares que dificultaban la marcha y que obligaban a mirar al suelo constantemente. Había coches. El primero apareció después de media hora, un vehículo que Bryn reconoció vagamente por las imágenes de los archivos pero que en persona era más pequeño de lo esperado, más oxidado, con la pintura convertida en una cáscara que se desprendía en láminas y las ventanas opacas por décadas de exposición. Había más adelante, algunos solos, otros agrupados en lo que parecía haber sido un atasco que nunca se resolvió, y dentro de algunos Bryn pudo ver formas que prefirió no examinar demasiado de cerca.

Iska se adelantó. No de forma dramática, no como una escapada, sino con esa incapacidad suya para mantener un ritmo que no fuera el suyo propio, acelerando el paso cuando algo captaba su atención, desviándose hacia los márgenes de la carretera para examinar algo que había visto entre la vegetación, poniendo distancia entre ella y el grupo con una naturalidad que indicaba que no era consciente de estar haciéndolo.

Bryn la vio alejarse cinco metros, luego diez, luego quince, y sintió esa presión en el pecho que se estaba convirtiendo en algo

crónico desde que habían salido de Coreline, esa necesidad de saber exactamente dónde estaba Iska en todo momento, de no perderla de vista ni siquiera durante los segundos que tardaba en rodear un coche abandonado o en agacharse para mirar algo en el suelo.

—Iska —la llamó, y su voz sonó más tensa de lo que pretendía.

Iska se giró, ya a veinte metros del grupo, junto a algo que parecía una estructura baja medio oculta por la vegetación.

—Bryn, ven a ver esto.

—Vuelve al grupo.

—Es un área de descanso. Tiene techo. Bueno, medio techo. Ven.

Bryn miró hacia Hale, que seguía avanzando con la cabeza de la columna sin haberse percatado de que dos personas se habían salido de la formación, y luego miró a Iska, que ya estaba entrando en la estructura sin esperar respuesta. Maldijo entre dientes, algo que no hacía nunca porque maldecir era perder el control verbal, y se salió de la columna para seguirla.

El área de descanso era una construcción pequeña de hormigón con un tejado parcialmente derrumbado que dejaba entrar luz y lluvia por la mitad izquierda. Había una mesa de piedra volcada, restos de lo que podían haber sido bancos, y en una pared un panel metálico con un mapa que el óxido había vuelto ilegible excepto por fragmentos que Bryn no podía interpretar sin contexto.

—Mira —dijo Iska, señalando el mapa—. Si esto es una carretera comarcal, debería haber indicaciones de distancia. Podríamos saber cuánto queda hasta el siguiente punto habitado.

—El siguiente punto habitado lleva ochenta años abandonado.

—Abandonado, no inexistente. Un pueblo tiene estructuras, refugios, quizá suministros que no se hayan deteriorado del todo. Es mejor que dormir a la intemperie.

—No sabemos qué hay en esos pueblos.

—No sabemos qué hay en ningún sitio. Esa es literalmente nuestra situación. Pero un mapa es información, y la información es lo único que tenemos a nuestro favor.

Bryn se acercó al panel. Iska tenía razón, como casi siempre que discutían sobre cuestiones prácticas: la información era valiosa, y un mapa, aunque parcial, era más de lo que tenían. Pero lo que la irritaba no era el mapa ni la lógica impecable de Iska. Lo que la irritaba era que Iska se había alejado del grupo sola, sin avisar, sin pensar en lo que podía haber dentro de una estructura que llevaba décadas cerrada, sin considerar que si algo salía mal a veinte metros de la columna nadie la habría oído pedir ayuda.

—La próxima vez —dijo Bryn, estudiando los fragmentos legibles del mapa con más atención de la que realmente necesitaba para no mirar a Iska directamente—, avisa antes de salir de la formación.

—No es una formación. Es un grupo de personas caminando por una carretera.

—Sabes a qué me refiero.

—Sé que te preocupas. Pero también sé que no puedo explorar si no me separo del grupo, y alguien tiene que explorar porque Hale no va a hacerlo. Hale va a caminar en línea recta hasta que algo lo detenga, y para entonces puede ser demasiado tarde.

Bryn dejó de mirar el mapa.

—¿Demasiado tarde para qué?

Iska se encogió de hombros, un gesto que pretendía ser casual pero que no lo era del todo.

—Para encontrar alternativas. Para saber qué hay a los lados de la carretera además de bosque. Para tener un plan B si el plan A de Hale resulta ser tan malo como parece.

—Hale no tiene un plan A. Hale tiene una dirección y un ego.

—¿Ves? Tú también lo ves. Entonces deja de pedirme que me quede pegada al grupo y empieza a ayudarme a buscar opciones.

Era difícil argumentar contra eso, y Bryn lo sabía, e Iska sabía que Bryn lo sabía, y ese conocimiento mutuo hizo que el silencio entre ambas se llenara de una negociación tácita que no necesitó más palabras: Iska exploraría, Bryn la acompañaría, y ambas mantendrían al grupo lo suficientemente cerca como para no quedar aisladas.

Volvieron a la columna antes de que Hale notara su ausencia, lo cual decía más sobre la atención de Hale al grupo que sobre la discreción de ellas. Lena las miró cuando se reincorporaron, con esa expresión que era como un escáner silencioso.

—¿Algo útil? —preguntó sin alterar el ritmo de su marcha.

—Un área de descanso con un mapa parcial —respondió Iska—. No he podido leer mucho, pero la carretera parece ir hacia un valle. Si hay un valle, hay agua.

—El agua es buena.

—El agua es lo único que no llevamos en las mochilas para más de una semana.

Lena asintió una vez, procesando la información, y volvió a su silencio habitual. Bryn observó el intercambio con la conciencia de que se estaba formando algo parecido a una red paralela al liderazgo

de Hale, una estructura informal donde la información fluía entre tres personas que habían decidido, sin decirlo en voz alta, que fiarse de Hale no era una estrategia de supervivencia viable.

La tarde trajo el primer indicio de que no estaban solos.

Fue Iska quien lo vio, porque Iska miraba en todas las direcciones mientras caminaba, con esa inquietud que en Coreline era un defecto pero que aquí se convertía en una ventaja. Se detuvo de golpe, agarrando el brazo de Bryn con una fuerza que la hizo tropezar.

—Para. No te muevas.

—¿Qué...?

—Los árboles. A la izquierda. Mira los troncos.

Bryn miró. Le costó varios segundos ver lo que Iska había detectado al instante, porque sus ojos todavía estaban aprendiendo a leer un paisaje que no tenía las líneas rectas ni los ángulos predecibles de Coreline. Marcas en la corteza. No aleatorias, no naturales: rasguños profundos y paralelos que recorrían los troncos a una altura de metro y medio aproximadamente, arrancando la corteza en tiras que se rizaban hacia fuera como piel levantada.

—Garras —dijo Iska en voz baja.

—No sabes eso. Podría ser cualquier cosa. Animales.

—Las garras son de animales, Bryn.

—Quiero decir, animales normales. Osos, o lo que sea que haya aquí.

—¿A metro y medio de altura? ¿En todos los troncos de la misma zona? Esto no es un animal rascándose. Esto es un animal marcando territorio.

Bryn sintió el frío instalarse en su estómago de una forma que no tenía nada que ver con la temperatura exterior. Recordó los informes que había leído en Coreline, los reportes de radio de grupos anteriores que mencionaban criaturas sin nombre específico, alteraciones neurológicas que la radiación había causado en la fauna durante ochenta años de exposición sin control. El Consejo los llamaba alterados, un término deliberadamente vago que no describía nada concreto porque describir requería conocimiento y el Consejo prefería la ignorancia controlada al miedo informado.

—Deberíamos decírselo a Hale —dijo Bryn.

—Hale va a decir que son marcas viejas y que sigamos avanzando.

—Probablemente. Pero si no le decimos nada y luego pasa algo...

Iska la miró con una expresión que mezclaba frustración y algo más suave debajo.

—Vamos.

Se adelantaron hasta la cabeza de la columna, donde Hale caminaba con esa zancada amplia que convertía cada paso en una declaración de intenciones. Bryn habló porque sabía que Hale toleraba mejor la información cuando venía de alguien que no fuera Iska.

—Hay marcas en los árboles a nuestra izquierda. Parecen recientes. Podrían ser de animales grandes.

Hale miró hacia donde Bryn señalaba, entornando los ojos como si el esfuerzo de enfocar fuera una concesión que hacía a regañadientes.

—Animales hay en todas partes. Llevamos tres días viendo pájaros y escuchando cosas en el bosque por la noche.

—Esto es diferente —intervino Iska—. Son marcas de garras a metro y medio. Consistentes en múltiples troncos. Algo grande pasó por aquí y dejó señales deliberadas.

—¿Deliberadas? —Hale se giró hacia ella con esa sonrisa que usaba como herramienta de descarte—. ¿Ahora eres experta en comportamiento animal además de en tuberías?

—No necesito ser experta para ver que algo con garras lo bastante grandes como para arrancar corteza a la altura de mi cara pasó por el mismo sitio por donde estamos caminando nosotros.

—Hace cuánto, ¿un mes? ¿Un año? No tienes forma de saberlo. Las marcas podrían ser de hace una década.

—La corteza arrancada todavía está húmeda —dijo Bryn, y lo dijo con el tono que usaba en la enfermería cuando un guardia cuestionaba su diagnóstico—. No soy bióloga, pero la madera expuesta oscurece con el tiempo. Esa madera es clara. Las marcas son recientes.

Hale la miró y por un momento algo en su expresión se ajustó, un recálculo que indicaba que la información médica le resultaba más difícil de descartar que la opinión de una técnica de mantenimiento de diecinueve años.

—¿Qué sugieres? —preguntó, y en su voz había condescendencia, pero también una pregunta real debajo.

—Que dejemos la carretera antes del anochecer. Que busquemos un punto elevado con menos vegetación donde tengamos visibilidad. Si hay algo grande en esta zona, estar en una carretera rodeada de bosque nos convierte en un blanco fácil.

—Dejar la carretera significa volver al bosque. Avance más lento, más riesgo de lesiones, menos visibilidad.

—Menos visibilidad para nosotros —dijo Iska—. Pero también menos visibilidad para lo que sea que hizo esas marcas.

Hale se quedó en silencio durante varios pasos, y Bryn pudo ver el cálculo detrás de sus ojos, la evaluación de si ceder ante la sugerencia de dos mujeres a las que no consideraba autoridades erosionaría su posición frente al grupo.

—Seguimos por la carretera hasta que encontremos un punto alto accesible —decidió finalmente—. Si hay algún lugar adecuado antes de que oscurezca, acampamos ahí. Si no, nos quedamos en la carretera con vigilancia reforzada.

No era lo que Bryn había pedido, pero era más de lo que esperaba conseguir. Volvieron a su posición en la columna mientras Hale aceleraba el paso, y Bryn notó que el grupo se había compactado durante la discusión, que la gente caminaba más cerca la una de la otra, con las cabezas girando hacia el bosque cada pocos segundos.

—Ha cedido a medias —murmuró Iska cuando estuvieron fuera del alcance de Hale.

—Ha cedido lo que su ego le permite. Es más de lo que hizo cuando le dijiste lo de la carretera abierta.

—Porque se lo has dicho tú. A mí no me escucha.

—Te escucha perfectamente. Solo que no le gusta lo que oye.

—Eso es peor. Si no me escuchara podría seguir hablando sin importarle. Si me escucha y me ignora de todas formas, es que ha decidido que tiene razón y que el riesgo le da igual.

Bryn no tenía respuesta para eso porque Iska acababa de describir exactamente el tipo de persona que más la preocupaba en una situación de supervivencia: alguien que procesaba la información, pero la descartaba cuando contradecía su narrativa. Hale no era estúpido. Hale era peligroso de una forma mucho más sutil que la estupidez.

Caminaron en silencio durante un rato, sus pasos sincronizados sin que ninguna de las dos lo decidiera conscientemente, y Bryn se descubrió mirando hacia el bosque cada pocos metros, buscando más marcas en los troncos, más indicios de que algo grande había pasado por allí recientemente. No encontró nada, lo cual debería haberla tranquilizado, pero que en realidad empeoró la sensación, porque la ausencia de marcas significaba o que habían dejado atrás la zona de actividad o que lo que fuera que las había hecho se movía, y si se movía podía estar en cualquier parte.

—Iska —dijo Bryn sin mirarla, manteniendo la vista en los árboles.

—¿Sí?

—Cuando explores, cuando te adelantes o te separes del grupo para mirar algo... Avísame. No me pidas permiso, no esperes a que te diga que sí. Solo dime adónde vas.

—¿Para que puedas seguirme?

—Para que pueda encontrarte si pasa algo.

Iska no respondió de inmediato, y cuando Bryn finalmente giró la cabeza para mirarla, encontró una expresión que no supo clasificar: no era gratitud exactamente, ni irritación, ni esa ternura que a veces aparecía en los ojos de Iska cuando Bryn decía algo que revelaba más de lo que pretendía. Era algo más quieto, más

profundo, como si Iska estuviera guardando esas palabras en algún lugar donde pudiera encontrarlas más tarde.

—De acuerdo —dijo Iska—. Te aviso.

—Gracias.

—Bryn.

—¿Sí?

—Lo mismo aplica para ti. Si necesitas algo, si te pasa algo, si el vértigo vuelve o si ves algo que no te gusta... dímelo. No lo proceses sola. No hagas eso de guardártelo todo y fingir que estás bien cuando no lo estás.

Bryn sintió algo aflojarse en su pecho ante la simetría de la petición, ante el reconocimiento de que esto no era protección unidireccional sino algo más equilibrado, más honesto.

—De acuerdo.

Siguieron caminando, hombro con hombro, y por primera vez desde que habían salido de Coreline, Bryn sintió que la enormidad del cielo sobre ellas era ligeramente menos aplastante, no porque hubiera cambiado sino porque la persona a su lado hacía que el espacio pareciera más manejable, como si la presencia de Iska redujera la escala del mundo a algo que podía abarcar sin desmoronarse.

No encontraron un punto elevado antes del anochecer. Hale decidió acampar en un ensanchamiento de la carretera junto a dos coches abandonados que ofrecían algo parecido a un parapeto, y el grupo se instaló con la eficiencia nerviosa de quien sabe que el entorno ha cambiado, aunque no pueda nombrar exactamente cómo. La vigilancia se duplicó, cuatro personas por turno en lugar de dos, y Bryn notó que nadie discutió la decisión, que las marcas en

los árboles habían hecho lo que sus palabras no habían conseguido: convertir lo desconocido en algo concreto que justificaba el miedo.

Iska extendió su saco junto al de Bryn, como la noche anterior, como si cualquier otra opción fuera inconcebible. Se metieron en los sacos con la oscuridad cerrándose sobre el campamento y el sonido del viento trayendo ruidos que Bryn no sabía clasificar, crujidos y susurros que podían ser ramas o podían ser otra cosa.

—¿Bryn?

—Dime.

—Las marcas. ¿Crees que estamos en peligro real?

Bryn miró hacia la oscuridad del bosque, donde no podía ver nada, pero donde sabía que algo vivía, algo con garras y con la costumbre de dejar señales en los árboles.

—Creo que estuvimos en peligro real desde el momento en que cruzamos esa puerta. Las marcas solo lo hacen más específico.

—¿Tienes miedo?

—Sí. ¿Tú?

—También. Pero es un miedo diferente al de la celda. Este tiene... dirección. Puedo hacer algo con él.

—¿Cómo qué?

—Como estar atenta. Como vigilar. Como asegurarme de que cuando llegue lo que sea que llegue, estemos preparadas.

Bryn no corrigió el plural. No dijo nosotras en voz alta, pero el pronombre estaba allí, en el espacio entre sus sacos de dormir, en la forma en que Iska había dicho estemos en lugar de esté, y Bryn lo aceptó sin cuestionarlo porque cuestionarlo habría requerido fingir que no eran exactamente lo que eran: dos personas que habían

dejado de funcionar como individuos separados sin haberlo decidido conscientemente.

Iska se durmió primero otra vez, con esa capacidad suya para soltar el día y dejarlo ir cuando el cuerpo necesitaba descansar. Bryn se quedó despierta, escuchando la noche, escuchando la respiración de Iska a su lado, y en algún momento su mano encontró la de Iska en ese espacio entre los sacos y esta vez fue Bryn quien entrelazó los dedos primero, Bryn quien buscó ese contacto que la anclaba a algo conocido en un mundo que no conocía en absoluto.

Y se quedó así, con los ojos abiertos en la oscuridad y la mano de Iska en la suya, vigilando un perímetro que no podía ver pero que sentía con cada nervio de su cuerpo, pensando que mañana tendrían que hablar sobre Hale, sobre las marcas, sobre un plan que no dependiera de la confianza ciega de un hombre que confundía liderazgo con control.

CAPÍTULO 13

Los alterados llegaron con la lluvia.

No hubo aviso, o si lo hubo Bryn no supo leerlo porque su cerebro todavía estaba aprendiendo a interpretar un mundo donde las amenazas no venían precedidas de pasos en pasillos de roca ni de puertas que se abrían con un sonido metálico predecible. Un momento el grupo caminaba por la carretera bajo una llovizna fina que había empezado al amanecer y que convertía el asfalto en una superficie resbaladiza, y al siguiente alguien gritó desde la retaguardia, un sonido agudo y breve que se cortó de golpe como si lo hubieran arrancado del aire.

Bryn se giró. Todo el mundo se giró. Y lo que vio no se parecía a nada que hubiera imaginado, por mucho que los informes del Consejo hubieran intentado prepararlos con descripciones clínicas y protocolos de actuación que ahora parecían una broma cruel escrita por gente que nunca había visto lo que estaba describiendo.

Eran personas. Eso fue lo primero que registró su cerebro y lo que hizo que todo lo demás fuera peor: que habían sido personas. Las proporciones eran humanas, las extremidades tenían la longitud y la articulación correctas, pero todo lo demás estaba distorsionado de formas que no encajaban en ninguna categoría que Bryn conociera. La piel era de un tono grisáceo, casi translúcido en

algunas zonas, tirante sobre los huesos como si hubiera perdido la elasticidad que la mantenía unida al músculo. Se movían encorvados, con una velocidad que contradecía su apariencia deteriorada, y hacían un sonido que Bryn solo podía describir como respiración rota, un jadeo continuo y húmedo que resonaba contra el asfalto mojado.

Eran cinco. Salieron del bosque por la izquierda de la carretera, tres por delante y dos por detrás, en un movimiento que podía ser coordinado o simplemente convergente, y el grupo de cincuenta y una personas se fragmentó en cuestión de segundos con la eficiencia del pánico.

—¡Atrás! —gritó Hale desde la cabeza de la columna, y su voz sonó diferente de la que usaba para dar órdenes rutinarias, más aguda, con un filo que indicaba que esto no era lo que esperaba—. ¡Formad un grupo compacto, espalda con espalda!

Nadie formó nada. La gente corría en direcciones opuestas, tropezando con mochilas abandonadas en el suelo, resbalando en el asfalto mojado, chocando entre sí en un caos que hacía imposible distinguir quién se movía con propósito y quién solo huía.

—Bryn —la voz de Iska a su lado, firme, urgente—. Hacia los coches.

Bryn no se movió.

Sabía que tenía que moverse. Su cerebro le enviaba instrucciones claras, detalladas, priorizadas: alejarse de la amenaza, buscar cobertura y evaluar el entorno. Pero entre la instrucción y la ejecución había un vacío que no sabía cómo cruzar, como si la señal entre su mente y sus piernas se hubiera cortado de golpe, como si su cuerpo hubiera decidido que quedarse inmóvil era más seguro

que moverse hacia cualquier dirección en un mundo donde todas las direcciones eran peligrosas.

—¡Bryn!

Iska la agarró del brazo y tiró de ella hacia los coches abandonados que bordeaban la carretera, esos esqueletos de metal oxidado que llevaban ochenta años pudriéndose al sol y a la lluvia. Bryn se dejó arrastrar, sus piernas moviéndose por inercia más que por voluntad, y cuando su espalda chocó contra la puerta de un vehículo cuya pintura había desaparecido hacía décadas, sintió el impacto como algo lejano, amortiguado, como si estuviera observándose desde fuera.

—Quédate aquí —dijo Iska, agachándose junto a ella detrás del coche—. No te muevas.

—Iska, no...

—No te muevas.

—No salgas ahí. Por favor —las palabras salieron con una desesperación que Bryn habría encontrado humillante en cualquier otra circunstancia—. Quédate aquí conmigo. No salgas.

Iska la miró, y en ese instante Bryn vio el cálculo detrás de sus ojos, esa evaluación rápida que Iska hacía antes de tomar decisiones que sabía que iban a ser malas pero que tomaba de todas formas.

—Hay gente ahí fuera que no ha encontrado dónde esconderse —dijo Iska—. No puedo quedarme aquí.

—Sí puedes. Sí puedes quedarte aquí. Iska, por favor.

—Vuelvo. Te lo prometo.

Se fue antes de que Bryn pudiera detenerla, incorporándose desde detrás del coche y corriendo hacia el caos con una determinación que parecía imposible en alguien de su edad, en

alguien que hasta hacía cuatro días no había visto nunca el cielo. Bryn se quedó donde estaba, agazapada detrás del coche con las manos temblando y la espalda presionada contra el metal frío, escuchando los gritos y los sonidos de algo que no quería imaginar y sintiendo una vergüenza tan intensa que le quemaba por dentro, porque esto era exactamente lo que siempre había temido ser: alguien que se paralizaba cuando importaba, que se escondía mientras otros actuaban, que toda su cautela y su control no servían para nada cuando el mundo dejaba de tener reglas.

Los sonidos eran lo peor. No los gritos humanos, que al menos eran algo que reconocía, sino ese jadeo húmedo de los alterados, ese respirar roto que se acercaba y se alejaba en patrones que no podía predecir. Bryn cerró los ojos y contó respiraciones como hacía cuando necesitaba estabilizarse, pero las respiraciones que contaba no eran solo suyas, eran las de las criaturas que podía oír a metros de distancia, y su ritmo era errático, animal, sin la cadencia regular que pudiera usar como ancla.

Abrió los ojos. A través del hueco entre los coches podía ver fragmentos de lo que estaba pasando: gente corriendo, siluetas encorvadas moviéndose con esa velocidad antinatural y a Hale en el centro de la carretera con un trozo de metal que había arrancado de algún sitio, blandiendo algo que parecía una barra de refuerzo, gritando órdenes que nadie seguía.

—¡No corráis! ¡Si corréis os persiguen! ¡Mantened la posición!

Y luego vio a Iska, y el miedo que sentía se transformó en algo mucho peor.

Iska estaba ayudando a una mujer a levantarse del suelo, una de las personas que habían caído durante el caos inicial, tirando de

su brazo con una mano mientras con la otra sostenía algo que podía ser una piedra o un fragmento de asfalto, algo con bordes que pudiera servir como defensa contra lo que viniera. Uno de los alterados se movió hacia ellas, arrastrando los pies por el asfalto mojado con una velocidad que desmintió su postura encorvada, y Bryn vio cómo Iska empujaba a la mujer hacia los coches y se giraba para enfrentarse a la criatura con las manos levantadas y una expresión que Bryn no reconoció, pero era la misma que había tenido cuando se interpuso entre Rourke y la trabajadora de distribución, ese instinto irrefrenable de ponerse entre el peligro y alguien más vulnerable.

El alterado fue rápido. Más rápido de lo que Bryn habría creído posible mirando su cuerpo deteriorado. Se lanzó hacia Iska con un movimiento que era mitad carrera mitad caída controlada, e Iska esquivó la primera embestida girando el cuerpo con una agilidad que debía más al instinto que a cualquier entrenamiento, pero la segunda fue demasiado rápida, demasiado cerca, y Bryn vio las garras, esas garras que habían dejado marcas en los árboles a metro y medio de altura, cruzar el espacio entre la criatura y el costado izquierdo de Iska con un movimiento que arrancó tela y algo más.

Iska cayó.

El sonido que hizo al golpear el asfalto fue lo que finalmente rompió la parálisis de Bryn, como si su cuerpo hubiera necesitado ese estímulo específico para recordar cómo funcionaban sus piernas, cómo se pasaba del pensamiento a la acción. Se levantó de detrás del coche sin pensar, sin plan, sin nada excepto la necesidad absoluta de llegar a donde Iska había caído, y corrió hacia ella

mientras el alterado se alejaba en busca de otro objetivo, distraído por el movimiento de otras personas que huían por la carretera.

—Iska —Bryn dejó caer de rodillas junto a ella, y sus manos encontraron automáticamente la herida antes de que su cerebro terminara de procesar lo que estaba viendo—. Déjame ver.

—Estoy bien.

—No estás bien. Déjame ver.

La chaqueta térmica estaba desgarrada en el costado izquierdo, y debajo la camiseta se empapaba de rojo con una rapidez que hizo que el estómago de Bryn se contrajera. Apartó la tela con manos que ya no temblaban, porque esto era lo suyo, esto era la enfermería, esto era curar, coser y contener daños, y su cuerpo sabía hacerlo incluso cuando el resto de ella se estaba desmoronando.

Tres cortes paralelos, profundos, pero no tanto como había temido, que recorrían el costado desde la cadera hasta las costillas inferiores. Sangraban mucho, como sangraban siempre las heridas superficiales extensas, pero no había pulsación arterial ni la profundidad suficiente como para comprometer órganos internos. Bryn lo evaluó en segundos, con esa parte de su cerebro que funcionaba mejor bajo presión que en calma.

—No es tan grave como parece —dijo, sacando del bolsillo la gasa comprimida que llevaba encima desde que habían salido de Coreline—. Pero necesito presionar. Va a doler.

—Todo duele siempre —respondió Iska, y la frase era la misma que había dicho en la enfermería de los calabozos la primera vez que Bryn la trató, y escucharla aquí, en esta carretera mojada rodeadas

de caos, hizo que algo en el pecho de Bryn se apretara de una forma que no tenía nada que ver con la medicina.

Presionó la gasa contra los cortes e Iska siseó entre dientes, pero no se apartó, no se quejó, mantuvo esa quietud forzada que Bryn ya conocía, esa capacidad para contener el dolor que era admirable y aterradora a partes iguales. A su alrededor los sonidos del ataque estaban cambiando, los gritos se hacían menos frecuentes y los movimientos más dispersos, como si los alterados estuvieran perdiendo interés o el grupo estuviera consiguiendo reagruparse.

—¡No os alejéis! —La voz de Hale atravesó el ruido y cuando Bryn levantó la vista lo vio en el centro de la carretera, con la barra de metal en las manos y sangre que no parecía suya en el uniforme —. ¡Hay que acabar con ellos! ¡Si los dejamos ir van a volver!

—Está loco —murmuró Iska desde el suelo, girando la cabeza hacia donde Hale blandía la barra contra un alterado que ya se estaba retirando hacia el bosque—. Se están yendo. No hay que perseguirlos.

—¡Que alguien me ayude! —gritó Hale—. ¡Si no los eliminamos ahora van a seguirnos!

Tres personas se movieron hacia él, contagiadas por la urgencia de su voz o simplemente demasiado asustadas para desobedecer. Bryn los vio avanzar hacia el borde del bosque donde los alterados se replegaban, y supo con una certeza que no podía justificar racionalmente, pero que sentía en el estómago, que aquello era un error, que perseguir a criaturas que conocían el terreno hasta el interior de un bosque denso donde la visibilidad se reducía a metros era exactamente el tipo de decisión que mataba a la gente.

—¡Hale! —gritó Bryn, y su voz sonó más fuerte de lo que esperaba, cargada de una autoridad que no sabía que tenía—. ¡Para! ¡Se retiran, déjalos ir!

Hale no la escuchó, o no quiso escucharla. Entró en el bosque con la barra levantada y los tres que lo seguían detrás, y la vegetación se los tragó en cuestión de segundos, cerrándose sobre ellos como si nunca hubieran estado allí.

—Mierda —dijo Iska, intentando incorporarse.

—No te muevas.

—Bryn, van a...

—Tú no te muevas. No puedo hacer nada por Hale si estás sangrando en el suelo.

Iska la miró con una expresión que era rabia, impotencia y dolor mezclados, pero se quedó donde estaba, y Bryn siguió presionando la gasa contra su costado mientras escuchaba los sonidos que venían del bosque: ramas rompiéndose, gritos amortiguados por la vegetación, y luego un sonido que no se parecía a nada humano, algo entre aullido y estertor que hizo que el grupo entero se quedara paralizado en la carretera.

Luego silencio.

Un silencio que se extendió durante segundos que parecieron horas, roto solo por la lluvia y la respiración agitada de cuarenta y tantas personas que intentaban entender qué acababa de pasar.

Dos de los tres que habían seguido a Hale volvieron corriendo del bosque. El primero tropezó con una raíz al salir y cayó al asfalto. La segunda se detuvo en el borde de la carretera, mirando hacia atrás con los ojos desorbitados.

—¿Hale? —preguntó alguien.

La mujer negó con la cabeza. No dijo nada más. No hacía falta.

Lena apareció junto a Bryn e Iska con una eficiencia que indicaba que había estado evaluando la situación desde algún punto de cobertura mientras los demás entraban en pánico.

—¿Cómo está? —preguntó mirando a Iska.

—Herida superficial extensa. Necesito limpiarla y suturarla, pero no es crítica —respondió Bryn sin apartar las manos de la gasa—. ¿El resto del grupo?

—Tres heridos leves aparte de ella. Dos personas desaparecidas, no sé si han huido o si los alterados... —Lena no terminó la frase—. Y Hale.

—Hale está muerto —dijo Iska desde el suelo, y lo dijo con una certeza que no dejaba espacio para la esperanza.

Lena asintió una vez.

—¿Qué hacemos?

La pregunta iba dirigida a ambas, o quizá a ninguna en particular, pero el hecho de que Lena la hiciera significaba que el vacío de liderazgo que la muerte de Hale dejaba necesitaba llenarse ahora, inmediatamente, antes de que el pánico del grupo se convirtiera en desintegración.

—Nos movemos —dijo Bryn, sorprendiéndose a sí misma—. Dejamos la carretera ahora. Nos metemos en el bosque por el lado contrario al que fueron Hale y los alterados, buscamos terreno elevado y nos reagrupamos allí.

—Bryn tiene razón —apoyó Iska—. Si los alterados vuelven, la carretera es una trampa. Necesitamos cobertura y altura.

Lena las miró a las dos durante un segundo, asintió y se fue a organizar al grupo con esa competencia silenciosa que Bryn estaba

empezando a considerar el recurso más valioso que tenían.

Cuando se quedaron solas, Bryn levantó la gasa para evaluar si la hemorragia se había ralentizado. Los cortes seguían sangrando, pero con menos intensidad, y la presión constante estaba haciendo su trabajo.

—Puedo caminar —dijo Iska antes de que Bryn preguntara.

—No deberías.

—No me has preguntado si debería. Te he dicho que puedo.

Bryn cerró los ojos durante un segundo, respiró hondo, y cuando los abrió miró a Iska con todo lo que estaba sintiendo visible en su expresión, sin filtros, sin la contención que normalmente usaba como armadura.

—Me he quedado paralizada —dijo—. Mientras tú estabas ahí fuera sacando a gente del camino, yo estaba escondida detrás de un coche sin poder moverme.

—Bryn...

—No me digas que está bien. No está bien. Si no hubieras estado ahí, si no me hubieras sacado de la columna...

—Pero estaba ahí.

—Y ahora estás sangrando porque estabas ahí. Porque saliste a proteger a gente mientras yo me escondía.

Iska levantó la mano que no estaba presionando su costado y la colocó sobre la muñeca de Bryn, justo donde sus dedos sostenían la gasa.

—Escúchame. Tú estás aquí ahora. Estás curándome. Estás dando las órdenes que Hale debería haber dado hace diez minutos. Te has paralizado durante el ataque, sí. Y luego te has levantado y has venido a buscarme. Eso es lo que importa.

—No es suficiente.

—Es suficiente para mí.

Bryn no supo qué decir a eso, así que hizo lo que sabía hacer: bajó la vista a la herida, evaluó el estado de la gasa, sacó material del botiquín que llevaba en la mochila y empezó a improvisar un vendaje de presión que aguantara hasta que pudiera hacer una sutura real en condiciones menos caóticas.

—Voy a vendarte lo justo para que puedas moverte —dijo, y el tono clínico volvió a su voz como un refugio conocido—. Pero esta noche necesito limpiar esto y suturar. Si se infecta aquí fuera, no tengo antibióticos suficientes para combatirlo.

—De acuerdo.

—Y vas a dejar que me quede cerca. Sin discutir, sin adelantarte y sin separarte del grupo para explorar nada.

—Bryn...

—Sin discutir, Iska.

Iska la miró durante un momento, y algo en su expresión se suavizó, no como rendición sino como reconocimiento de que Bryn necesitaba esto, necesitaba saber que podía protegerla de alguna forma después de haber fallado en hacerlo cuando importaba.

—Sin discutir —aceptó.

Bryn terminó el vendaje con manos que volvían a ser precisas, eficientes, las manos de la doctora que sabía hacer su trabajo incluso cuando todo lo demás se derrumbaba. Ayudó a Iska a ponerse de pie, sintiendo cómo se apoyaba en ella con más peso del que probablemente quería admitir, y juntas caminaron hacia donde Lena estaba reuniendo al grupo superviviente en el borde de la carretera.

La lluvia seguía cayendo. El bosque al que se habían llevado a Hale estaba en silencio. Y detrás de ellas, en el asfalto mojado, quedaban manchas oscuras que la lluvia iría diluyendo durante las próximas horas hasta que no quedara rastro de que allí había pasado algo que lo cambió todo.

CAPÍTULO 14

El recuento lo hizo Lena porque nadie más se ofreció y porque alguien tenía que hacerlo antes de que la oscuridad terminara de caer sobre el bosque donde se habían refugiado. Bryn estaba ocupada suturando el costado de Iska con el material del botiquín que no estaba diseñado para heridas de esta extensión, pero que tendría que servir, y el resto del grupo se había fragmentado en núcleos pequeños que se miraban entre sí con la desconfianza de gente que acababa de descubrir que los números no garantizaban seguridad.

—Cuarenta y seis —dijo Lena cuando volvió, sentándose junto a ellas con una rigidez que indicaba que su propia lesión era peor de lo que dejaba ver—. Tres muertos: Hale y dos más en el bosque. Dos desaparecidos que probablemente huyeron carretera arriba.

—¿Los dos que desaparecieron llevaban equipo? —preguntó Iska entre dientes mientras Bryn pasaba la aguja por el borde de un corte.

—No lo sé. No he podido confirmarlo.

—Si se fueron sin equipo, están muertos —dijo Iska—. Si se fueron con equipo, quizá no. Pero no podemos ir a buscarlos.

—No —coincidió Lena—. No podemos.

Bryn no participó en la conversación. Estaba concentrada en los puntos de sutura, contando cada uno, asegurándose de que la tensión fuera la correcta para mantener los bordes de la herida juntos sin cortar la irrigación del tejido. Eran condiciones imposibles: poca luz, material inadecuado, la paciente sentada contra un árbol en lugar de tumbada en una camilla, y las manos de Bryn funcionando con una precisión que contrastaba obscenamente con la parálisis que había sufrido hacía menos de dos horas.

—¿Cómo está tu pierna? —preguntó Iska mirando a Lena.

Lena tardó en responder, lo cual ya era respuesta suficiente.

—Funcional.

—Lena.

—Me corté con algo al caer. No sé con qué. Cristal, metal, no lo vi. Es profundo, pero no sangra mucho.

—Déjame verlo cuando termine con Iska —dijo Bryn sin levantar la vista.

—No es prioritario.

—Eso lo decido yo.

El silencio que siguió estuvo puntuado por el sonido de la aguja atravesando la piel y por la respiración controlada de Iska, que no hacía ningún sonido cuando el dolor apretaba, pero cuyos músculos se tensaban bajo las manos de Bryn de una forma que era imposible no sentir.

Bryn terminó la sutura, limpió los bordes con el antiséptico que le quedaba y aplicó el vendaje con la eficiencia de alguien que ha hecho esto cientos de veces, aunque nunca en un bosque, nunca bajo un cielo que se oscurecía por momentos, nunca con esa

necesidad feroz de que cada punto fuera perfecto porque no habría segunda oportunidad si algo salía mal.

—Hecho —dijo—. No te muevas más de lo imprescindible durante las próximas horas. Necesito que los puntos asienten antes de que hagamos cualquier cosa.

—No tenemos horas —respondió Iska—. Los alterados saben dónde estamos.

—Cruzamos la carretera y nos internamos por el lado contrario. Si no nos han seguido hasta aquí, probablemente hemos salido de su radio.

—Probablemente no es una garantía.

—No, pero es lo que tenemos.

Bryn se giró hacia Lena y señaló su pierna.

—Enséñamelo.

Lena dudó un instante antes de subirse la pernera del pantalón, revelando un corte irregular en la pantorrilla que era peor de lo que su tono casual había sugerido. Profundo, con bordes desiguales que indicaban un objeto dentado, y con los primeros signos de inflamación alrededor que a Bryn no le gustaron nada.

—Necesita limpieza a fondo y sutura —dijo Bryn—. Y antibióticos que no tengo.

—¿Cuánto antibiótico te queda?

—Suficiente para una persona durante cinco días. Quizá seis si estiro las dosis.

—Dáselo a Iska. Sus heridas son más extensas.

—Mis heridas son superficiales —interrumpió Iska—. Las tuyas son profundas y con riesgo de infección por objeto contaminado. Bryn, dale los antibióticos a ella.

—No voy a decidir esto ahora —cortó Bryn con una firmeza que sorprendió a las tres—. Primero limpio y suturo. Después evaluamos.

Trabajó en la pierna de Lena durante veinte minutos mientras el bosque se oscurecía a su alrededor y el grupo murmuraba en núcleos dispersos, conversaciones tensas que Bryn podía escuchar a medias y que giraban todas alrededor de la misma pregunta: qué hacemos ahora.

La respuesta llegó antes de que Bryn terminara.

Un hombre al que Bryn no conocía por nombre pero que reconocía de vista, delgado, treinta y tantos, con las manos todavía temblando por la adrenalina del ataque, se acercó a donde estaban las tres.

—Un grupo quiere seguir carretera abajo —dijo sin preámbulos —. Creen que hay más posibilidades en terreno abierto, donde se pueda ver venir a los alterados. Nos vamos al amanecer.

—¿Cuántos? —preguntó Lena.

—Veintidós. Quizá veinticuatro. Algunos todavía no se deciden.

—¿Y el resto?

—El resto quiere quedarse en el bosque. Alejarse de la carretera, buscar cobertura y moverse despacio.

Iska miró a Bryn.

—La carretera es una trampa. Ya lo hemos visto.

—El bosque también lo es si no puedes moverte rápido — respondió el hombre, y no lo dijo con hostilidad sino con el pragmatismo de alguien que ha calculado sus opciones y no le gusta ninguna—. No estoy aquí para discutir. Estoy aquí para preguntar si venís o no.

—No —dijo Bryn—. Iska necesita al menos un día de reposo antes de caminar distancias largas. No vamos con ningún grupo que se mueva al amanecer.

—¿Y tú? —El hombre miró a Lena.

Lena no respondió de inmediato. Bryn vio cómo evaluaba la situación con esa mirada de técnica de sistemas que procesaba variables antes de emitir un resultado: su pierna, la herida de Iska, las provisiones y el grupo que se quedaba frente al que se iba.

—Voy con vosotros —dijo Lena—. Mi pierna funciona lo suficiente para mantener el ritmo, y un grupo grande tiene más posibilidades que uno pequeño.

—Lena —empezó Iska, pero Lena la cortó con un gesto.

—No. No hagáis eso. Es la decisión correcta y las tres lo sabemos. Vosotras necesitáis parar. Yo necesito moverme antes de que la pierna se hinche y deje de poder caminar.

—La herida puede infectarse —dijo Bryn.

—Todo puede infectarse aquí fuera. Dame la mitad de los antibióticos y quédate la otra mitad para ella.

Era la solución lógica y Bryn lo sabía, y odiaba que lo fuera porque la lógica significaba dividir los recursos y dividir los recursos significaba que Lena se iría sin tratamiento completo y que Iska se quedaría sin tratamiento completo, y que ninguna de las dos tendría lo suficiente, pero al menos ambas tendrían algo.

Dividió los antibióticos en silencio, contando las pastillas con dedos que se negaban a temblar porque temblar era un lujo que no podía permitirse.

—Tres al día durante dos días —le dijo a Lena, entregándole su parte—. Con comida, nunca en ayunas. Si ves signos de infección,

líneas rojas extendiéndose desde la herida o fiebre alta, necesitas a alguien que drene y limpie. ¿Hay algún otro sanitario en el grupo de la carretera?

—No lo sé. Probablemente no.

—Entonces ten cuidado. Mucho cuidado.

Lena asintió, guardó las pastillas en el bolsillo interior de la chaqueta y se puso de pie con una mueca que intentó disimular. Se quedó mirándolas durante un momento, a Bryn arrodillada junto a Iska con las manos manchadas de sangre y antiséptico, a Iska recostada contra el árbol con el vendaje presionando su costado, y algo cruzó su expresión que podría haber sido compasión.

—Cuidadla bien —le dijo a Bryn.

—Lo haré.

Lena miró a Iska.

—Y tú deja de meterte en medio de todo lo que sea peligroso.

—Lo intentaré.

—Inténtalo de verdad. No como en Coreline.

Iska casi sonrió.

—¿Lena?

—¿Sí?

—Gracias. Por todo.

Lena no respondió con palabras. Levantó una mano en un gesto que no llegaba a ser un saludo pero que era más de lo que Bryn le había visto hacer con nadie, y se alejó hacia donde el grupo de la carretera se estaba organizando. No miró atrás. Bryn la observó desaparecer entre las siluetas que se movían en la penumbra del bosque y pensó que probablemente no volvería a verla, que este era uno de esos momentos que en Coreline no existían porque en

Coreline nadie se iba a ningún sitio, todos se quedaban, todos estaban siempre ahí, atrapados en los mismos niveles y pasillos hasta que el sorteo decidía lo contrario.

Aquí la gente simplemente se marchaba y el bosque se la tragaba.

—¿Cuántos nos quedamos? —preguntó Iska cuando Lena desapareció de vista.

Bryn contó.

—Veintidós, contándonos a nosotras. El resto se va con el grupo de la carretera.

—Veinticuatro contra veintidós. Casi exactamente por la mitad.

—La mitad que se queda tiene una sanitaria con un botiquín medio vacío y una técnica de mantenimiento que no puede moverse.

—La mitad que se va no tiene ni eso.

No había consuelo en la comparación, pero Bryn asintió porque era cierto y porque en este momento lo cierto era lo único que podían usar como base para lo que viniera después.

La noche cayó sobre el bosque con esa totalidad que Bryn todavía no había aprendido a soportar, esa oscuridad que no dejaba residuo de luz en ningún rincón y que convertía cada sonido en una amenaza potencial. El grupo que se quedaba se acomodó en un perímetro reducido entre los árboles, lo bastante cerca como para que la presencia de otros cuerpos sirviera de algo parecido a la seguridad, y Bryn se instaló junto a Iska con el botiquín abierto y la determinación de hacer la revisión completa del vendaje antes de que la luz desapareciera del todo.

—Voy a cambiar las gasas —dijo, acercándose a Iska con el material en las manos—. Necesito que te abras la chaqueta.

Iska se desabrochó la cremallera con movimientos cuidadosos, conteniendo las muecas de dolor que el estiramiento provocaba, y Bryn levantó la camiseta hasta exponer el vendaje. La sangre lo había traspasado en algunos puntos, manchas oscuras que indicaban que alguno de los cortes seguía supurando, pero no con la intensidad de las primeras horas. Retiró las gasas usadas con cuidado, inspeccionó la sutura punto por punto y se permitió un alivio mínimo al comprobar que estaba aguantando.

—¿Bien? —preguntó Iska, observándola trabajar.

—Los puntos están firmes. No veo signos de infección todavía, pero eso puede cambiar en las próximas veinticuatro horas. Te voy a dar la primera dosis de antibiótico ahora.

—¿Cuántas te quedan para mí?

—Suficientes. No te preocupes por eso.

—Bryn. ¿Cuántas?

—Nueve pastillas. Tres al día durante tres días. Es justo lo mínimo para prevenir infección en heridas abiertas.

—Entonces no hay margen.

—No. No hay margen.

Iska tomó la pastilla que Bryn le ofreció y se la tragó con un sorbo de agua de la cantimplora, haciendo una mueca que podía ser por el sabor o por el dolor de tragar con el torso vendado. Bryn colocó las gasas nuevas con una delicadeza que contrastaba con la eficiencia brusca que usaba cuando había más gente mirando, sus dedos moviéndose despacio sobre la piel de Iska, presionando solo lo justo, alisando los bordes del esparadrapo con un cuidado que iba más allá de lo médicamente necesario.

—Ya está —dijo, pero no se apartó inmediatamente. Sus manos se quedaron sobre el vendaje, las palmas planas contra el costado de Iska, sintiendo el calor de su piel a través de las gasas y el movimiento de sus costillas al respirar.

—Bryn.

—Dime.

—Estás temblando.

Era cierto. Ahora que la adrenalina del ataque había cedido, ahora que la responsabilidad médica inmediata estaba resuelta, el temblor que había contenido durante horas estaba saliendo todo de golpe, empezando por las manos y extendiéndose hacia los brazos, los hombros, todo el cuerpo reaccionando a lo que su mente había sido demasiado eficiente para procesar en tiempo real.

—No importa.

—Sí importa. Ven aquí.

—Estoy aquí.

—No. Aquí. —Iska levantó el brazo derecho, el del lado que no estaba herido, y lo extendió hacia Bryn en una invitación que no era ambigua ni sutil.

Bryn debería haber dicho que no. Debería haber cerrado el botiquín, puesto distancia profesional, mantenido la separación que le permitía funcionar como sanitaria en lugar de como persona que estaba aterrada y agotada y que llevaba cuatro días sin dormir más de dos horas seguidas. Pero no dijo que no. Se movió hacia Iska y se acomodó contra su lado derecho, con cuidado de no presionar la zona herida, y sintió cómo el brazo de Iska se cerraba alrededor de sus hombros con una firmeza que no admitía dudas.

El temblor empeoró durante unos minutos antes de empezar a ceder, como si el contacto con algo sólido y cálido hubiera dado permiso a su cuerpo para soltar todo lo que había estado conteniendo. Bryn cerró los ojos y escuchó el latido de Iska bajo su oído, irregular todavía por el dolor, pero constante, presente, vivo.

—Me he paralizado —dijo contra la tela de la chaqueta de Iska, repitiendo lo que había dicho antes porque no había dejado de pensarlo, porque cada vez que cerraba los ojos veía el momento exacto en que sus piernas dejaron de responder e Iska salió a enfrentarse a los alterados mientras ella se escondía detrás de un coche.

—Ya hemos hablado de eso.

—No. Te he dicho que me paralicé y tú me has dicho que está bien, pero no está bien, Iska. Podías haber muerto. Mientras yo estaba ahí agachada sin poder moverme, tú podías haber muerto.

—Pero no morí.

—Esas marcas en tu costado dicen que estuviste bastante cerca.

—Esas marcas dicen que estuve lo bastante lejos. Una diferencia de centímetros, pero una diferencia.

Bryn abrió los ojos y levantó la cabeza para mirar a Iska, y la proximidad de sus rostros en la oscuridad la golpeó con una intensidad que no esperaba. Estaban a centímetros, como en la celda de Coreline, como la noche del ataque de pánico, como todas esas veces en que la distancia entre ellas se había reducido hasta hacerse casi insostenible y ninguna la había cerrado del todo.

—No puedo hacer esto si te pierdo —dijo Bryn, y las palabras salieron sin filtro, sin la capa de contención que normalmente las procesaba antes de que llegaran al aire—. No puedo estar aquí

fuera, en esta superficie que no entiendo, rodeada de cosas que quieren matarnos, sin ti. No sé cuándo pasó, no sé en qué momento dejé de poder funcionar sola, pero no puedo. Y eso me aterra casi tanto como los alterados.

Iska no respondió con palabras. Levantó la mano que tenía libre y la colocó contra la mejilla de Bryn, un gesto que ya había hecho antes pero que aquí, en la oscuridad del bosque con sangre todavía bajo las uñas de ambas, tenía un peso diferente, más urgente, más honesto.

—Estoy aquí —dijo Iska—. No me he ido a ningún sitio.

—Podrías haberte ido. Esta tarde podrías haberte ido y yo habría estado detrás de ese coche sin poder moverme mientras tú...

—Bryn. Para y mírame.

Bryn la miró. Los ojos de Iska eran oscuros en la poca luz que quedaba, pero estaban ahí, fijos en los suyos con esa intensidad que Bryn había aprendido a reconocer como algo que Iska reservaba exclusivamente para ella.

—Estoy aquí —repitió Iska—. Estoy herida, estoy cansada, me duele todo y tengo miedo. Pero estoy aquí. Contigo. Y no pienso irme a ningún sitio.

Bryn no supo quién se movió primero. Probablemente ella, porque Iska estaba herida y moverse le costaba, y porque llevaba días, semanas, conteniendo algo que ya no cabía dentro de la contención. O quizá fue Iska, porque Iska nunca había sido buena en esperar a que las cosas pasaran solas. O quizá no fue ninguna, quizá fue simplemente la gravedad que llevaba semanas construyéndose entre ellas y que finalmente dejó de encontrar resistencia.

El beso fue torpe. Los labios de Bryn encontraron la comisura de la boca de Iska antes de ajustarse, e Iska hizo un sonido pequeño que podía ser dolor por el movimiento, sorpresa o algo completamente diferente. Fue breve, apenas unos segundos, los labios de una contra los de la otra con una presión que era más contacto que técnica, más necesidad que deseo y más alivio que pasión. Bryn sabía a antiséptico y a agua de cantimplora e Iska sabía a sudor, a sangre seca y a algo debajo de todo eso que era solo ella, y durante esos segundos el bosque desapareció, los alterados desaparecieron, la oscuridad dejó de ser amenaza y se convirtió en algo que las envolvía en lugar de acecharlas.

Bryn se apartó primero, no porque quisiera sino porque la realidad volvió con la fuerza de algo que llevaba rato esperando, y apoyó la frente contra la de Iska en ese gesto que se había convertido en suyo sin que ninguna lo decidiera.

—Esto lo complica todo —susurró.

—Ya estaba complicado antes —respondió Iska, y su voz tenía un temblor que no era de dolor—. Esto solo le pone nombre.

—No deberíamos.

—Probablemente no.

—Estás herida.

—Sí.

—Y estamos en un bosque rodeadas de cosas que intentaron matarnos hace unas horas.

—Sí.

—Y mañana podríamos estar muertas.

—Sí. ¿Y?

Bryn dejó escapar algo que estaba entre la risa y el sollozo, un sonido que nunca se había permitido hacer delante de nadie y que salió de todas formas porque Iska tenía razón: todo ya estaba complicado, todo ya era imposible, y negarse un momento de algo real en medio de todo lo demás era el único lujo que no podía permitirse.

—Nada —dijo—. Nada. Solo que necesitaba hacer eso desde la enfermería de los calabozos y no sé por qué he esperado tanto.

—Porque eres tú —dijo Iska, y lo dijo con una ternura que Bryn sintió como algo físico—. Porque piensas demasiado, actúas demasiado tarde y te preocupas por todo antes de permitirte nada. Y yo llevo semanas esperando a que dejaras de pensar el tiempo suficiente como para hacer exactamente lo que acabas de hacer.

—¿Semanas?

—Desde que me limpiaste el labio en la enfermería. Desde la primera vez que me tocaste la cara y fingiste que era procedimiento médico.

—Era procedimiento médico.

—Bryn.

—De acuerdo. No era solo procedimiento médico.

Iska sonrió, y Bryn sintió esa sonrisa contra su frente como algo que merecía la pena proteger, algo por lo que valía la pena haber cruzado una puerta sellada y haber salido a un mundo que intentaba matarlas.

Bryn no durmió esa noche tampoco. Pero por primera vez desde que habían salido de Coreline, no fue el miedo lo que la mantuvo despierta.

CAPÍTULO 15

La fiebre empezó al amanecer.

Bryn la detectó antes de que Iska se despertara, porque había pasado la noche con la mano apoyada en su brazo y notó el cambio de temperatura en algún punto entre las tres y las cuatro de la madrugada, ese calor que no venía del exterior sino de dentro, del cuerpo luchando contra algo que no debería estar allí. Cuando Iska abrió los ojos, Bryn ya tenía la mano en su frente confirmando lo que sabía.

—Tienes fiebre.

—Tengo frío.

—Porque tienes fiebre. Treinta y ocho, quizá un poco más. No tengo termómetro.

Iska intentó incorporarse y el movimiento le arrancó un siseo que no consiguió contener. Se quedó a medio camino, apoyada en un codo, con el rostro contraído.

—El costado.

—Déjame verlo.

Bryn retiró el vendaje con cuidado, y lo que encontró debajo confirmó lo que la fiebre ya le había dicho: los bordes de los cortes estaban enrojecidos, hinchados, con una inflamación que se extendía más allá de la sutura. No era una infección severa todavía,

pero iba en esa dirección, y los antibióticos que le quedaban eran nueve pastillas que a este ritmo podían no ser suficientes.

—¿Mal? —preguntó Iska, observando la expresión de Bryn.

—Inflamación. Los antibióticos deberían contenerla, pero necesito limpiar otra vez y cambiar las gasas.

—Bien. Limpia, cambia y nos movemos.

—No nos movemos.

—Bryn...

—No nos movemos, Iska. Hoy no. Tu cuerpo está luchando contra una infección incipiente y si caminas durante horas con esto, los puntos van a ceder y voy a tener que suturar de nuevo con menos material del que tengo ahora.

—No podemos quedarnos aquí paradas. Los alterados...

—Los alterados no han vuelto desde ayer. El grupo que se queda ha establecido vigilancia. Un día de reposo no va a matarte. Caminar con fiebre y heridas abiertas sí pueden hacerlo.

Iska la miró con esa expresión que Bryn conocía demasiado bien, la de alguien que sabe que el argumento médico es correcto pero que su cuerpo entero rechaza la idea de quedarse quieto.

—Un día —concedió Iska—. Uno.

—Uno. Pero un día completo, no medio día y luego te levantas porque te aburres.

—Me conoces demasiado bien para hacer solo tres semanas.

—Te conozco lo suficiente.

Bryn limpió la herida con lo que le quedaba de solución salina, un proceso que hizo que Iska apretara los dientes y clavara los dedos en la tierra húmeda del bosque, y aplicó las gasas nuevas con esa precisión que era lo único que podía ofrecerle en un mundo

donde no había enfermería, ni camilla, ni armario de suministros al que recurrir cuando algo iba mal.

El día avanzó con la lentitud particular de las esperas forzadas. El grupo que se quedaba se movía con cautela por el perímetro del campamento, algunos explorando los alrededores inmediatos, otros simplemente sentados contra los árboles con esa expresión vacía de quien todavía está procesando que el mundo había intentado matarlos ayer. Iska permaneció donde estaba, recostada contra el tronco del árbol, y Bryn se quedó a su lado revisando el botiquín, contando pastillas, calculando dosis, haciendo y rehaciendo una aritmética que no cambiaba por mucho que la repitiera.

La primera señal de que la conversación iba a torcerse llegó después del mediodía, cuando Iska intentó levantarse para ir al arroyo que uno de los exploradores había encontrado a cincuenta metros del campamento y descubrió que la pierna izquierda no la sostenía como debería. No era la herida del costado sino la rigidez de haber dormido en el suelo húmedo con el cuerpo inflamado, pero el efecto fue el mismo: cojera visible, equilibrio comprometido y dependencia del brazo de Bryn para completar un trayecto que debería haberle llevado dos minutos y le llevó diez.

—Esto es culpa tuya —dijo Bryn cuando Iska se dejó caer de vuelta contra el árbol, y lo dijo sin pensar, sin filtrar, con esa crudeza que solo aparecía cuando el miedo se transformaba en rabia porque la rabia era más fácil de gestionar.

Iska la miró.

—¿Perdona?

—Si te hubieras quedado detrás del coche conmigo, nada de esto habría pasado. No tendrías tres cortes en el costado, no

tendrías fiebre y no estarías cojeando en medio de un bosque sin recursos médicos suficientes para tratarte.

—Si me hubiera quedado detrás del coche, esa mujer estaría muerta.

—No lo sabes.

—Estaba en el suelo, Bryn. En medio de la carretera. Con un alterado a cinco metros.

—Había más gente. Alguien habría...

—¿Quién? ¿Hale, que estaba ocupado jugando al héroe con una barra de metal? ¿La mitad del grupo, que estaba corriendo en la dirección contraria?

—No era tu responsabilidad.

—Tampoco era mi responsabilidad arreglar tuberías sin autorización en Coreline, ni meterme entre Rourke y aquella mujer en el pasillo, ni presentarme voluntaria para el sorteo. Nada de lo que hago es mi responsabilidad según tu definición. Pero alguien tiene que hacerlo.

—¿Y ese alguien siempre tienes que ser tú?

—Cuando nadie más se mueve, sí.

El golpe aterrizó exactamente donde Iska pretendía que aterrizara, y Bryn lo sintió como un puñetazo, un impacto en el centro del pecho que le robó el aire durante un segundo. Porque las dos sabían lo que ese cuando nadie más se mueve significaba, quién era la persona que no se había movido durante el ataque, quién se había quedado paralizada detrás de un coche mientras Iska sangraba en el asfalto.

—Eso no es justo —dijo Bryn, y su voz sonó más frágil de lo que habría querido.

—No he dicho tu nombre.

—No hacía falta.

Iska desvió la mirada hacia el bosque, apretando la mandíbula de esa forma que hacía cuando contenía algo que sabía que no debía decir pero que luchaba por salir de todas formas.

—No es eso lo que quería decir.

—Pero es lo que has dicho.

—Lo que he dicho es que cuando hay peligro, alguien tiene que actuar. Y sí, ayer fui yo. No porque tú no pudieras, sino porque yo reaccioné primero. Es cómo funciono. Es cómo he funcionado siempre.

—Y así es como vas a acabar muerta. Funcionando. Reaccionando. Metiéndote en medio de todo sin pensar en las consecuencias.

—Las consecuencias son tres cortes que tú misma has dicho que son superficiales.

—Superficiales con infección incipiente, fiebre y recursos limitados. En Coreline serían superficiales. Aquí pueden matarte.

—Todo puede matarnos aquí, Bryn. Absolutamente todo. El agua, la comida, el frío, los alterados, una caída o una torcedura de tobillo que se complica. No puedes protegerme de todo.

—No intento protegerte de todo. Intento que no te pongas en peligro innecesariamente.

—¿Innecesariamente? —Iska se giró para mirarla y había rabia en sus ojos, rabia real, no la irritación controlada que usaba cuando discutían sobre cosas que no importaban—. Salvar a alguien de ser destrozada por un alterado es innecesario.

—Salvar a alguien cuando tú misma estás en riesgo y hay otras opciones es imprudente.

—¿Qué otras opciones? Dime. ¿Cuáles eran las otras opciones en ese momento concreto?

Bryn abrió la boca y la cerró sin responder, porque no las había, porque en ese momento concreto las opciones eran que Iska actuara o que esa mujer muriera, y Bryn lo sabía, e Iska sabía que lo sabía, y la honestidad de esa situación hacía imposible sostener el argumento sin admitir que lo que realmente le reprochaba no era la decisión de Iska sino su propia incapacidad de haber tomado una.

—No se trata de ayer —dijo Bryn después de un silencio que duró demasiado—. Se trata de mañana, y del día siguiente, y de cada situación que venga donde tu primer instinto sea lanzarte sin pensar.

—Y el tuyo sea quedarte quieta pensando.

—Sí. Exactamente. Mi instinto es quedarme quieta pensando, y el tuyo es moverte sin pensar, y por separado los dos son un desastre, pero al menos el mío no acaba con tres garrazos en el costado.

—No, el tuyo acaba escondida detrás de un coche mientras otros se desangran.

El silencio que siguió fue diferente de los anteriores. Más frío. Más afilado. Bryn sintió las palabras como algo que se instalaba entre ellas ocupando un espacio que hacía cinco minutos había sido cercano y que ahora era una distancia que no se medía en centímetros sino en verdades que no deberían haberse dicho en voz alta.

Iska fue la primera en apartar la mirada.

—Mierda —murmuró—. No quería decir eso.

—Sí querías.

—No. Quería decir que me frustra que pienses que la solución a todo es no actuar. Que tu forma de protegerme es pedirme que deje de ser quien soy. Pero no quería... no quería usarlo contra ti.

—Pero lo has hecho.

—Lo he hecho. Y lo siento.

Bryn no respondió inmediatamente. Se quedó mirando el vendaje del costado de Iska, ese parche blanco que ya empezaba a mostrar manchas donde la inflamación hacía que los cortes supuraran, y pensó en lo fácil que sería levantarse, poner distancia, volver al modo profesional donde Iska era una paciente y ella una sanitaria y el espacio entre ambas estaba definido por protocolos en lugar de por sentimientos que no sabía cómo manejar.

Pero no se levantó. Porque levantarse habría sido exactamente lo que Iska acababa de describir: quedarse quieta, no actuar, retirarse a un lugar seguro donde las cosas no dolieran.

—Yo también lo siento —dijo Bryn—. No debería haber dicho que fue culpa tuya. No fue culpa tuya. Fue... la situación. La situación fue culpa de los alterados y de estar en un sitio donde no sabemos las reglas.

—Y de Hale, que nos llevó por la carretera.

—Y de Hale. Que está muerto por tomar la decisión equivocada. Lo cual, si lo piensas, es exactamente lo que yo intento evitar que hagas tú.

Iska la miró de nuevo, y algo en su expresión se suavizó, no del todo, pero lo suficiente como para que el espacio entre ellas dejara

de sentirse como una herida y empezara a sentirse como algo que podía repararse.

—No soy Hale —dijo Iska.

—Lo sé.

—Hale persiguió a los alterados por ego. Yo salí a ayudar a esa mujer porque no podía no hacerlo. No es lo mismo.

—El resultado puede ser el mismo si no tienes cuidado.

—Entonces ayúdame a tener cuidado. No me pidas que deje de actuar. Ayúdame a actuar mejor.

Bryn consideró la propuesta durante un momento, evaluándola no como médica sino como alguien que estaba aprendiendo a compartir decisiones con una persona cuyo funcionamiento era radicalmente distinto al suyo.

—¿Y qué significaría eso exactamente?

—Significa que antes de lanzarme, miro hacia ti. Y si tú ves algo que yo no veo, me lo dices. Y yo escucho. No prometo obedecer siempre, pero prometo escuchar.

—¿Y si lo que veo es que vas a meterte en algo que puede matarte?

—Entonces me lo dices con tiempo suficiente como para que pueda elegir.

—¿Y si eliges ir de todas formas?

—Entonces al menos sabrás dónde estoy. Y podrás encontrarme después.

No era un acuerdo perfecto. No era ni siquiera un buen acuerdo desde el punto de vista de Bryn, que habría preferido algo más parecido a quédate siempre a mi lado y no hagas nada peligroso nunca. Pero era honesto, era realista, y era más de lo que Iska había

ofrecido a nadie en su vida, y Bryn lo sabía porque conocía lo suficiente de ella para entender lo que significaba que Iska Verne prometiera mirar hacia atrás antes de saltar.

—De acuerdo —dijo Bryn.

—¿De acuerdo?

—De acuerdo. Pero yo también tengo condiciones.

—Dime.

—Si te digo que algo es peligroso y decides hacerlo de todas formas, no me pidas que no me enfade. No voy a ser comprensiva y serena cada vez que te pongas en riesgo. Voy a enfadarme, voy a reprochártelo, y probablemente voy a decir cosas que no quiero decir porque es más fácil estar enfadada que estar muerta de miedo.

—¿Como hoy?

—Como hoy. Exactamente como hoy.

Iska extendió la mano hacia ella, palma arriba, un gesto que era invitación y disculpa al mismo tiempo. Bryn la miró durante un segundo antes de colocar su mano sobre la de Iska, y cuando los dedos de Iska se cerraron alrededor de los suyos sintió algo aflojarse en su pecho que llevaba horas apretándose.

—Somos un desastre —dijo Iska.

—Un desastre funcional.

—¿Eso es mejor?

—Es lo que tenemos.

Iska hizo esa mueca que era su versión de una sonrisa cuando el costado le dolía demasiado para sonreír de verdad, y Bryn sintió cómo la tensión entre ellas se transformaba en algo diferente, no desaparecía, sino que cambiaba de forma, pasando de aristas

cortantes a algo más parecido a la textura rugosa de dos superficies que aprenden a encajar sin pulirse la una a la otra.

—Oye —dijo Iska.

—¿Sí?

—Lo de anoche. El beso. ¿Vamos a hablar de eso en algún momento o vamos a fingir que no pasó?

—Pasó.

—Lo sé. ¿Y?

Bryn miró sus manos unidas, el contraste entre sus dedos y los de Iska, los suyos más largos y pálidos, los de Iska más cortos con callos de años de trabajo manual, y pensó en lo absurdo que era estar teniendo esta conversación en un bosque donde cualquier cosa podía matarlas, con una herida infectándose, con pocas pastillas de antibiótico y un grupo de veinte personas que dependía de ella para mantenerse vivo.

—Y nada —dijo—. Pasó. No me arrepiento. No voy a fingir que no pasó ni que no quiero que vuelva a pasar. Pero ahora mismo mi prioridad es que no te mueras de infección en un bosque, así que el resto va a tener que esperar.

—¿Esperar a qué?

—A que pueda besarte sin preocuparme de que te abras los puntos.

Iska se rio, un sonido breve que terminó en una mueca de dolor cuando las costillas protestaron, y Bryn sintió algo cálido expandiéndose en su pecho a pesar de todo, a pesar de la fiebre, la herida, la discusión y las cosas feas que se habían dicho.

Porque esto era real. No era la fantasía contenida de las noches en la celda de Coreline, no era la tensión perfecta de las miradas

que duraban demasiado y los roces que fingían ser accidentales. Era sucio, complicado, lleno de reproches, miedos y verdades que dolían. Y seguían aquí. Seguían sentadas la una junto a la otra contra un árbol en un bosque que no conocían, con las manos entrelazadas y las palabras feas todavía flotando en el aire entre ellas, y ninguna se había ido.

Eso era lo que importaba. No que no discutieran, no que no se dijeran cosas que cortaban, no que la relación fuera suave o fácil o predecible. Lo que importaba era que después de decirse lo peor que podían decirse, después de tocar los puntos exactos que más dolían, seguían eligiendo quedarse.

CAPÍTULO 16

Llevaban dos días moviéndose por el bosque cuando Iska vio la niebla cambiar.

No sabía explicar qué era diferente exactamente, porque la niebla había sido una presencia constante desde que dejaron la carretera, esa masa gris que se arrastraba entre los troncos y que reducía la visibilidad a quince o veinte metros en los momentos buenos. Pero había algo en la forma en que se movía esta mañana, un patrón que no seguía la dirección del viento, sino que parecía desplazarse en sentidos opuestos al mismo tiempo, como si algo la estuviera perturbando desde dentro.

—Bryn —dijo en voz baja, tocándole el brazo.

Bryn se detuvo. Había aprendido a leer el tono de Iska durante los últimos días, a distinguir entre el que usaba cuando algo le dolía, el que usaba cuando quería discutir y el que usaba cuando algo iba mal de verdad. Este era el tercero.

—¿Qué ves?

—La niebla. Mira cómo se mueve a la izquierda.

Bryn miró. A Iska le costó un momento recordar que Bryn todavía estaba aprendiendo a leer el terreno, que sus ojos procesaban el entorno con la misma precaución analítica con que

procesaba todo, buscando datos concretos en lugar de patrones intuitivos.

—No veo nada.

—Eso es lo que me preocupa. Debería estar moviéndose en la misma dirección que el viento. No lo hace.

El grupo se había reducido a dieciocho personas después de que cuatro decidieran separarse el día anterior para seguir el curso de un arroyo que habían encontrado. Dieciocho personas caminando en fila por un bosque donde la visibilidad era un lujo y los sonidos llegaban amortiguados por la humedad, distorsionados, imposibles de localizar con precisión. Iska iba en la parte delantera porque su instinto para detectar irregularidades en el entorno se había convertido en el recurso más valioso del grupo, y Bryn caminaba a su lado porque así lo habían acordado después de la discusión: juntas, visibles la una para la otra, sin excepciones.

—¿Puede ser un animal? —preguntó Bryn.

—Puede ser muchas cosas. Pero si es lo que creo que es, tenemos que cambiar de dirección ahora mismo.

—No podemos cambiar de dirección sin avisar al grupo.

—Entonces avisa al grupo.

Bryn se giró hacia las personas que caminaban detrás de ellas y levantó una mano. El gesto se había convertido en señal durante los últimos días: mano arriba significaba alto, y el grupo se detenía sin preguntar porque habían aprendido que las veces anteriores en que Iska había detectado algo, había tenido razón.

—¿Qué pasa? —preguntó alguien desde la tercera fila.

—Necesitamos desviarnos hacia la derecha —dijo Bryn con esa voz que había encontrado en algún punto entre la enfermería y el

ataque, esa voz que no era la de la doctora ni la de la mujer asustada sino algo intermedio que la gente escuchaba—. Iska ha detectado movimiento en la niebla a nuestra izquierda. Nos alejamos sin correr, sin hacer ruido. Seguidnos.

Nadie discutió. Las palabras Iska ha detectado se habían convertido en algo parecido a una garantía, no porque Iska siempre tuviera razón sino porque las veces que no le habían hecho caso, las consecuencias habían sido lo bastante malas como para que la gente prefiriera no repetirlas.

Se desviaron hacia la derecha, adentrándose en una zona del bosque donde la pendiente subía y los árboles eran más delgados, menos densos. Iska marcaba el ritmo, más lento de lo que habría querido porque el costado todavía le tiraba cuando caminaba cuesta arriba y porque la pierna izquierda había desarrollado una rigidez que no terminaba de irse, secuela de las noches en el suelo húmedo y de un cuerpo que estaba curándose con menos recursos de los que necesitaba.

—¿Cómo está tu costado? —preguntó Bryn sin dejar de caminar, sin mirarla directamente, manteniendo la vista en el terreno.

—Funcional.

—No te he preguntado si es funcional. Te he preguntado cómo está.

—Duele. Pero menos que ayer.

—¿La fiebre?

—No creo que haya vuelto.

Bryn le tocó la frente con el dorso de la mano sin romper el paso, un gesto que se había vuelto automático, parte de la rutina

que habían construido durante los días de marcha: caminar, revisar, ajustar, seguir.

—Está normal. Bien.

Siguieron subiendo durante quince minutos antes de que Iska se detuviera otra vez. Esta vez no necesitó decir nada. El sonido llegó solo: ramas rompiéndose abajo, en la zona que acababan de abandonar, y ese jadeo húmedo que Bryn reconoció inmediatamente porque lo había escuchado en la carretera y porque se le había grabado en el cerebro.

—Alterados —dijo Iska.

—¿Cuántos?

—No puedo verlos. Pero parecen varios.

El grupo se compactó detrás de ellas, dieciocho personas apretándose entre los árboles con esa disciplina del miedo que no requería instrucciones. Bryn miró a Iska y vio el cálculo en sus ojos, esa evaluación rápida del terreno, la pendiente, la distancia, las opciones.

—No podemos correr —dijo Iska en voz baja, y lo dijo mirando a Bryn con una honestidad que dolía—. Yo no puedo correr. No cuesta arriba. No con esto.

—Entonces no corremos.

—Bryn...

—Entonces no corremos, Iska —repitió Bryn, y algo en su voz había cambiado, algo que Iska no había escuchado antes, una decisión que no pasaba por el análisis sino que venía de un lugar más profundo—. Seguimos subiendo. Despacio. Sin ruido. Si no nos han olido todavía, la pendiente y la niebla juegan a nuestro favor.

Están abajo, nosotros estamos arriba. El sonido sube, pero el olor baja con el aire frío.

Iska la miró.

—¿Desde cuándo sabes eso?

—Desde que pasé tres noches sin dormir pensando en cómo no morir la próxima vez que aparecieran.

No era el momento de sonreír, pero algo en la expresión de Iska se acercó peligrosamente a ello.

—De acuerdo —dijo—. Tú mandas.

—Todos arriba —indicó Bryn al grupo, hablando apenas por encima de un susurro—. Pendiente arriba, pegados a los troncos grandes, sin hablar. Pisad donde pise la persona que vaya delante. Si alguien tropieza, la persona más cercana la sujeta sin hacer ruido. Nos paramos cuando yo diga.

El grupo obedeció. Bryn iba delante, marcando la ruta con una atención al terreno que Iska no le había visto antes, eligiendo cada paso en función del suelo, evitando ramas secas y zonas de hojarasca suelta que crujirían bajo el peso, buscando las superficies de roca y tierra compacta que absorbían el sonido. Iska iba detrás de ella, concentrada en seguir sus pisadas exactas, y detrás de Iska el resto del grupo en una fila silenciosa que se movía con una lentitud que era agonía pero que era también la única opción que tenían.

Los sonidos de abajo se acercaron, luego se detuvieron y luego se desplazaron hacia la izquierda. Iska escuchó el jadeo húmedo moverse entre los árboles como algo que buscaba sin encontrar, que rastreaba un olor o un sonido que la pendiente y el frío estaban diluyendo. Cada segundo que pasaba sin que los alterados subieran

era un segundo ganado, un metro más de distancia, un grado más de ángulo que los separaba de las criaturas.

Bryn levantó la mano. Alto.

El grupo se congeló. Dieciocho personas conteniendo la respiración entre los troncos de un bosque que de repente parecía demasiado abierto, demasiado expuesto, con la niebla envolviéndolos como algo que podía protegerlos o traicionarlos según la dirección del viento.

Los sonidos de abajo se alejaron. Despacio, irregulares, pero alejándose. Iska contó las respiraciones como hacía cuando necesitaba medir el tiempo sin reloj: una, dos, tres, hasta treinta, hasta sesenta, hasta que el silencio del bosque volvió a ser solo silencio y no la ausencia temporal de algo peligroso.

Bryn no se movió durante un minuto entero después de que el último sonido desapareciera. Luego bajó la mano, se giró hacia el grupo y asintió una vez.

—Seguimos subiendo. Otros cien metros. Luego paramos.

Nadie habló durante esos cien metros. Nadie habló cuando llegaron a una zona más plana donde los árboles se espaciaban lo suficiente como para sentarse sin estar unos encima de otros. Nadie habló hasta que llevaban cinco minutos parados y la certeza de que los alterados se habían ido se asentó lo suficiente como para que el cuerpo empezara a soltar la tensión que había acumulado.

—Los has esquivado —dijo Iska, sentándose junto a Bryn contra un tronco ancho que les daba cobertura por la espalda.

—Los hemos esquivado.

—Tú has tomado la decisión y has marcado la ruta. Yo solo te he seguido.

Bryn la miró con una expresión que Iska tardó un momento en identificar como sorpresa, como si no hubiera procesado todavía lo que acababa de hacer, como si la parte de ella que actuaba y la parte que analizaba estuvieran teniendo una conversación con retraso.

—No me he paralizado —dijo Bryn.

—No te has paralizado.

—No he... no lo he pensado. No he analizado las opciones ni he calculado probabilidades ni he hecho nada de lo que normalmente hago. Simplemente he sabido qué hacer y lo he hecho.

—Bienvenida al otro lado.

—¿Así es como funciona para ti? ¿Sin pensar?

—No es sin pensar. Es pensar más rápido de lo que puedes nombrar. Ves el problema, ves la solución, y tu cuerpo se mueve antes de que tu cerebro termine de formular la frase. Tú llevas haciendo eso en la enfermería desde hace años. Hoy lo has hecho fuera de ella.

Bryn cerró los ojos y apoyó la cabeza contra el tronco, y su respiración, que había sido controlada y medida durante toda la subida, empezó a acelerarse ahora que la urgencia había pasado, ahora que su cuerpo se daba permiso para reaccionar a lo que acababa de vivir.

—Estaban justo debajo —dijo—. Si hubiéramos tardado cinco minutos más en desviarnos...

—Pero no tardamos cinco minutos más.

—Si no hubieras visto la niebla...

—Pero la vi. Y tú supiste qué hacer con la información. Así es como funciona esto, Bryn. Yo detecto, tú decides. No es perfecto,

pero hoy ha funcionado.

Bryn abrió los ojos y la miró, y lo que Iska vio en su expresión fue algo que no había visto antes: no era miedo, ni alivio, ni la contención habitual que usaba como armadura. Era algo más crudo, más expuesto, como si la experiencia de haber actuado sin paralizarse hubiera abierto una grieta en la superficie cuidadosamente mantenida de Bryn por la que se filtraba todo lo que normalmente guardaba debajo.

—¿Te duele el costado?

—Ahora mismo no siento nada. La adrenalina, supongo.

—Bien. Porque necesito...

No terminó la frase. Se inclinó hacia Iska con un movimiento que no tenía nada de tentativo ni de cauteloso, un movimiento que venía del mismo lugar que la decisión de subir la pendiente en silencio, de ese sitio donde el cuerpo actúa antes de que la mente pueda intervenir con sus objeciones y sus protocolos, y la besó.

Este beso no se parecía al primero. El primero había sido breve, torpe, un contacto que era más necesidad de confirmar que ambas estaban vivas que otra cosa. Este era desesperado. La boca de Bryn contra la de Iska con una urgencia que no intentaba disimular, sus manos en la cara de Iska sujetándola como si pudiera desaparecer en cualquier momento, y el sonido que hizo cuando Iska le devolvió el beso con la misma intensidad fue algo entre un sollozo y una exhalación que contenía todo lo que había estado guardando durante la última hora.

Iska la besó con los ojos cerrados y las manos en la cintura de Bryn, ignorando la protesta de sus costillas porque esto era más importante que el dolor, más urgente que la prudencia, más

necesario que respirar. La boca de Bryn sabía a agua de cantimplora y a miedo procesado y a algo debajo de todo eso que era hambre, no de comida sino de contacto, de confirmación, de prueba tangible de que ambas seguían aquí después de otra mañana en que podrían no haber seguido.

Bryn se apartó lo justo para respirar, su frente contra la de Iska, sus manos todavía en su cara, y cuando habló su voz temblaba de una forma que no intentó controlar.

—No puedo perderte. ¿Lo entiendes? Cada vez que aparecen, cada vez que oigo ese sonido, lo único que pienso es que si te pasa algo no voy a poder seguir. No porque no sea capaz, sino porque no voy a querer.

—Bryn...

—Déjame terminar. Necesito decir esto mientras todavía tengo el valor de decirlo. Antes de conocerte, mi plan era sobrevivir. Llegar al día siguiente, y al siguiente, y al siguiente. Eso era todo. No tenía razones, solo inercia. Y ahora tengo una razón y esa razón eres tú, y me aterra porque las razones se pueden perder.

Iska tragó saliva. Sintió las manos de Bryn temblar contra su cara y quiso decir algo que estuviera a la altura de lo que acababa de escuchar, algo que fuera lo bastante grande como para contener lo que sentía, pero lo único que le salió fue lo más simple y lo más verdadero.

—No vas a perderme.

—No puedes prometer eso.

—No. Pero puedo prometerte que voy a intentarlo con todo lo que tengo. Que voy a mirar antes de saltar. Que voy a dejarte

pensar antes de que yo actúe. Que voy a hacer todo lo que pueda para seguir aquí, contigo, cada día que nos quede. ¿Es suficiente?

—No —dijo Bryn—. Pero es todo lo que puedo pedir.

Se besaron de nuevo, más despacio esta vez, con una deliberación que no tenía nada que ver con la desesperación del beso anterior. La boca de Iska encontrando el ritmo de la de Bryn, sus manos moviéndose desde la cintura hasta la espalda, atrayéndola más cerca, y Bryn dejándose atraer con una rendición que era lo opuesto a la parálisis, que era elegir moverse hacia algo en lugar de quedarse congelada lejos de ello.

Cuando se separaron, el peligro no había desaparecido. Los alterados seguían en algún lugar debajo de ellas, el costado de Iska seguía inflamado y los antibióticos seguían contándose con los dedos de las manos. Pero algo había cambiado. No en el mundo, que seguía siendo exactamente igual de peligroso que cinco minutos antes, sino en el espacio entre ellas, que había dejado de ser un territorio de tensiones no resueltas para convertirse en algo más sólido, más definido. No sabían qué nombre ponerle. No necesitaban saberlo todavía.

—Deberíamos movernos —dijo Iska después de un rato.

—Lo sé.

—¿Estás lista?

Bryn la miró, y esta vez la mirada no vino cargada de miedo ni de cálculo ni de esa cautela que era su modo por defecto. Fue algo más limpio. Más directo.

—Estoy lista.

Se levantaron juntas, ajustaron las mochilas, y Bryn se adelantó para marcar la ruta como había hecho durante la subida, como si el

liderazgo que había descubierto esa mañana fuera algo que ya no necesitaba devolver. Iska la siguió medio paso por detrás, lo bastante cerca como para tocarla si extendía el brazo, y el grupo se formó detrás de ambas sin que nadie discutiera el orden, sin que nadie preguntara quién estaba al mando.

CAPÍTULO 17

Los alterados los encontraron al atardecer.

Iska los olió antes de verlos. No sabía que los alterados tuvieran olor hasta ese momento, pero el viento cambió de dirección cuando estaban descendiendo por una ladera cubierta de helechos y trajo consigo algo que su cerebro clasificó como amenaza antes de que pudiera analizarlo: un olor ácido, orgánico, como carne expuesta al aire demasiado tiempo mezclada con algo químico que no tenía referente en nada que hubiera conocido.

—Para —le dijo a Bryn, y Bryn paró, y el grupo paró detrás de ellas con esa obediencia silenciosa que ya no necesitaba explicaciones.

—¿Niebla? —preguntó Bryn.

—Olor. ¿Lo notas?

Bryn levantó la cara hacia el viento e Iska la vio procesar la información con esa atención clínica que aplicaba a todo.

—Sí. ¿Qué es?

—Creo que son ellos.

El jadeo llegó tres segundos después, confirmando lo que el olor había anunciado. No desde un punto sino desde varios, como si los alterados hubieran aprendido del último encuentro y esta vez estuvieran rodeando en lugar de avanzando en línea recta. Iska giró

la cabeza intentando localizar la dirección principal y contó al menos tres fuentes de sonido: izquierda, izquierda atrás y directamente detrás de ellos.

—Nos han rodeado por tres lados —dijo.

—¿El cuarto?

—Abajo. La pendiente sigue bajando hacia el río.

Bryn no dudó. Iska la vio tomar la decisión en tiempo real, sin esa pausa analítica que solía interponerse entre el problema y la acción, y cuando habló lo hizo con la voz que había encontrado en la última persecución, esa que no pedía permiso ni esperaba consenso.

—Todos abajo. Hacia el río. Sin correr, lo más rápido que podáis sin caer.

El grupo se movió. Catorce personas, porque cuatro más se habían separado el día anterior siguiendo un sendero que prometía menos pendiente, y cada separación reducía el número con una aritmética que Iska intentaba no calcular. Catorce personas bajando una ladera empinada con la vegetación cerrándose a sus espaldas y el sonido del jadeo acercándose con una velocidad que no debería ser posible en criaturas que parecían tan deterioradas.

Iska bajaba lo más rápido que su cuerpo le permitía, y no era suficiente. El costado le tiraba con cada paso irregular, una punzada que iba de la cadera a las costillas y que convertía cada zancada en un ejercicio de voluntad sobre dolor. La pierna izquierda respondía, pero con un retraso que la hacía tropezar en las raíces y los desniveles que la pendiente ponía en su camino.

—No puedo ir más rápido —le dijo a Bryn, y odiaba cada palabra de esa frase porque admitir limitación física era algo que su cuerpo entero rechazaba.

—No necesitas ir más rápido, necesitas no caerte. Agárrate a mí.

Bryn le ofreció el brazo e Iska lo tomó, y bajaron juntas con esa coordinación que habían desarrollado durante los días de marcha: Bryn eligiendo dónde pisar, Iska apoyándose en ella para los tramos donde la pendiente superaba lo que su costado podía absorber. No era rápido, no era elegante, pero funcionaba, y detrás de ellas el grupo seguía bajando en un desorden que al menos tenía dirección.

El sonido del agua apareció antes que la visión. Un murmullo constante que se fue convirtiendo en rugido a medida que descendían, y cuando los árboles se abrieron lo suficiente como para ver lo que había abajo, Iska sintió algo que podía ser esperanza o podía ser terror.

El río era más ancho de lo que había anticipado. No era un arroyo como los que habían cruzado los días anteriores, esos hilillos de agua fría que apenas les llegaban a las rodillas. Era un río real, de quince o veinte metros de orilla a orilla, con una corriente visible que arrastraba ramas y espuma entre rocas que sobresalían de la superficie como dientes oscuros. El agua era gris, opaca, imposible de saber cuánta profundidad tenía sin meterse.

—No podemos cruzar eso —dijo alguien detrás de ellas.

—No podemos no cruzarlo —respondió Iska.

El jadeo estaba más cerca. Iska podía sentirlo en la nuca, en esa zona de la piel que se eriza cuando el instinto detecta algo que los ojos todavía no ven, y cuando miró hacia atrás a través de los árboles vio movimiento, siluetas encorvadas desplazándose entre los troncos con esa velocidad que desmintió una vez más su apariencia deteriorada.

—Bryn…

—Lo sé —Bryn miraba el río con una expresión que Iska reconoció: estaba calculando. Profundidad, corriente, temperatura y riesgo. Todas las variables que su cerebro necesitaba procesar antes de tomar una decisión.

—Bryn, no tenemos tiempo para calcular.

—La corriente es fuerte. Si alguien pierde pie a mitad...

—Si nos quedamos aquí, no importará la corriente —argumentó Iska.

Un grito detrás de ellas las sobresaltó. Corto, agudo, el sonido de alguien que ha visto algo demasiado cerca. El grupo se comprimió hacia la orilla con la urgencia de animales acorralados, catorce personas mirando el agua y mirando el bosque alternando entre dos miedos que competían por paralizar.

Bryn tomó la decisión.

—Al agua. Cruzad en diagonal siguiendo la corriente, no contra ella. Agarraos a las rocas si perdéis pie. La otra orilla tiene menos pendiente, podréis salir más fácil.

—¿Y si no hacemos pie? —preguntó un hombre joven que temblaba visiblemente.

—Entonces nadáis. ¿Alguien no sabe nadar?

Silencio. En Coreline no había grandes masas de agua, pero había piscinas de entrenamiento en los niveles intermedios, pequeñas y ridículas comparadas con lo que tenían delante, pero suficientes para que la mayoría supiera mantenerse a flote.

—Bien —dijo Bryn—. Iska y yo vamos primero. Seguidnos por donde crucemos.

—Bryn —dijo Iska en voz baja, para que solo ella la oyera—. No voy a poder nadar bien. El costado...

—Lo sé. Yo te llevo.

—No puedes llevarme y nadar al mismo tiempo con esta corriente.

—Mírame.

Iska la miró. Y lo que vio en los ojos de Bryn no era la médica evaluando riesgos ni la mujer asustada que se paralizaba ante lo desconocido. Era algo que Iska no le había visto antes, algo que se parecía a la certeza absoluta de que esto iba a funcionar porque la alternativa no era aceptable.

—De acuerdo —dijo Iska—. Vamos.

Entraron juntas. El frío fue lo primero, un impacto que le robó el aire a Iska como un puñetazo en el pecho, el agua estaba agua tan fría que los músculos se le contrajeron de golpe y su costado gritó con una intensidad que la hizo jadear. El fondo era irregular, piedras resbaladizas que cedían bajo las botas, y el agua les llegaba a la cintura antes de dar tres pasos.

—No pares —dijo Bryn a su lado, con el agua empujándola y el brazo extendido hacia Iska—. Agárrate a mi mochila y no me sueltes.

Iska enganchó los dedos en la correa de la mochila de Bryn y avanzaron juntas, paso a paso, con la corriente empujando contra sus cuerpos con una fuerza que Iska no había anticipado. El agua subió de la cintura al pecho en cuestión de metros, y con ella subió el dolor, el frío presionando contra el vendaje y contra los puntos de sutura con una insistencia que hacía difícil respirar.

A mitad del río perdió pie.

El fondo desapareció bajo su bota izquierda y la corriente la arrastró lateralmente, tirando de ella con una fuerza que le arrancó

un grito ahogado por el agua que le salpicó la cara. Los dedos resbalaron en la correa de la mochila de Bryn y, durante un segundo que se extendió como una hora, Iska sintió el pánico puro de estar en un medio que no controlaba, sin suelo bajo los pies, sin paredes a las que agarrarse y con el agua arrastrándola hacia una dirección que no había elegido.

—¡Te tengo! —La mano de Bryn se cerró alrededor de su muñeca con una fuerza que no parecía posible en alguien de su complexión—. ¡No me sueltes!

Iska no la soltó. Se agarró a la muñeca de Bryn con las dos manos mientras sus piernas buscaban el fondo sin encontrarlo, mientras la corriente tiraba de ella hacia la izquierda y Bryn tiraba de ella hacia adelante, y durante varios metros que parecieron kilómetros lo único que mantenía a Iska conectada a algo sólido era la mano de Bryn alrededor de su muñeca y su propia determinación de no soltar.

El fondo volvió. Notó piedras bajo las botas, primero la punta, luego la planta, luego el peso completo del cuerpo sobre algo firme, y el agua bajó del pecho a la cintura y de la cintura a las rodillas a medida que la otra orilla se acercaba con una lentitud que parecía deliberada. Iska caminó los últimos metros con el cuerpo entumecido por el frío y el costado ardiendo con un dolor que el agua helada no había conseguido adormecer, y cuando sus manos tocaron la orilla, cuando sus rodillas encontraron tierra que no se movía, sintió las lágrimas mezclarse con el agua del río en su cara sin poder distinguir unas de otra.

Bryn la sacó del agua tirando de ella con ambas manos, arrastrándola por la orilla fangosa hasta que estuvieron las dos en

tierra firme, empapadas, temblando, respirando con esa desesperación de quien ha olvidado brevemente cómo se hace y necesita recordarlo desde cero.

—¿Estás bien? —Bryn ya tenía las manos en el vendaje, comprobando los puntos a través de la ropa empapada.

—Estoy viva. Creo que eso cuenta como bien.

—Los puntos parecen intactos. No sé si... Necesito revisarte cuando paremos. Si se ha metido agua en la herida...

—Bryn. Mira.

Iska señaló hacia el río. El grupo estaba cruzando detrás de ellas, algunos a pie, otros nadando en los tramos más profundos, ayudándose entre sí con una solidaridad que nacía del terror compartido. Pero lo que Iska señalaba no era el grupo.

Era la otra orilla. La que acababan de dejar.

Los alterados habían llegado al borde del agua. Iska pudo contar cuatro, quizá cinco, sus siluetas encorvadas visibles entre la vegetación de la orilla, moviéndose de un lado a otro con esa agitación que sugería frustración o confusión. Se acercaban al agua, retrocedían, volvían a acercarse. Pero no entraban.

—No cruzan —dijo Iska.

Bryn dejó de revisar el vendaje y miró. Los alterados seguían en la orilla, su jadeo audible incluso a veinte metros de distancia por encima del sonido de la corriente, pero ninguno tocaba el agua. Uno de ellos se acercó más que los otros, la punta de un pie descalzo rozando la superficie, y retrocedió con un movimiento brusco, casi un espasmo, como si el contacto con el agua le hubiera causado dolor o algo peor.

—No cruzan —repitió Iska.

—Puede ser la corriente —dijo Bryn, pero su voz tenía ese tono que usaba cuando estaba procesando algo que no encajaba con la explicación más simple—. Puede que no sepan nadar, o que la corriente les impida...

—La corriente no nos ha impedido cruzar a nosotras. Y a mí con el costado abierto.

—Son diferentes. Su fisiología está alterada, quizá la capacidad motriz en agua...

—Bryn. No es eso. Mira cómo retroceden.

Bryn miró. Los alterados se alejaban de la orilla, no como quien evalúa un obstáculo y decide rodearlo, sino como quien se aparta de algo que le repele. La distancia entre ellos y el agua aumentaba metro a metro, y su agitación disminuía proporcionalmente, como si alejarse del río los calmara.

—El agua —dijo Bryn en voz baja.

—Creo que sí —confirmó Iska.

El último miembro del grupo llegó a la orilla, un hombre de unos cuarenta años que se arrastró fuera de la corriente tosiendo y temblando. Catorce personas en la orilla, empapadas, exhaustas, algunas llorando, otras simplemente tumbadas en el fango mirando el cielo con la expresión de quien ha sobrevivido a algo que no debería haber sobrevivido. Todas vivas. Iska las contó dos veces para asegurarse. Catorce.

Al otro lado del río, los alterados habían desaparecido entre la vegetación. Se habían ido no como depredadores que abandonan una cacería para intentarlo más tarde, sino como animales que encuentran el límite de su territorio y lo respetan.

Iska se dejó caer sobre la espalda en la orilla fangosa, mirando el cielo gris que se oscurecía con el atardecer, y sintió cada centímetro de su cuerpo protestar: el costado, las costillas, los músculos de las piernas, los dedos entumecidos por el frío del agua. Bryn se tumbó a su lado, tan cerca que sus hombros se tocaban, y durante un rato ninguna de las dos habló porque no había palabras que estuvieran a la altura de lo que acababa de pasar.

—Crees que es el agua —dijo Bryn finalmente, y no era una pregunta.

—Creo que es el agua. No lo sé. No tengo pruebas. Pero algo les impide cruzar y lo único que hay entre ellos y nosotras es el río.

—Podría ser la corriente. La profundidad. Algo en la composición del agua que les afecta de forma diferente a nosotros.

—Podría ser cualquiera de esas cosas. Pero el resultado es el mismo: están en un lado y nosotras en el otro, y no han cruzado.

Bryn se quedó en silencio durante un momento, y cuando habló su voz tenía un tono que Iska no le había oído antes, algo parecido a la esperanza, pero más cauteloso, más contenido, como si hubiera aprendido a no confiar en las cosas buenas hasta que demostraran ser reales.

—Si es verdad. Si el agua realmente funciona como barrera...

—Entonces necesitamos más agua. No un río que podemos cruzar a pie. Algo más grande.

Bryn giró la cabeza para mirarla y sus ojos estaban brillantes de una forma que Iska no supo atribuir al frío o a las lágrimas o a algo completamente diferente.

—Es una hipótesis —dijo Bryn—. No una certeza.

—Lo sé.

—Necesitaríamos confirmación. Más datos. Ver si el patrón se repite con otras masas de agua.

—Lo sé, Bryn.

—Pero es la primera cosa que se parece a una ventaja que hemos tenido desde que salimos de Coreline.

Iska extendió la mano entre ambas, palma arriba en el fango de la orilla, y Bryn la tomó sin dudar. Sus dedos estaban helados, los de ambas, y el contacto no produjo calor sino algo diferente, algo que no tenía que ver con la temperatura sino con la certeza de que estaban aquí, mojadas, agotadas, heridas, vivas, en una orilla que quizá era segura por razones que todavía no entendían.

—Seguimos el río —propuso Iska.

—¿Hacia dónde?

—Hacia donde lleve más agua.

Bryn apretó su mano.

—De acuerdo.

CAPÍTULO 18

La casa forestal apareció al cuarto día de seguir el río, cuando Iska ya había empezado a pensar que las construcciones humanas eran algo que el bosque había digerido por completo. Estaba en un claro elevado sobre la ribera, medio devorada por la vegetación pero todavía reconocible como algo que manos humanas habían levantado: paredes de piedra ennegrecida por décadas de intemperie, un tejado de pizarra que se mantenía intacto en la mitad derecha y que había cedido en la izquierda dejando entrar un rectángulo de cielo gris, una chimenea que sobresalía contra los árboles como un dedo señalando hacia arriba.

—Ahí —dijo Iska, deteniéndose en el sendero de la ribera.

Bryn miró hacia donde señalaba. El grupo se había reducido a once personas después de que tres más se separaran el día anterior siguiendo la orilla opuesta del río. Once personas que caminaban despacio, cansadas de una forma que iba más allá de lo físico, y que al ver la estructura entre los árboles se detuvieron con esa expresión de quien no se atreve a creer en lo que está viendo.

—¿Crees que es seguro? —preguntó Bryn.

—Tiene techo. La mitad de un techo. Es más de lo que hemos tenido en una semana.

—No es lo que he preguntado.

—Voy a comprobarlo.

—Iremos las dos.

Subieron juntas la pendiente que separaba la ribera del claro, con el resto del grupo esperando abajo en un silencio que era mezcla de esperanza y cautela. La puerta de la casa no existía, probablemente arrancada por el viento o por alguien que la necesitaba como leña décadas atrás, y el interior era un espacio único de unos treinta metros cuadrados dividido en dos zonas: la que tenía techo, seca y oscura con olor a polvo y a algo animal que indicaba que otras criaturas habían usado el refugio antes que ellas, y la que no tenía techo, donde la lluvia y el sol habían creado un miniecosistema de musgo y helechos que crecían entre las tablas del suelo podrido.

La chimenea estaba en la parte cubierta. Iska se acercó y miró hacia arriba por el conducto, viendo un círculo de luz gris al final que indicaba que no estaba obstruido.

—Funciona —dijo—. O debería funcionar. El tiro está despejado.

—¿Podemos encender fuego?

—Si encontramos madera seca. Hay un arroyo a cincuenta metros que baja desde arriba hacia el río. Agua dulce, probablemente potable si la hervimos.

Bryn recorrió el espacio con la mirada, evaluándolo no como exploradora sino como alguien que buscaba algo que llevaba días necesitando sin saber exactamente qué era. Paredes. Un techo. Un perímetro definido. Algo que se pareciera mínimamente a un interior después de días de dormir en un exterior que no tenía bordes.

—Nos quedamos —dijo Bryn—. Al menos una noche. Quizá más.

—¿Más?

—Tu herida necesita tiempo sin movimiento. La infección ha cedido con los antibióticos, pero los puntos están al límite. Si seguimos caminando al mismo ritmo, van a abrirse.

—¿Y el grupo?

—El grupo necesita descansar tanto como tú. Mira sus caras.

Iska no necesitaba mirar. Sabía exactamente cómo estaban: agotados, hambrientos, con el tipo de cansancio que no se arregla con una noche de sueño sino con días de no tener que decidir si lo que suena entre los árboles va a matarte o no.

Bajaron a buscar al grupo y los instalaron en la parte cubierta de la casa. Once personas en treinta metros cuadrados era estrecho pero manejable, y cuando alguien consiguió encender fuego en la chimenea con la madera seca que encontraron bajo un alero, el calor se expandió por el espacio con una generosidad que hizo que varias personas cerraran los ojos y respiraran hondo por primera vez en días.

La tarde pasó con esa lentitud particular de las pausas que no están amenazadas. Iska comprobó la estructura, evaluando la solidez de las paredes y del tejado que quedaba, midiendo con el ojo la distancia al río y al arroyo, calculando líneas de visión y puntos de acceso con esa parte de su cerebro que funcionaba mejor cuando tenía problemas concretos que resolver. Bryn revisó a los heridos del grupo, cambió vendajes con material que estaba racionando al límite, y le hizo a Iska una cura completa del costado que incluyó retirar tres puntos que ya no eran necesarios y limpiar la zona con el último frasco de solución salina.

—Está curando —dijo Bryn, pasando los dedos por los bordes de la herida con esa atención que ya no pretendía ser exclusivamente

médica—. Va a dejar cicatriz, pero está cerrando bien.

—Mi primera cicatriz de superficie.

—Con suerte la última.

—No creo en la suerte.

—Yo tampoco. Pero creo en los antibióticos y en que tu cuerpo es más resistente de lo que tiene derecho a ser.

Cuando cayó la noche, el grupo se acomodó alrededor del fuego en la configuración que habían adoptado durante los últimos días: los que dormían primero en el centro, los que vigilaban en los bordes, rotando cada tres horas. Bryn e Iska se instalaron en la esquina más alejada de la chimenea, donde la pared formaba un ángulo que ofrecía algo parecido a privacidad, separadas del resto por metros y por la oscuridad que el fuego no alcanzaba a iluminar.

Iska estaba sentada contra la pared de piedra con los sacos de dormir extendidos debajo como aislante del suelo, y Bryn estaba a su lado cambiándose la camiseta mojada por la de repuesto que llevaba en la mochila, cuando Iska dijo lo que llevaba horas pensando.

—Podríamos quedarnos.

Bryn se detuvo con la camiseta a medio poner.

—¿Aquí?

—No aquí exactamente. Pero cerca. El río está a cincuenta metros. El arroyo provee agua dulce. La casa es reparable y el tejado necesita trabajo, pero la estructura es sólida. Y los alterados no han cruzado el agua ni una vez desde que estamos en esta orilla.

—Llevamos cuatro días en esta orilla. Cuatro días no es una muestra suficiente para...

—No es una muestra suficiente para nada, lo sé. Pero es un patrón. Un patrón que se repite cada vez que encontramos agua. No cruzaron el río. No se acercan al arroyo. Los que nos seguían desde la carretera desaparecieron en cuanto pusimos agua entre ellos y nosotras.

Bryn terminó de ponerse la camiseta y se sentó junto a Iska, lo bastante cerca como para que sus hombros se tocaran.

—¿Crees que es algo en el agua? ¿Algo químico?

—No tengo forma de saberlo. Pero pienso en lo que dijeron los informes de Coreline sobre la radiación. Las tormentas solares afectaron la superficie, el suelo, el aire. Pero el agua circula, se filtra y se renueva, ¿no?. Quizá lo que hizo que los alterados sean lo que son no está en el agua, o está en menor concentración, o hay algo en el agua que los repele de alguna forma que no entiendo.

—Eso es especulación.

—Toda nuestra supervivencia es especulación. Cada decisión que hemos tomado desde que salimos ha sido especulación con patas.

Bryn dejó escapar algo que casi fue una risa.

—Especulación con patas. Bonita forma de describir nuestra estrategia de supervivencia.

—¿Tenemos una mejor?

—No. Pero si vamos a plantearnos quedarnos en algún sitio de forma permanente, necesito más que una hipótesis sobre el agua. Necesito tiempo para observar. Necesito ver si el patrón se mantiene en diferentes condiciones, de día, de noche, con lluvia, sin lluvia. Necesito...

—Entonces quédate. Quedémonos. El tiempo que haga falta para que estés segura.

—Nunca voy a estar segura, Iska. Seguridad no es algo que exista aquí fuera.

—Entonces quédate hasta que estés lo bastante convencida como para dejar de necesitar esa certeza.

Bryn la miró en la penumbra de la esquina, donde la luz del fuego apenas llegaba y sus rasgos eran más sombra que detalle.

Se quedaron en silencio durante un rato, escuchando el crepitar del fuego y la respiración de las personas que dormían al otro lado del espacio, e Iska sintió algo que no había sentido desde que salieron de Coreline: la posibilidad de un futuro que durara más de veinticuatro horas. No un plan detallado, no una certeza, sino la forma difusa de algo que podía construirse si se le daba tiempo y atención y la terquedad suficiente para no rendirse cuando las cosas se complicaran.

—¿Estás cansada? —preguntó Iska.

—Agotada.

—¿Pero no tienes sueño?

—No. ¿Tú?

—No.

Otro silencio, pero diferente del anterior. Cargado de algo que llevaba días acumulándose entre ellas y que la pausa, el techo, las paredes y la ausencia de peligro inmediato habían dejado espacio para ocupar. Iska giró la cabeza y encontró los ojos de Bryn a centímetros de los suyos, y lo que vio en ellos no era cansancio ni miedo ni la cautela que Bryn solía interponer entre lo que sentía y lo que se permitía hacer. Era algo más directo, más presente, como si por primera vez desde que se conocían no hubiera urgencia ni amenaza ni protocolo que justificara poner distancia.

—Iska.

—¿Qué?

—No tenemos que...

—Lo sé.

—Quiero decir que no hay... presión. Ni expectativa. Estamos vivas, tenemos un techo, y eso es suficiente. No tiene que pasar nada más.

—Lo sé, Bryn.

—De acuerdo.

—¿Pero?

Bryn cerró los ojos un instante y cuando los abrió algo había cedido en su expresión, algo que llevaba conteniendo no días sino años, toda una vida de no permitirse querer cosas porque querer era vulnerable y vulnerable era peligroso.

—Pero quiero. Si tú quieres.

Iska no respondió con palabras. Se giró hacia Bryn, ignorando la protesta del costado que ya era más memoria que dolor real, y la besó. Despacio esta vez, sin la desesperación de los besos anteriores, sin la urgencia de quien acaba de sobrevivir algo y necesita confirmación de que sigue viva. Fue un beso deliberado, con intención, sus labios encontrando los de Bryn con una precisión que era nueva y que hizo que Bryn emitiera un sonido bajo, casi inaudible, que Iska sintió más que escuchó.

Las manos de Bryn encontraron su cintura, sus dedos curvándose sobre las caderas con un cuidado que era mitad deseo y mitad precaución médica, evitando el costado herido con una consciencia que era tan suya que Iska sintió algo apretarse en su pecho ante la ternura involuntaria del gesto. Iska llevó sus manos al

borde de la camiseta de Bryn, tocando la piel debajo con dedos que todavía tenían callos de herramientas que ya no usaría, y Bryn se estremeció, no de frío.

—Tu costado —murmuró Bryn contra sus labios.

—Está bien.

—Si los puntos...

—Los has mirado tú misma esta tarde. Está cerrando. Está bien.

—Iska, si te hago daño...

—Entonces me harás daño, te lo diré y ajustaremos. No es tan diferente de todo lo demás que hacemos.

Eso la hizo sonreír, Iska lo sintió contra su boca, y la sonrisa se convirtió en otro beso y el beso en algo que cambió de temperatura cuando las manos de Bryn subieron por su espalda bajo la camiseta y las de Iska encontraron la curva del cuello de Bryn, ese punto donde el pulso latía demasiado rápido bajo la piel.

Se desvistieron despacio, no porque ninguna de las dos quisiera ir despacio sino porque la oscuridad, el espacio reducido y el cuidado con la herida convertían cada movimiento en algo que requería negociación, coordinación, una atención al cuerpo de la otra que era en sí misma una forma de intimidad. Iska descubrió que Bryn tenía una cicatriz pequeña en el hombro que no había visto antes y la tocó con los dedos en una pregunta silenciosa. Bryn descubrió que la piel de Iska bajo la ropa era más suave de lo que sus manos callosas sugerían, y el contraste le arrancó un sonido que intentó contener y no pudo.

—No estamos solas —susurró Iska, señalando con la cabeza hacia las siluetas dormidas al otro lado del espacio.

—Lo sé.

—¿Te importa?

—Ahora mismo no me importa nada excepto tú.

Fue torpe en algunos momentos y preciso en otros, como todo lo que hacían juntas: un aprendizaje acelerado donde los errores se corregían en tiempo real y las señales se leían sin necesidad de traducción. Iska aprendió que Bryn contenía los gemidos mordiéndose el labio y que si la tocaba de cierta forma esa contención cedía. Bryn aprendió que Iska se quedaba completamente quieta justo antes de perder el control, esa misma quietud que mostraba cuando el dolor la superaba, pero que aquí significaba lo opuesto. Aprendieron a moverse en el espacio limitado del saco de dormir sin presionar la herida, a encontrar ángulos que funcionaban y a descartar los que no, a comunicarse con las manos y con la respiración cuando las palabras eran demasiado ruidosas para un espacio compartido.

No fue perfecto. Fue real, que era mejor.

Después, tumbadas bajo el saco de dormir con la respiración todavía normalizándose y el calor entre sus cuerpos creando un microclima que contrastaba con el frío que se colaba por las grietas de la pared, ninguna de las dos intentó dormir. Iska tenía la cabeza apoyada en el hombro de Bryn y los dedos trazando líneas perezosas en su clavícula, y Bryn tenía un brazo alrededor de ella con la mano descansando en su cadera, lejos de la herida, en ese punto donde la piel era solo piel y no territorio médico.

—¿Puedo decir algo que va a sonar ridículo? —preguntó Iska.

—Probablemente sí.

—Soy feliz. Ahora mismo, en este momento, con medio techo sobre la cabeza, once personas durmiendo a cinco metros y una

herida que todavía me tira cuando respiro hondo, soy más feliz de lo que he sido nunca.

Bryn no respondió inmediatamente. Iska la sintió respirar, sentir el peso de las palabras, decidir qué hacer con ellas.

—No es ridículo —dijo Bryn—. Es aterrador. Pero no es ridículo.

—¿Por qué aterrador?

—Porque la felicidad implica que tienes algo que perder. Y hemos pasado toda nuestra vida aprendiendo a no tener cosas que perder.

—Quizá es hora de desaprendernos de eso.

Bryn giró la cabeza y la besó, suave, breve, un punto final que era también un punto de partida.

—Quizá sí —dijo contra sus labios—. Quizá sí.

Se quedaron despiertas el resto de la noche, hablando en susurros sobre la decisión de seguir avanzando junto al río. No era la conversación que la mayoría de la gente tendría después de la primera vez que se acuestan con alguien, pero ellas no eran la mayoría de la gente y su relación no había seguido ningún patrón convencional desde el momento en que Iska entró sangrando en una enfermería subterránea y Bryn la miró como si el mundo acabara de cambiar de forma irreversible.

CAPÍTULO 19

Llevaban siete días siguiendo el río cuando este decidió traicionarlas.

No fue de golpe. Fue gradual, como todo lo que ocurría en ese paisaje que no tenía prisa por revelar nada: el cauce se estrechó durante la primera jornada, luego perdió profundidad durante la segunda, y al tercer día de marcha desde la casa forestal el río que las había protegido de los alterados, que les había dado dirección, propósito y algo parecido a la esperanza, se había convertido en un arroyo que Iska podía cruzar de un salto sin mojarse las rodillas.

—Se está secando —dijo Iska, de pie en el centro del cauce con el agua lamiendo las suelas de las botas.

Bryn no respondió. Estaba sentada en la orilla revisando el mapa mental que había ido construyendo durante los días de marcha, ese inventario de distancias, pendientes y recursos que mantenía actualizado en su cabeza porque no tenían papel ni forma de registrarlo de otra manera.

—No se está secando —dijo finalmente—. Estamos subiendo. El río nace en algún punto más arriba y a medida que nos acercamos al origen el caudal se reduce.

—El resultado es el mismo. Si sigue reduciéndose, deja de ser una barrera.

—Lo sé.

El grupo se había reducido a nueve. Dos personas se habían quedado en otra cabaña que encontraron, argumentando que un techo parcial y un arroyo cercano eran más de lo que la superficie les debía y que seguir caminando sin garantías era una estupidez. Iska no los había culpado. Bryn tampoco. A estas alturas la culpa era un lujo que ninguna de las dos se podía permitir gastar en decisiones ajenas.

Nueve personas caminando junto a un arroyo que menguaba en un valle que se iba estrechando a medida que el terreno subía, con provisiones para cuatro días y una hipótesis sobre el agua que cada metro de cauce perdido hacía menos convincente.

—¿Y si nos hemos equivocado? —preguntó Iska esa noche, tumbada junto a Bryn en un campamento que ya no necesitaba descripción porque todos los campamentos se parecían: sacos de dormir, perímetro de vigilancia y fuego si encontraban madera seca.

—¿Equivocado en qué?

—En todo. En seguir el río. En creer que el agua significa algo. En pensar que hay un sitio mejor más adelante.

Bryn tardó en responder. Iska escuchó su respiración en la oscuridad, ese ritmo que había aprendido a leer como un idioma propio: rápido significaba que estaba pensando, lento que estaba decidiendo, irregular que estaba asustada.

Esta noche era lento.

—No lo sé —dijo Bryn—. Es posible que nos hayamos equivocado. Es posible que el río no lleve a ningún sitio útil y que la hipótesis del agua sea una coincidencia que hemos convertido en patrón porque necesitábamos creer en algo.

—¿Pero?

—Pero no tenemos una alternativa mejor. Volver a la casa forestal es retroceder. Desviarnos del río es perder la única referencia que tenemos y quedarnos aquí es morir lentamente.

—Opciones inspiradoras.

—¿Querías inspiración o querías honestidad?

—Quería que me dijeras que no nos hemos equivocado.

—No puedo decirte eso.

—Lo sé. Pero quería que lo dijeras de todas formas.

Bryn se giró hacia ella en la oscuridad e Iska sintió sus labios contra la frente, un beso breve que no pretendía resolver nada sino simplemente estar ahí, un punto de contacto en medio de la incertidumbre.

—Seguimos —dijo Bryn contra su piel.

—Seguimos —repitió Iska, y la palabra sonó más pesada de lo que debería, cargada con el peso de siete días de caminar sin encontrar lo que buscaban y sin saber exactamente qué era lo que buscaban.

Los días que siguieron fueron los más difíciles desde el ataque en la carretera, no por el peligro sino por su ausencia. No hubo alterados, no hubo crisis, no hubo nada que justificara la adrenalina y que convirtiera la supervivencia en algo que se sentía activo, inmediato, con propósito. Solo caminar. Levantarse con el cuerpo dolorido por otra noche en el suelo, cargar las mochilas que pesaban menos cada día porque las provisiones se agotaban, seguir un arroyo que se adelgazaba como una promesa que se retracta, y caminar.

Dejaron de hablar tanto. No por enfado ni por distancia sino porque las conversaciones se habían agotado de la misma forma que

las provisiones: gradualmente, sin un momento exacto en que se terminaran, simplemente descubriendo que hoy había menos que decir que ayer y que mañana habría menos todavía. Los silencios entre ellas, que al principio habían sido tensos y luego íntimos, se convirtieron en algo diferente: funcionales, neutros, el silencio de dos personas que ya no necesitan llenar el espacio entre ellas con palabras porque el espacio ya está lleno de otras cosas.

Iska descubrió que el agotamiento tiene una textura particular cuando no hay peligro que lo justifique. En la carretera, durante las persecuciones, cuando los alterados estaban cerca, el cansancio era algo que el cuerpo procesaba y convertía en combustible, en acción, en movimiento. Aquí, el cansancio era solo cansancio. Sin propósito, sin nada que lo transformara en algo útil. Era levantarse y poner un pie delante del otro porque la alternativa era no levantarse, y no levantarse no era una opción cuando nueve personas dependían de que las dos personas que habían tomado la decisión de seguir el río siguieran creyendo que esa decisión tenía sentido.

—¿Cuánta agua lleva? —preguntó Bryn al noveno día, señalando el arroyo que en ese punto era poco más que un hilo entre piedras.

—Suficiente para beber. Insuficiente para detener nada.

—¿Podría un alterado cruzar esto?

Iska miró el arroyo. Medio metro de ancho, cinco centímetros de profundidad. Una persona podía cruzarlo sin darse cuenta de que estaba ahí.

—Sí —dijo—. Podría.

Bryn asintió una vez, procesando la información con esa eficiencia que no había perdido ni siquiera en los peores momentos.

—Entonces ya no estamos protegidas.

—No. Probablemente no.

Se miraron durante un momento que contenía toda la conversación que no iban a tener: que quizá habían apostado mal, que quizá el río no llevaba a ningún sitio, que quizá deberían haber hecho lo que hicieron los dos que se quedaron en la casa forestal y conformarse con lo que tenían en lugar de buscar algo mejor que podía no existir.

—¿Quieres volver? —preguntó Iska.

—No. ¿Tú?

—No.

—Entonces seguimos.

—Entonces seguimos.

No fue inspirador. No fue un momento de determinación heroica ni de fe renovada. Fue terquedad, pura y simple, la decisión de seguir caminando porque ya habían caminado demasiado como para que darse la vuelta tuviera sentido.

Al décimo día el valle se abrió.

Fue gradual, como todo en ese paisaje, pero Iska lo notó en la forma en que la luz cambiaba, en cómo los árboles se espaciaban y la vegetación se hacía más baja, en cómo el horizonte dejaba de ser una pared de troncos para convertirse en algo con distancia. El arroyo, que llevaba dos días reducido a casi nada, giró en una curva amplia y el terreno descendió suavemente hacia un espacio más ancho donde la pendiente se aplanaba.

—El valle está cambiando —dijo Iska.

—¿Hacia qué?

—No lo sé. Pero se abre.

Bryn se detuvo a su lado y miró hacia delante. El cansancio estaba en sus ojos, en las ojeras que se habían vuelto permanentes, en la forma en que sus hombros se curvaban bajo el peso de la mochila. Pero su mirada era la misma que había tenido el primer día: atenta, evaluando, buscando.

—Si el valle se abre, el agua tiene que ir a algún sitio —dijo Bryn —. Los arroyos no desaparecen. Confluyen.

—¿Confluyen?

—Se juntan con otros arroyos. Se hacen más grandes. Van a parar a...

—A algo más grande.

—A algo más grande.

Se miraron, e Iska vio algo en los ojos de Bryn que llevaba días sin ver: no era esperanza, porque Bryn no tenía esperanza sin datos, sino posibilidad. La admisión de que había una variable que no habían considerado y de que esa variable podía cambiar la ecuación.

—No sabemos qué hay más adelante —dijo Bryn, porque era incapaz de dejar una posibilidad sin su correspondiente advertencia.

—No. No lo sabemos.

—Podría no haber nada.

—Pero el agua va a algún sitio.

Bryn le tomó la mano. No con la urgencia de los primeros días ni con la necesidad desesperada de las noches después de los ataques. Con algo más cotidiano, más simple, el gesto de alguien que coge la mano de la persona con la que camina porque es lo natural, porque así es como se camina cuando estás con alguien a quien quieres.

Iska apretó sus dedos y siguieron adelante.

No hablaron más esa mañana. No hacía falta. El arroyo seguía su curso a sus pies, delgado y obstinado, negándose a desaparecer del todo, y ellas lo seguían con la misma obstinación, dos mujeres caminando por un valle que se abría hacia algo que no podían ver todavía pero que el agua, si el agua sabía algo que ellas no, les prometía en silencio.

Esa noche, en el campamento, Bryn se acurrucó contra la espalda de Iska en el saco de dormir y apoyó los labios en su nuca, y murmuró algo que Iska casi no escuchó.

—¿Qué?

—He dicho que mañana.

—¿Mañana qué?

—Mañana vamos a encontrar algo. No sé qué. Pero vamos a encontrarlo.

—¿Eso es una predicción médica?

—Es terquedad. La mía es diferente de la tuya, pero no es menos eficaz.

Iska sonrió en la oscuridad, sintiendo el aliento de Bryn contra su piel y el peso de su brazo alrededor de su cintura, y pensó que si esto era todo lo que el mundo les daba, si mañana no encontraban nada, pasado mañana tampoco y el arroyo se secaba del todo y tenían que volver sobre sus pasos y empezar de nuevo, seguiría siendo suficiente. No porque la situación lo fuera, que no lo era, sino porque la persona que tenía detrás lo era.

No se lo dijo. Algunas cosas no necesitan decirse cuando la persona que tiene que escucharlas ya las sabe.

Se durmieron así, juntas, en un valle que se abría hacia algo que todavía no tenía nombre, con un arroyo obstinado corriendo a pocos

metros y nueve personas durmiendo alrededor con la confianza agotada de quienes han decidido seguir caminando porque detenerse requiere más valor del que les queda.

CAPÍTULO 20

La discusión empezó por el agua.

No por el arroyo, que seguía adelgazándose con esa constancia que ya era más insulto que preocupación, sino por la cantimplora. La de Iska tenía una grieta en la base que llevaba dos días goteando y que había ignorado porque arreglar cosas era lo suyo y porque admitir que no podía arreglar una cantimplora con las manos desnudas, en medio de un valle sin herramientas era admitir algo más grande que no quería mirar de frente.

—Estás perdiendo agua —dijo Bryn cuando pararon a descansar al mediodía.

—Lo sé.

—¿Desde cuándo?

—Desde antes de ayer.

—¿Y no has dicho nada?

—Porque no hay nada que hacer. No tengo con qué sellarla.

—Podrías haber usado la mía. Podrías haber rellenado con más frecuencia. Podrías haber dicho algo en lugar de caminar dos días perdiendo agua que no tenemos de sobra.

—No quería preocuparte.

—Iska, estamos caminando por un valle sin saber adónde vamos, el arroyo tiene menos agua cada día y nuestras provisiones

se acaban. Todo me preocupa. Tu cantimplora goteando no cambia eso, pero al menos si me lo dices puedo hacer algo.

—¿Cómo qué?

—Como compartir la mía. Como racionar mejor. Como tomar decisiones basadas en información real en lugar de en lo que tú decides que necesito o no necesito saber.

—No es eso.

—Es exactamente eso. Es lo mismo que haces siempre: decides sola qué es importante y qué no, y para cuando me entero ya hemos perdido medio litro de agua que no podemos recuperar.

Iska apretó la mandíbula. Sabía que Bryn tenía razón, lo cual hacía que la rabia fuera peor, porque la rabia injustificada es más fácil de sostener que la rabia contra una misma por haber cometido un error estúpido.

—Tienes razón —dijo.

—Lo sé.

—¿Puedes no decir «lo sé» como si fuera obvio?

—Es que era obvio.

—Bryn.

—¿Qué?

Se miraron durante un momento que podría haber ido en cualquier dirección: otra discusión, un silencio frío, una retirada a esquinas separadas del campamento. Pero Iska vio la comisura de la boca de Bryn temblar, ese micro-movimiento que delataba que estaba conteniendo algo que no era rabia, y Bryn vio a Iska apretar los labios de esa forma que significaba que sabía que había sido idiota y que admitirlo le costaba físicamente.

—Es una cantimplora —dijo Iska.

—Sí —confirmó Bryn.

—Estamos discutiendo por una cantimplora.

—Estamos discutiendo porque llevamos diez días caminando sin encontrar nada y necesitamos discutir por algo o vamos a explotar.

Iska soltó el aire que había estado conteniendo.

—Sí. Probablemente es eso.

—Usa mi cantimplora. Rellenamos las dos en el arroyo y llevas la tuya como reserva, aunque gotee. Algo es mejor que nada.

—De acuerdo.

—Y la próxima vez que algo se rompa...

—Te lo digo. Te lo prometo.

—Bien.

Se levantaron, rellenaron las cantimploras en el arroyo que apenas daba para ello, y siguieron caminando sin que nadie del grupo comentara la discusión porque a estas alturas las discusiones entre Bryn e Iska eran parte del paisaje, tan predecibles como la niebla de la mañana y tan breves como los claros de la tarde.

El valle siguió abriéndose durante la jornada. El terreno descendía con una suavidad que habría sido agradable si no llevaran días caminando por pendientes que les habían destrozado las rodillas, y la vegetación cambió de forma gradual: menos árboles altos, más arbustos bajos, más espacio entre las cosas. Iska notó que el arroyo se curvaba hacia la izquierda siguiendo la inclinación natural del terreno, y que en algunos tramos se ensanchaba ligeramente, como si recibiera agua de algún afluente subterráneo que no podían ver.

—Se está recuperando —dijo Iska.

—¿El arroyo?

—Mira. Hace dos horas lo podías cruzar pisando las piedras. Ahora te mojarías los tobillos.

Bryn miró. No dijo nada, pero Iska vio cómo sus hombros se relajaban un milímetro, ese ajuste mínimo que en Bryn equivalía a un suspiro de alivio.

Acamparon esa noche en un punto donde el arroyo se juntaba con otro que bajaba de la derecha, formando un cauce que ya merecía de nuevo el nombre de arroyo y no el de hilo de agua. La confluencia creaba una poza poco profunda donde pudieron beber y lavarse la cara por primera vez en días, y la moral del grupo subió de forma perceptible sin que nadie dijera nada al respecto, porque nombrar la esperanza era arriesgarse a espantarla.

En el saco de dormir, Iska se giró hacia Bryn y la encontró despierta, como siempre, con los ojos abiertos mirando el cielo que esa noche estaba despejado por primera vez en una semana.

—Estrellas —dijo Bryn.

—Son bonitas.

—¿Sabes? A veces me olvido de que nunca las había visto antes de salir. Ya parecen normales. Como si siempre hubieran estado ahí.

—Siempre han estado ahí, Bryn. Solo que nosotras no.

Bryn giró la cabeza para mirarla e Iska la besó antes de que pudiera decir nada más, un beso lento al que Bryn respondió con las manos en su pelo, atrayéndola más cerca, e Iska sintió cómo la tensión del día se transformaba en otra cosa, en ese idioma físico que habían aprendido en la casa forestal y que usaban ahora con la fluidez de quien ya conoce las palabras y puede improvisar con ellas.

Fue rápido esta vez. No por urgencia sino por eficiencia, por el conocimiento de los cuerpos de la otra que convertía los tanteos del

principio en algo más directo, más seguro. Las manos de Iska sabían dónde ir. La boca de Bryn sabía qué hacer. Y cuando terminaron, jadeando en la oscuridad con las manos todavía en la piel de la otra, Iska se rio en voz baja.

—¿Qué? —murmuró Bryn.

—Que esta mañana estábamos discutiendo por una cantimplora y ahora estamos aquí, teniendo sexo.

—Es un rango emocional impresionante para un solo día.

—Es nuestro rango emocional habitual.

—Sí. Supongo que sí.

Bryn le besó el hombro, un gesto tan cotidiano que Iska sintió algo apretarse en su pecho ante lo doméstico de la situación: dos personas que se pelean por la mañana, se reconcilian por la noche y se levantan al día siguiente a seguir caminando juntas. No era glamuroso. No era épico. Era una relación funcionando en las peores condiciones posibles, y eso lo hacía más real que cualquier declaración.

CAPÍTULO 21

El lago apareció sin aviso.

Llevaban toda la mañana siguiendo el arroyo, que se había convertido en algo respetable durante la noche, ancho como dos brazos extendidos y con una corriente que arrastraba hojas y espuma entre piedras, cuando el valle dio un último giro y el bosque se abrió de golpe.

Iska se detuvo y detrás de ella lo hicieron Bryn y los demás.

El lago ocupaba el fondo del valle como si hubiera estado esperándolas. No era enorme, quizá un kilómetro de orilla a orilla en su punto más ancho, pero después de semanas de arroyos, ríos estrechos y charcos de lluvia, parecía un océano. El agua era oscura, gris verdosa, con una quietud que contrastaba con todo lo que habían visto hasta ahora: sin corriente visible, sin espuma, solo una superficie lisa que reflejaba el cielo cubierto como un espejo sucio. Las orillas eran irregulares, recortadas por entrantes de roca y lenguas de vegetación que se adentraban en el agua, y una niebla baja se arrastraba sobre la superficie en los puntos donde la temperatura del agua y la del aire no se ponían de acuerdo.

—Dios —dijo alguien detrás de ellas.

Iska miró a Bryn. La expresión de Bryn era la que ponía cuando procesaba algo que no encajaba en sus categorías existentes: ojos

muy abiertos, mandíbula ligeramente floja, las manos inmóviles a los costados como si su cuerpo hubiera olvidado que tenía extremidades.

—Bryn.

—Lo veo.

—¿Estás bien?

—Lo veo, Iska. Es un lago.

—Sí.

—El arroyo desemboca en un lago.

Bryn parpadeó y algo en su expresión se recompuso, la doctora volviendo a ocupar el espacio que el asombro había dejado vacante.

—Si el agua funciona como barrera —dijo, y su voz temblaba en los bordes de una forma que intentaba contener—, esto es...

—Esto es mucho agua.

Bajaron la pendiente hasta la orilla. El arroyo se ensanchaba en los últimos metros antes de vaciarse en el lago, formando una zona pantanosa donde la vegetación crecía en matas densas y el suelo era blando bajo las botas. Iska se agachó junto al borde y tocó el agua: fría, más que el arroyo, con esa temperatura que sugería profundidad.

—Es glaciar —dijo Bryn a su lado, mirando las formaciones rocosas que rodeaban el lago—. O lo fue. Mira la forma del valle, las paredes laterales, el fondo plano. Esto lo excavó un glaciar hace miles de años. El lago es lo que quedó cuando se retiró.

—¿Eso importa?

—Importa porque significa que es profundo. Los lagos glaciares pueden tener decenas de metros de profundidad. Y significa que se

alimenta de fuentes subterráneas además del arroyo. No se va a secar.

Iska se incorporó y miró hacia el centro del lago, entornando los ojos contra la luz difusa que se reflejaba en la superficie. La niebla dificultaba la visión a distancia, pero algo interrumpía la línea del agua en algún punto que no podía calcular con precisión.

—¿Ves eso? —preguntó, señalando.

Bryn siguió la dirección de su mano.

—¿El qué?

—En el centro. O casi en el centro. Hay algo que rompe la superficie.

—Podría ser una roca.

—Es demasiado grande para una roca. Y tiene vegetación encima. ¿Ves el verde?

Bryn entornó los ojos. El silencio se extendió durante varios segundos mientras ambas miraban ese punto en medio del lago donde la niebla se abría lo suficiente como para sugerir una forma sin revelarla del todo.

—Es un islote —dijo Bryn.

—Un islote en medio de un lago.

—Sí.

Se miraron. Iska vio en los ojos de Bryn el mismo cálculo que estaba haciendo ella, las mismas variables cayendo en su sitio con una precisión que no necesitaba palabras: agua por todos lados, distancia de la orilla, inaccesible sin nadar o sin balsa. Si la hipótesis del agua era correcta y si lo que habían visto en el río no era una coincidencia…

—No sabemos cuánto mide —dijo Bryn—. No sabemos si tiene agua dulce, si el terreno es habitable, si hay espacio suficiente para once personas.

—No.

—No sabemos la distancia a nado. Con la temperatura de este agua, la hipotermia es un riesgo real. Y tu costado...

—Mi costado está cerrado. No al cien por ciento, pero está cerrado.

—Iska.

—¿Qué quieres que te diga, Bryn? Que es perfecto, que no hay riesgo, que tenemos toda la información que necesitamos. No la tenemos. Pero míralo. Mira dónde estamos.

Bryn miró el lago. Iska la vio recorrer con los ojos la superficie, las orillas, el islote difuso en el centro, y vio cómo algo se movía en su expresión, algo lento y cauteloso que no era esperanza todavía pero que se le parecía lo suficiente.

—Necesitamos verlo de cerca —dijo Bryn.

—¿Eso es un sí?

—Es un «necesitamos verlo de cerca». No es un sí ni un no. Es el paso que viene antes de decidir.

—De acuerdo. ¿Cómo lo hacemos?

—Rodeamos el lago por la orilla hasta el punto más cercano al islote. Evaluamos la distancia. Si es viable, cruzamos tú y yo primero. Si el terreno es habitable, vuelve una de las dos a buscar al resto.

—¿Una de las dos? ¿Cuál?

—La que nade mejor.

Iska sintió la risa antes de que saliera, un sonido breve, casi incrédulo, que se le escapó porque la situación era absurda y maravillosa a partes iguales: dos mujeres que habían nacido bajo tierra, que no habían visto el cielo hasta hacía tres semanas, que habían aprendido a nadar en piscinas del tamaño de una celda, planificando cruzar un lago glaciar para llegar a un islote que apenas podían ver.

—¿De qué te ríes? —preguntó Bryn.

—De nosotras.

—¿Por qué?

—Porque hace un mes estábamos en una celda de dos por tres metros hablando de viento que no habíamos sentido nunca. Y ahora estamos aquí. Delante de un lago. Planificando mudarnos a una isla.

Bryn la miró durante un momento largo y luego hizo algo que Iska no esperaba: sonrió. No la sonrisa contenida que usaba cuando el humor se filtraba a través de su control, ni la mueca irónica que le dedicaba cuando Iska decía algo que la desarmaba. Una sonrisa completa, abierta, que le transformó la cara de una forma que Iska no le había visto nunca y que quiso memorizar para guardarla en algún sitio donde no pudiera perderse.

—Es bastante absurdo —admitió Bryn.

—Lo es.

—Vamos a hacerlo de todas formas.

—Obviamente.

Bryn le tomó la cara con las dos manos y la besó, breve pero firme, un beso que sabía a decisión tomada. Luego se separó, se ajustó la mochila y miró hacia el grupo que esperaba en la pendiente

observando el lago con expresiones que iban desde el escepticismo hasta algo que en otro contexto se habría llamado fe.

—Rodeamos la orilla —dijo Bryn en voz alta, con esa voz que el grupo había aprendido a seguir—. Buscamos el punto más cercano al islote. Antes del anochecer quiero saber si eso de ahí es tierra firme o un montón de rocas.

El grupo se movió. Todos bordeando un lago glaciar en un valle que ningún habitante de Coreline había pisado en ochenta años, siguiendo a dos mujeres que no tenían más certeza que una hipótesis sobre el agua y la terquedad de haber caminado demasiado como para detenerse ahora.

Iska caminó junto a Bryn, como siempre, y mientras rodeaban la orilla con el lago extendiéndose a su izquierda, el islote fue ganando definición a medida que la niebla cedía: roca oscura, vegetación baja, una forma irregular que parecía tener el tamaño suficiente. No era grande. No era cómodo. No era nada que nadie en su sano juicio llamaría hogar.

Pero estaba rodeado de agua. Y el agua, hasta donde sabían, era lo único que los alterados no cruzaban.

CAPÍTULO 22

Cruzaron al amanecer.

La distancia al islote desde el punto más cercano de la orilla era de unos ciento cincuenta metros, lo que Bryn calculó observando el reflejo de las rocas en el agua y lo que Iska calculó, diciendo «es lejos pero no es imposible», que venía a ser lo mismo expresado en idiomas diferentes.

Nadaron juntas. El agua estaba tan fría que Iska dejó de sentir las piernas antes de llegar a la mitad, y el costado protestó con un dolor sordo que ignoró porque la alternativa era darse la vuelta, y la alternativa no existía. Bryn nadaba a su lado con una brazada eficiente que no delataba el esfuerzo que le costaba, y en algún punto del trayecto sus manos se encontraron bajo el agua en un contacto breve que no era práctico, pero que ambas necesitaban.

Tocaron roca al mismo tiempo e Iska sintió la superficie rugosa bajo las palmas, se impulsó hacia arriba y se quedó tumbada boca arriba en la piedra durante un minuto entero, jadeando, temblando, mirando el cielo gris con la certeza de que estaba exactamente donde tenía que estar.

—¿Estás viva? —preguntó Bryn a su lado, igual de empapada e igual de jadeante.

—Creo que sí. ¿Tú?

—No estoy segura. Pregúntamelo cuando deje de sentir agujas en las piernas.

Se incorporaron cuando el temblor cedió lo suficiente como para ponerse de pie, y miraron lo que tenían.

El islote era más grande de lo que parecía desde la orilla. Irregular, alargado, quizá ochenta metros en su eje largo y cuarenta en el corto, con una superficie de roca oscura cubierta por vegetación baja, arbustos resistentes y matas de hierba que crecían en las grietas donde se acumulaba tierra. El centro era más elevado, una especie de loma natural que daba visibilidad sobre el agua en todas las direcciones, y en el extremo norte había un grupo de árboles pequeños, torcidos por el viento, pero vivos, lo bastante juntos como para ofrecer algo parecido a protección.

—Agua dulce —dijo Bryn, agachándose junto a una depresión en la roca donde se acumulaba líquido transparente—. Lluvia, probablemente. Si encontramos más de estas pozas, tendremos reservas.

—Hay al menos tres que puedo ver desde aquí. Y el terreno tiene pendiente suficiente como para canalizar la lluvia si construimos algo.

—¿Construir con qué?

Iska miró a su alrededor, evaluando materiales con el ojo automático de alguien que llevaba años arreglando cosas con lo que tenía a mano.

—La roca es sólida. Se puede usar como base sin cimentar. Los árboles del norte son pequeños, pero hay ramas gruesas en el suelo, arrastradas por el viento. Y en la orilla del lago hay troncos varados. Si los traemos flotando...

—¿Troncos flotando por ciento cincuenta metros de agua helada?

—¿Tienes una idea mejor?

—No. Solo verifico que la idea que tenemos es tan descabellada como suena.

—Lo es. ¿Seguimos con ella?

Bryn miró el islote, el lago, la orilla lejana donde siete personas esperaban una señal, e Iska vio cómo su expresión recorría el camino que ya conocía: evaluación, objeción, recálculo y aceptación.

—Seguimos con ella.

Volvieron a nado para buscar al grupo. El segundo cruce fue peor que el primero porque el cuerpo ya sabía lo que venía y protestaba antes de entrar, pero llegaron, y cuando Bryn explicó lo que habían encontrado, las personas que esperaban en la orilla escucharon con expresiones que Iska no supo clasificar del todo: ¿alivio? ¿incredulidad? ¿el cansancio específico de quien quiere creer, pero ya no sabe cómo?

Cruzaron en tres turnos porque no todos nadaban con la misma confianza y porque el frío del agua convertía cada trayecto en un riesgo que había que dosificar. Iska hizo el cruce cinco veces en total, acompañando a los que dudaban, y cuando la última persona tocó la roca del islote, se sentó en el borde y miró el lago que los rodeaba pensando que si los alterados querían llegar hasta ellos, tendrían que aprender a nadar ciento cincuenta metros de agua glaciar.

—¿Ahora qué? —preguntó un hombre llamado Dael que no hablaba mucho pero que cargaba más peso del que le correspondía sin quejarse.

—Ahora construimos —dijo Iska.

—¿Con qué?

—Con lo que hay. Que no es mucho, pero es más de lo que teníamos ayer.

El primer día fue para el inventario. Iska recorrió el islote metro a metro mientras Bryn organizaba al grupo en tareas que pudieran hacer cuando ella exploraba: recolectar ramas, identificar las pozas de agua dulce, limpiar la zona central de piedras sueltas y buscar cualquier cosa que pudiera servir como herramienta o material.

Lo que encontró fue esto: roca sólida como base, suficiente tierra acumulada en las grietas para que creciera vegetación baja, los árboles del norte cuyas raíces indicaban que el viento predominante venía del oeste, media docena de troncos varados en la orilla sur del islote que el lago había depositado allí durante años, y una depresión natural en la zona central que ofrecía protección contra el viento si se levantaban paredes a su alrededor.

—Aquí —le dijo a Bryn esa tarde, señalando la depresión—. La cabaña va aquí. El terreno natural hace de cimiento, solo hay que levantar paredes y cubrir.

—¿Cuántas personas caben?

—Si lo hacemos bien, todas. Será estrecho, pero menos que la casa forestal.

—¿Cuánto tiempo?

Iska calculó. Madera disponible, manos disponibles, herramientas inexistentes y experiencia del grupo en construcción que era prácticamente nula.

—Una semana para algo básico. Paredes bajas, techo de ramas, sin puerta. Un mes para algo decente si conseguimos traer más

madera de la orilla.

—Una semana sin techo.

—Hemos dormido tres semanas sin techo. Una más no nos va a matar.

—El optimismo es nuevo en ti.

—No es optimismo. Es que por primera vez tengo un problema que sé resolver.

Bryn la miró con una expresión que Iska tardó un momento en reconocer como orgullo, o algo cercano al orgullo, y luego se giró hacia el grupo.

—Escuchad —dijo, y las personas que estaban dispersas por el islote levantaron la cabeza—. Iska va a coordinar la construcción de un refugio. Necesita brazos, no experiencia. Lo que no sepáis hacer, os lo enseñará. Yo me encargo de agua, racionamiento y cualquier problema médico. ¿Preguntas?

—¿Cuánto tiempo nos quedamos? —preguntó una mujer joven que se llamaba Vera y que había sobrevivido al ataque de la carretera sin un rasguño, pero con una mirada que no había vuelto a ser la misma desde entonces.

Bryn miró a Iska. Iska miró a Bryn. Y en ese intercambio silencioso estuvo la respuesta antes de que ninguna la formulara en voz alta.

—No lo sabemos —dijo Bryn—. Pero de momento, esto es lo mejor que hemos encontrado. Agua por todos lados, terreno defendible y recursos mínimos pero reales. Nos quedamos hasta que tengamos una razón para irnos o un sitio mejor adónde ir.

Nadie discutió. No porque estuvieran de acuerdo necesariamente, sino porque después de tres semanas caminando,

la idea de no caminar mañana era más poderosa que cualquier objeción.

Esa noche durmieron en el islote por primera vez, once personas apiñadas en la depresión natural con los sacos de dormir sobre la roca y el cielo abierto sobre sus cabezas. Iska se tumbó junto a Bryn en el borde del grupo, mirando las estrellas que empezaban a aparecer entre las nubes.

—Bryn.

—¿Sí?

—Lo hemos encontrado.

—Hemos encontrado algo. No sé si es lo que buscábamos.

—No buscábamos nada concreto. Buscábamos un sitio donde parar. Esto es un sitio donde parar.

—Es una roca en medio de un lago.

—Es nuestra roca en medio de un lago.

Bryn guardó silencio durante un momento y luego su mano encontró la de Iska sobre la piedra fría, e Iska sintió cómo sus dedos se entrelazaban con esa familiaridad que ya no necesitaba pensarse.

—Mañana empezamos a construir —dijo Bryn.

—Sí.

—¿Sabes lo que estás haciendo?

—Más o menos. He reparado sistemas de ventilación, tuberías, paneles eléctricos y una vez un generador de emergencia con un destornillador y medio metro de cable. Una cabaña no puede ser mucho más difícil.

—Una cabaña es completamente diferente a un generador.

—El principio es el mismo. Cosas que encajan con otras cosas para que el resultado sea funcional. La escala cambia, la lógica no.

—Eso es lo más de ingeniera que te he oído decir nunca.

—Técnica de mantenimiento.

—Ingeniera.

Iska sonrió contra la oscuridad y apretó la mano de Bryn, y se quedaron así, tumbadas sobre la roca con el lago rodeándolas como un foso que no habían pedido pero que el mundo les había dado de todas formas, escuchando el agua lamer las orillas del islote con un sonido que Iska decidió interpretar como promesa.

No era un hogar. Todavía no. Pero era el lugar donde lo construirían.

CAPÍTULO 23

Llevaban cuatro días en el islote cuando aparecieron los supervivientes.

Iska estaba en la loma central evaluando la cabaña a medio construir, tres paredes bajas de piedra apilada y troncos encajados que todavía no tenían techo pero que ya definían un espacio habitable, cuando vio movimiento en la orilla sur del lago. Al principio pensó que eran alterados. El movimiento era errático, rápido, con esa cualidad desordenada que el pánico imprime en los cuerpos, y su primer instinto fue agacharse y silbar dos veces hacia donde Bryn revisaba el sistema de canalización junto a las pozas de agua.

Bryn levantó la cabeza, siguió la dirección que Iska señalaba y se quedó quieta.

Tres figuras bajaban por la pendiente de la orilla a una velocidad que solo el terror explicaba, tropezando con la vegetación, cayendo y levantándose sin detenerse. Detrás de ellas, a una distancia que se cerraba demasiado rápido, las siluetas que Iska ya conocía de sobra: encorvadas, grises, moviéndose con esa velocidad imposible para cuerpos tan deteriorados.

Las tres figuras llegaron a la orilla del lago y se detuvieron. Iska pudo ver la vacilación desde lejos: el agua delante, los alterados

detrás, la decisión imposible de alguien que no sabe si lo que tiene enfrente es salvación o una forma diferente de morir.

—¡Al agua! —gritó Iska, y su voz cruzó la superficie del lago con una claridad que la sorprendió—. ¡Meteos en el agua y nadad hacia aquí!

—¡No cruzan! —gritó Bryn junto a ella—. ¡El agua los detiene!

Una mujer fue la primera en decidirse. Se lanzó al lago con un movimiento torpe que levantó una explosión de espuma y empezó a bracear con más desesperación que técnica. Un hombre grande la siguió inmediatamente, hundiéndose hasta los hombros antes de encontrar el ritmo. El tercero dudó. Se quedó en el borde con los alterados a veinte metros, mirando el lago como si fuera otra trampa.

—¡Entra ahora! —gritó Iska.

El hombre entró de espaldas, casi cayendo, y el agua se lo tragó hasta el cuello antes de que empezara a bracear hacia el islote.

Los alterados llegaron a la orilla.

Iska los observó con una atención que ya no era pánico sino algo más frío, más analítico. Cuatro criaturas que se detuvieron exactamente donde empezaba el agua, como si una línea invisible les prohibiera el paso. Se movían de un lado a otro con esa agitación que recordaba del río, ese ir y venir que parecía frustración sin la inteligencia necesaria para procesarla. Uno extendió un pie hacia el agua, la rozó y retrocedió con un espasmo brusco, como si el contacto le quemara.

—Es definitivo —dijo Bryn, y su voz tenía un peso diferente del que había tenido todas las veces anteriores. No era una hipótesis ni esperanza disfrazada de dato. Era certeza.

Los tres supervivientes tardaron diez minutos en llegar al islote. Dael y otro hombre del grupo los ayudaron a salir del agua, arrastrándolos por la roca hasta que estuvieron tumbados boca arriba, temblando, tosiendo, vivos.

La mujer habló primero. Era más o menos de la edad de Bryn, morena, con el pelo cortado a trasquilones y una cicatriz reciente en el antebrazo.

—¿Cómo sabíais lo del agua?

—Llevamos días observándolo —dijo Iska—. ¿Cómo os llamáis?

—Mara. El grande es Tomas. El que casi no entra es Ansel.

Tomas levantó una mano desde el suelo en algo que pretendía ser un saludo, pero que era más bien la confirmación de que seguía consciente. Ansel no se movió. Estaba tumbado con los ojos cerrados y esa expresión que Iska conocía bien: la de alguien que todavía no ha decidido si lo que acaba de pasar es real.

—¿De dónde venís? —preguntó Bryn, arrodillándose junto a Mara para examinar la herida del brazo.

—Del grupo de la carretera. El que se separó del vuestro, si sois quienes creo que sois.

Iska sintió algo frío en el estómago.

—¿Cuántos erais?

—Veinticuatro al principio. Luego veinte. Luego doce. —Mara hizo una pausa que contenía todo lo que no iba a decir—. Luego nosotros tres.

—¿Lena? —preguntó Bryn sin levantar la vista de la herida—. Mujer delgada, con una trenza, técnica de sistemas. Cojeaba por una herida en la pierna.

—La recuerdo. Se separó con un grupo pequeño al tercer o cuarto día. No sé qué fue de ellos.

Bryn asintió una vez y siguió trabajando en el brazo de Mara con esa eficiencia que era su forma de procesar lo que no podía controlar.

—¿Os han seguido mucho tiempo? —preguntó Iska.

—Dos días —dijo Tomas, incorporándose con dificultad—. Desde que cruzamos un puente sobre un río seco. Piedras, nada de agua. Lo cruzamos sin problemas. Ellos también.

Iska miró a Bryn. Un río seco. Sin agua. Sin barrera. La confirmación inversa de todo lo que llevaban días comprobando: no era el cauce, no era el terreno y no era la profundidad. Era el agua en sí.

—Entonces es verdad —dijo Mara, leyendo algo en sus expresiones—. Lo del agua funciona siempre.

—Tres veces lo hemos visto antes de hoy —dijo Bryn—. Río con corriente, arroyo ancho y este lago. Nunca cruzan. Y ahora vosotros confirmáis que donde no hay agua, sí pasan.

—Cuatro pruebas a favor —murmuró Iska—. No es un estudio científico, pero es un patrón bastante claro.

Ansel abrió los ojos. Era más joven de lo que Iska había calculado, quizá de su edad, con una expresión que mezclaba agotamiento con algo parecido al cálculo.

—¿Cuánto tiempo lleváis aquí?

—Cuatro días.

—¿Y ningún alterado ha intentado cruzar?

—Ni siquiera los habíamos visto en la orilla hasta que aparecisteis vosotros.

Ansel recorrió el islote con la mirada: las paredes a medio construir, las pozas de agua y las personas que los observaban desde distintos puntos de la roca. Luego midió la distancia hasta la orilla donde los alterados ya habían desaparecido.

—¿Podemos quedarnos? —preguntó Mara.

—Hay sitio —dijo Bryn antes de que Iska respondiera, con una firmeza que no admitía matices—. No mucho, pero hay.

Iska la miró. Bryn le devolvió la mirada con esa expresión que ya no necesitaba traducción.

—Bienvenidos a la roca —dijo Iska—. No tiene nombre, no tiene techo todavía y la comida es un problema sin resolver. Pero es lo más seguro que hemos encontrado desde que salimos de Coreline.

Mara asintió. Tomas asintió. Ansel no, pero tampoco discutió, lo cual por ahora bastaba.

Esa noche eran doce en el islote. Iska se tumbó junto a Bryn en su rincón de la depresión central, con la cabaña a medio construir a sus espaldas y el lago rodeándolas, y por primera vez desde que habían descubierto el islote se permitió pensar en él no como refugio temporal sino como algo que podía durar.

—Cuatro veces —dijo Bryn en voz baja—. Más el río seco. Cinco datos apuntando en la misma dirección. No es una certeza absoluta, pero es lo más cerca que vamos a estar.

—¿Significa eso que puedo dejar de oírte decir «es solo una hipótesis»?

—Significa que puedo actualizar la hipótesis a teoría con evidencia consistente.

—Es lo más romántico que me has dicho nunca —dijo Iska.

—No estoy siendo romántica. Estoy siendo precisa.

—En ti es lo mismo.

Bryn giró la cabeza e Iska vio algo en sus ojos que no había visto antes, o que había visto en fragmentos pero nunca entero: la ausencia de reserva. No la cautelosa esperanza que dosificaba como antibióticos, no la aceptación a regañadientes con que recibía cada buena noticia. Algo más limpio, más abierto, como una puerta que llevara años cerrada y que por fin tuviera motivos suficientes para abrirse.

—Podemos quedarnos —dijo Bryn, y lo dijo como quien pronuncia algo por primera vez después de haberlo pensado mil veces, probando cómo suena en voz alta, comprobando si el aire lo sostiene.

Iska la besó, breve, con sabor a lago y a algo que se parecía al alivio, pero que era más grande que el alivio, y cuando se separó apoyó la frente contra la de Bryn en ese gesto que era suyo desde la celda de Coreline, desde antes del sorteo, la superficie y los alterados, desde el principio.

—Nos quedamos.

CAPÍTULO 24

La primera discusión seria ocurrió al tercer día de ser doce.

No fue por comida ni por espacio ni por ninguna de las cosas que Iska habría predicho. Fue por la balsa. O más exactamente, por quién podía usarla y cuándo.

Habían construido la balsa durante los dos primeros días después de la llegada de Mara, Tomas y Ansel, usando los troncos varados en la orilla sur del islote y cuerdas improvisadas con tiras de corteza trenzada. Era precaria, se hundía ligeramente por un lado y requería dos personas para manejarla, pero flotaba y podía transportar madera y provisiones desde la orilla del lago sin que nadie tuviera que nadar ciento cincuenta metros de agua helada cargando peso.

El problema era que Ansel quería usarla para explorar.

—Hay orilla sin cartografiar al norte y al oeste —dijo durante lo que se había convertido en la reunión matinal del grupo, doce personas sentadas en círculo en la depresión central mientras el sol intentaba atravesar las nubes—. No sabemos qué hay ahí. Podrían ser recursos, refugios, incluso otros supervivientes.

—O podrían ser alterados —dijo Iska.

—Los alterados no cruzan el agua. Eso ya lo hemos establecido.

—Los alterados no cruzan el agua hasta donde sabemos. Pero la orilla es tierra firme, y si te acercas en la balsa y están ahí...

—No estoy hablando de desembarcar. Estoy hablando de observar desde el agua. Reconocimiento a distancia segura.

—¿Y si la balsa se rompe cerca de la orilla? ¿Y si la corriente te arrastra? Esa balsa es lo único que tenemos para transportar madera. Si la perdemos, perdemos la capacidad de construir.

—Si no exploramos, construimos a ciegas. No sabemos qué hay al otro lado del lago.

—Sabemos que aquí estamos vivos. Eso es suficiente por ahora.

—Para ti quizá. ¿Para los demás?

Iska sintió la tensión del grupo antes de verla en sus caras. Ansel no estaba siendo hostil, no exactamente, pero había algo en su tono que sugería que llevaba días acumulando opiniones que no había compartido y que esta mañana había decidido dejar salir todas a la vez.

Bryn intervino antes de que Iska respondiera.

—La balsa tiene dos funciones prioritarias ahora mismo: traer madera para terminar la cabaña y traer lo que encontremos de comida en la orilla más cercana. Hasta que el refugio esté terminado, esas dos funciones tienen prioridad sobre la exploración.

—¿Y después?

—Después hablamos.

—¿Quién decide cuándo es después?

—Lo decidimos entre todos. Pero para decidir necesitamos un sistema, y para tener un sistema necesitamos sentarnos y acordar cómo funciona esto.

Iska miró a Bryn con una mezcla de admiración y exasperación, porque acababa de convertir una discusión sobre la balsa en la conversación que llevaban días evitando: cómo se gobierna un grupo de doce personas en una roca en medio de un lago.

—Propongo algo —dijo Mara, que había estado escuchando con esa atención callada que Iska estaba aprendiendo a valorar—. Normas básicas. Pocas, claras, que todos aceptemos. Si alguien tiene un problema con alguna, lo dice ahora.

—Adelante —dijo Bryn.

Mara miró al grupo, midiendo caras.

—Primera: la balsa no sale sin que al menos varias personas estén de acuerdo en el propósito del viaje. Nada de viajes en solitario, ni excursiones sin un objetivo claro.

—Segunda —añadió Tomas, que hablaba poco pero que cuando lo hacía tendía a ir al grano—: los recursos que se traen son comunes. No hay reservas privadas. Lo que llega se reparte.

—Tercera —dijo Iska—: nadie nada solo hasta la orilla. Si necesitas ir, vas con alguien. Si pasa algo en el agua, una persona sola no tiene posibilidad.

—Cuarta —dijo Bryn—: las decisiones médicas son mías. Si digo que alguien no puede trabajar, nadar o salir, no se discute. No por autoridad, sino porque soy la única que puede evaluar el riesgo físico con criterio.

—¿Y quién decide lo que no es médico? —preguntó Ansel.

—Todos —dijo Mara—. Pero con sentido común, no con votación cada vez que alguien quiera ir a mear.

Alguien se rio. Iska no vio quién, pero el sonido rompió algo de la tensión que se había acumulado.

—¿Y la exploración? —insistió Ansel.

—Cuando la cabaña tenga techo —dijo Iska—. Cuando tengamos un refugio real para todos, con espacio para dormir sin congelarnos, entonces organizamos una salida de reconocimiento. Con la balsa, dos personas mínimo, ruta acordada de antemano. ¿Te parece justo?

Ansel la midió con la mirada durante un momento. Iska sostuvo el contacto sin hostilidad, pero sin ceder, y finalmente él asintió.

—Me parece justo.

—¿Alguien más tiene algo que decir? —preguntó Bryn.

Vera levantó la mano, un gesto que parecía heredado de algún sistema escolar de Coreline.

—¿Qué pasa si llegan más personas? Como Mara y los demás. ¿Los dejamos quedarse?

El silencio que siguió fue distinto de los anteriores. Más incómodo. Más necesario.

—Sí —dijo Bryn con una firmeza que no dejaba espacio a debate.

—¿Sin límite? —preguntó Ansel—. La roca tiene un tamaño reducido. El agua dulce tiene un límite. La comida...

—Si alguien llega huyendo de los alterados, le decimos que nade —cortó Iska—. No vamos a dejar morir a nadie en la orilla porque hayamos decidido que doce es un número cómodo.

—No estoy diciendo eso.

—¿Qué estás diciendo entonces?

—Que en algún momento hay que pensar en capacidad. En cuánta gente puede sostener este sitio sin que deje de funcionar.

—Ese momento no es hoy —dijo Mara—. Hoy somos doce y nos caben más. Cuando lleguemos al límite real, hablamos del límite real. No antes.

Ansel se calló. No porque estuviera de acuerdo sino porque había leído la temperatura del grupo y había entendido que esta no era la batalla que iba a ganar hoy. Iska lo observó con esa atención que reservaba para las cosas que no le gustaban pero que no podía descartar: Ansel no estaba equivocado del todo, solo estaba teniendo la conversación correcta en el momento incorrecto, y eso era algo que habría que gestionar más adelante.

El resto de la reunión fue más práctico: turnos de construcción, turnos de recolección en la orilla, turnos de vigilancia nocturna que hasta ahora habían sido informales y que necesitaban estructura si iban a funcionar con doce personas. Bryn organizó un inventario médico que fue deprimente en su brevedad, e Iska distribuyó las tareas de construcción según las habilidades que cada persona declaraba tener, que en la mayoría de los casos eran ninguna, pero al menos la disposición a aprender compensaba la falta de experiencia.

Cuando el grupo se dispersó, Iska y Bryn se quedaron en la loma central mirando el lago.

—Ansel va a ser un problema —dijo Iska.

—Ansel va a ser una persona con opiniones diferentes. No es lo mismo.

—Tiene opiniones que podrían dividir al grupo si les da forma en el momento equivocado.

—Tiene opiniones que son parcialmente válidas disfrazadas de impaciencia. Lo que necesita es sentirse útil, no silenciado. Si le

damos un rol concreto en la exploración cuando llegue el momento, se canaliza solo.

Iska la miró con una expresión que era mitad incredulidad y mitad admiración.

—¿Cuándo te has vuelto diplomática?

—Cuando me convertí en la persona responsable de que doce personas no se maten entre sí en una roca de ochenta metros. La diplomacia viene incluida en el puesto.

—A mí no me sale.

—A ti te sale otra cosa —dijo y la besó—. Te sale hacer que las cosas funcionen. La cabaña, la balsa y el sistema de agua. La gente confía en ti porque ven que lo que construyes se mantiene en pie.

—Y confían en ti porque cuando hablas saben que estás pensando en todos, no solo en ti.

—Bonito equipo.

—Funcional. Que es lo que importa.

Bryn se acercó de nuevo y le apartó un mechón de pelo de la frente, un gesto tan cotidiano que Iska sintió algo expandirse en su pecho, no la urgencia de las primeras semanas sino algo más tranquilo, más asentado, como el lago que las rodeaba.

—¿Crees que esto puede funcionar? —preguntó Iska—. No me refiero a la cabaña ni a la balsa. Esto. Doce personas viviendo en una roca.

—Creo que doce personas que han sobrevivido a lo que hemos sobrevivido tienen motivos suficientes para intentarlo. El intentarlo es lo que importa. El funcionamiento se construye sobre la marcha, como todo lo demás.

—Como nosotras.

—Exacto.

Iska le tomó la mano, entrelazando los dedos con esa naturalidad que ya no necesitaba impulso ni decisión, y se quedaron en la loma mirando el lago mientras abajo el grupo trabajaba en la cabaña, la balsa descansaba en la orilla del islote y el agua rodeaba todo con esa quietud que había dejado de ser paisaje para convertirse en protección.

CAPÍTULO 25

Iska se despertaba primera porque su cuerpo nunca había aprendido a quedarse quieto más allá del amanecer, y durante unos minutos se quedaba tumbada en el saco de dormir escuchando la respiración de Bryn a su lado, ese ritmo lento y profundo que significaba que por fin estaba durmiendo de verdad, no esa vigilia disfrazada de descanso que había mantenido durante las semanas de marcha. Luego se levantaba sin hacer ruido, salía de la cabaña que ya tenía cuatro paredes y un techo de ramas entrelazadas que no era estanco, pero que mantenía fuera lo peor de la lluvia, y caminaba hasta la loma central del islote.

El lago estaba siempre ahí. Iska no sabía por qué seguía sorprendiéndole, pero cada mañana la quietud del agua le producía algo que no tenía nombre exacto, algo entre gratitud y vértigo, como si una parte de ella todavía esperara despertarse en la celda 17 de los calabozos de Coreline y descubrir que todo esto había sido una alucinación particularmente elaborada.

Llevaban tres semanas en el islote. La cabaña era funcional, no bonita: paredes de piedra y troncos, techo irregular y una entrada sin puerta que miraba al sur para evitar el viento dominante. Dentro cabían las doce personas. Habían establecido un huerto experimental en la zona este donde la tierra acumulada era más

profunda, plantando semillas de las pocas plantas comestibles que Bryn había identificado en la orilla, y la balsa hacía dos viajes diarios para traer leña y lo que Tomas encontraba en sus expediciones de recolección.

No era cómodo. No era fácil, pero funcionaba de esa forma precaria y obstinada en que funcionan las cosas construidas por gente que no tiene más opción que hacer que funcionen.

Iska revisaba la estructura cada mañana. Era un hábito que había desarrollado en Coreline, donde los sistemas fallaban siempre por los puntos que nadie revisaba, y que aquí se traducía en comprobar las juntas, evaluar el desgaste de las cuerdas y asegurarse de que las piedras del muro no se hubieran desplazado durante la noche. Los demás habían aprendido a no ofrecerse a ayudar durante esta rutina, porque Iska trabajaba mejor sola y porque la concentración silenciosa con que lo hacía indicaba que era algo más que mantenimiento: era su forma de cuidar lo que habían construido, de confirmar cada mañana que seguía en pie.

—Algún día vas a tener que dejar de revisar cada piedra individualmente —dijo Bryn detrás de ella.

Iska no se giró. Sabía por el sonido de sus pasos que Bryn llevaba un par de minutos observándola desde la entrada de la cabaña, con esa paciencia que había desarrollado para los rituales de Iska de la misma forma que Iska había desarrollado paciencia para los suyos.

—Algún día las piedras van a dejar de moverse por la noche.

—Las piedras no se mueven por la noche.

—Entonces me estoy asegurando de que sigan sin moverse. Es un trabajo importante.

Bryn se acercó y le puso una taza de agua caliente en las manos. Habían encontrado un recipiente de metal en la orilla durante la segunda semana, abollado y oxidado, pero funcional después de que Iska lo limpiara. Hervir agua por las mañanas se había convertido en el ritual de Bryn, su equivalente a las revisiones estructurales de Iska: algo concreto que hacer mientras el día decidía qué forma iba a tomar.

—Gracias —dijo Iska, y el agua caliente entre las manos fue suficiente para que la mañana pasara de tolerable a buena.

—Mara ha encontrado bayas en la orilla este. Tomas fue con ella en la balsa al amanecer.

—¿Comestibles?

—Las he revisado. Ácidas, pero comestibles. Primera fruta que tenemos desde que salimos.

—¿Ansel?

—Preparando la balsa para la exploración del norte. Como acordamos.

Iska asintió. Habían cumplido el trato: cabaña terminada, exploración autorizada. Ansel llevaba dos días planificando la ruta con una meticulosidad que Iska tenía que admitir que era impresionante, aunque no lo admitiría en voz alta porque Ansel ya tenía suficiente confianza en sí mismo sin que ella le añadiera más.

—Ven —dijo Bryn, tomándola del brazo—. Quiero enseñarte algo.

—¿Qué?

—Ven.

La llevó hacia el extremo norte del islote, más allá de los árboles torcidos y de la zona donde almacenaban la leña, hasta un punto de

la roca que Iska no visitaba porque no tenía función práctica: un saliente plano que se asomaba sobre el agua como un balcón natural, lo bastante grande para dos personas sentadas y lo bastante aislado del resto del islote como para que las voces del campamento llegaran amortiguadas.

—Siéntate —dijo Bryn.

—¿Estás siendo misteriosa a propósito?

—Siéntate y calla un momento.

Iska se sentó. Bryn se sentó a su lado, muy cerca, con los hombros tocándose y las piernas colgando sobre el borde de la roca. El lago se extendía delante de ellas, gris y quieto bajo un cielo que esa mañana tenía grietas de azul entre las nubes, y la niebla se arrastraba sobre la superficie en volutas lentas que el sol naciente iba disolviendo.

—Mira —dijo Bryn, señalando hacia el este.

Iska miró. El sol estaba saliendo por detrás de las montañas que cerraban el valle, no completamente visible sino filtrándose entre los picos en rayos oblicuos que tocaban la superficie del lago y la convertían en algo que Iska no tenía vocabulario para describir. La luz rebotaba en el agua creando un camino dorado que se extendía desde la orilla hasta el islote, y donde los rayos tocaban la niebla, esta se iluminaba desde dentro como si alguien hubiera encendido una lámpara detrás de una cortina de gasa.

—Pasa cada mañana —dijo Bryn—. Llevo una semana viéndolo mientras tú revisas piedras.

—¿Y no me lo habías dicho?

—Quería enseñártelo, no describirlo. No es lo mismo.

Iska la miró. Bryn tenía la cara vuelta hacia el este, iluminada por esa luz oblicua que suavizaba las ojeras que todavía no habían desaparecido del todo y que hacía brillar algo en sus ojos que podía ser el reflejo del sol o podía ser otra cosa.

—Es lo más bonito que he visto —dijo Iska.

—Sí.

—No hablo del amanecer.

Bryn giró la cabeza y la expresión que encontró Iska fue una que ya conocía, pero que no se cansaba de ver: esa rendición voluntaria que Bryn reservaba para los momentos en que dejaba de analizar y simplemente sentía, cuando la doctora, la estratega y la mujer cautelosa se apartaban lo suficiente como para que apareciera la persona que había debajo de todas ellas.

—Eres insoportablemente cursi cuando quieres —dijo Bryn.

—Solo contigo. Con el resto soy práctica y eficiente.

—Mentira. Ayer le dijiste a Dael que la pared que había construido era «casi digna de un ser humano».

—Eso es un cumplido viniendo de mí.

Bryn se rio, un sonido que Iska todavía coleccionaba porque no era frecuente y porque cada vez que ocurría transformaba a Bryn en alguien que parecía cinco años más joven y diez veces menos cargada.

Se quedaron en el saliente mirando cómo el sol subía, la niebla se disolvía y el lago pasaba de gris a algo más claro, casi azul en los puntos donde la luz llegaba directa. A lo lejos, en la orilla sur, los árboles formaban una línea oscura que separaba el agua del bosque donde los alterados seguían existiendo, donde el mundo seguía siendo peligroso y hostil. Iska podía verlo desde aquí, ese borde

donde terminaba la seguridad del agua y empezaba todo lo demás, y la distancia entre el islote y esa orilla le parecía al mismo tiempo infinita e insuficiente.

—¿En qué piensas? —preguntó Bryn.

—En que el mundo sigue igual. Ahí fuera no ha cambiado nada. Los alterados siguen en el bosque. Coreline sigue bajo tierra enviando gente a morir cada mes. La superficie sigue siendo letal para cualquiera que no tenga un lago entre ellos y todo lo demás.

—¿Pero?

—Pero nosotras estamos aquí. Y eso es algo que no debería haber pasado según todas las estadísticas que me citaste en la celda de Coreline.

—Las estadísticas no te conocían a ti.

—Ni a ti. Ni a lo que somos juntas.

Bryn le tomó la mano sobre la roca, entrelazando los dedos con esa familiaridad que ya era tan natural como respirar, e Iska sintió el calor de su palma contra la suya y pensó en todo el camino que habían recorrido para llegar hasta esta roca, hasta este momento, hasta esta mano en la suya con el sol subiendo sobre un lago que las protegía de un mundo que no sabía que existían.

—¿Bryn?

—¿Sí?

—No quiero irme nunca de aquí.

—Nunca es mucho tiempo.

—Entonces mañana. No quiero irme mañana. Y mañana decidiré si quiero irme al día siguiente. Y así.

—Día a día.

—Día a día. Es lo único que sé hacer bien.

Bryn apretó su mano y apoyó la cabeza en su hombro, y se quedaron así mientras el amanecer terminaba de ocurrir a su alrededor con esa indiferencia hermosa que tiene la naturaleza hacia las personas que la habitan. El lago no sabía que las estaba protegiendo. El sol no sabía que era lo más bonito que habían visto. El viento que Iska había imaginado durante diecinueve años sin saber a qué se parecía no sabía que ahora le desordenaba el pelo cada mañana como si fuera algo que siempre hubiera hecho.

El mundo seguía roto. Ellas no.

Y por hoy, sentadas en una roca sobre un lago en un valle que nadie recordaba, con las manos entrelazadas y el sol calentando la piel que el frío de la noche había enfriado, eso era todo lo que necesitaban.